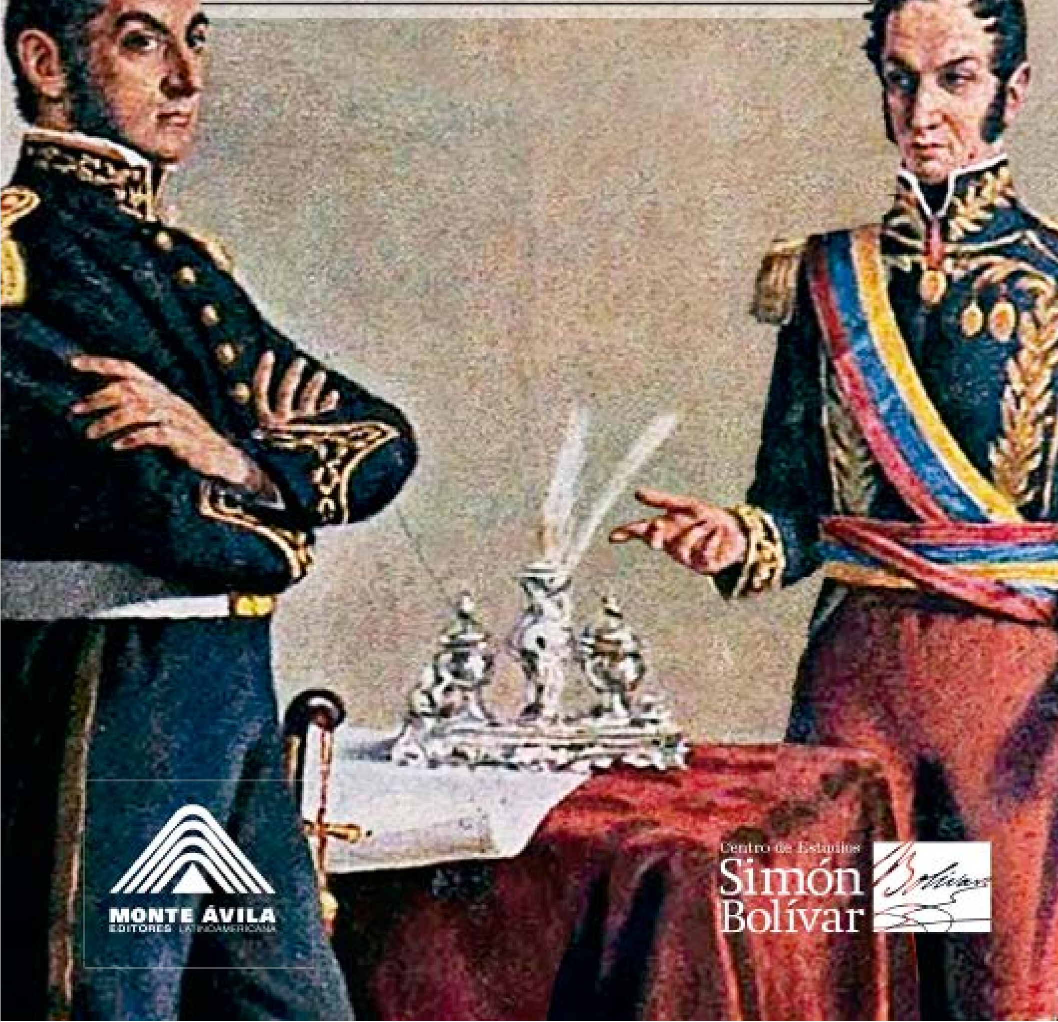
Sergio Rodríguez Gelfenstein

La marcha majestuosa

El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil



MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Centro de Estudios Simón Bolívar

ESTUDIOS

SERIE HISTORIA

La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil

Sergio Rodríguez Gelfenstein

La marcha majuestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Centro de Estudios
Simón
Bolívar

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil

IMAGEN DE PORTADA
Reunión entre San Martín y Bolívar
Pablo Ducros Hicken
Embajada de Venezuela en Argentina

DIAGRAMACIÓN
Odalis C. Vargas B.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.0444 y 482.8989
www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: DC2022000712
ISBN: 978-980-01-2314-0

Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional.

Simón Bolívar
Carta de Jamaica
Kingston, 6 de septiembre de 1815

Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue V. E., el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al Libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis sentimientos.

Carta de Bolívar a San Martín
Trujillo, 23 de agosto de 1821

Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de la independencia. […] Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento: nos veremos y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos.

Carta de San Martín a Bolívar
Lima, 13 de julio de 1822

A los pueblos de Venezuela y Argentina,
herederos de Bolívar y San Martín,
hermanados en la lucha por la independencia
y en el protagonismo por la integración de Nuestra América.

A Aldo Díaz Lacayo.

Amigo, hermano y compañero,

revolucionario integral, historiador excelso,

maestro entre maestros.

Sandinista y bolivariano como nadie.

Su ejemplo nos acompañará siempre

a quienes intentamos escudriñar en el

pasado heroico de Nuestra América

Prólogo

EL ENCUENTRO QUE ILUMINA EL NUEVO SIGLO LATINOAMERICANO

Este nuevo libro de Sergio Rodríguez Gelfenstein era muy necesario. Y su necesidad se amplía ante la llegada del bicentenario del histórico encuentro entre los dos grandes Libertadores en Guayaquil y la nueva luz que, a toda la guerra de la Independencia y la unidad suramericanas, le dieron estos primeros veinte años del siglo XXI.

El uruguayo Alberto Methol Ferré —hoy famoso por la influencia de su pensamiento en el papa Francisco— nos ha dicho personalmente, y lo ha escrito, que las guerras de la independencia tenían una doble finalidad. Por un lado, lograr la libertad, la independencia de la Corona española y, por otro, la unidad política de este continente. Lo que la fuerza de las armas patriotas lograron en Ayacucho fue la independencia. A partir de ese momento comenzó a fracasar el proyecto de la unidad. En la misma noche del 9 de diciembre de 1824, las tendencias centrífugas de los puertos de América Latina, de sus oligarquías regionales, comenzaron ese lento, pero efectivo, proceso de división, de balcanización, como ha sido llamado en el siglo XX. Con ello aparecieron los así llamados «héroes nacionales». Cada uno correspondía, de una manera platónica, a las virtudes y excelencias de sus pueblos.

Así, los argentinos teníamos un San Martín austero, enjuto, prudente, de costumbres espartanas. Desinteresado —según la historiografía oficial— en la política y sus bajezas. Los venezolanos, en cambio, tenían a un Bolívar enamorado del baile y las mujeres, dicharachero. Los chilenos tenían un O'Higgins, de gran patriotismo nacional. Los historiadores de la balcanización en cada uno de nuestros pueblos, construyeron un héroe en el que sus virtudes –abstractamente- estaban en correspondencia con la integridad que cada uno de esos pueblos se adjudicaba a sí mismo. Por el contario, sus defectos correspondían a los que se les adjudicaba a los otros pueblos de América Latina.

El encuentro de Guayaquil ha sido presentado a los argentinos, por la historiografía liberal y balcanizadora, como un verdadero misterio, un arcano, un enfrentamiento casi metafísico entre un hombre humilde, despojado de todo interés político y un hombre soberbio y, sobre todo, ambicioso de poder y gloria. Para esto se montó toda una arquitectura literaria que no vaciló en mentiras y falsificaciones a fin de ocultar las razones políticas, sociales y militares que llevaron al correntino José de San Martín a entregar el mando de los ejércitos libertadores al caraqueño Simón Bolívar. Imposibilitados de explicar lo ocurrido en esas cuatro horas de conversación amistosa entre el Protector del Perú y el presidente de la Gran Colombia —ya que toda explicación los inculpaba— se dieron a la tarea de analizar el encuentro sobre las bases de las características personales, psicológicas, de formación y sociales entre ellos.

Este libro viene a dar respuesta definitiva a esa mitología. San Martín carecía en absoluto de un apoyo político estratégico que le permitiese sostener hasta las últimas consecuencias la tarea de la liberación. Buenos Aires no lo apoyaba, y no solo eso, sino que conspiraba contra él. Rivadavia

fue gran enemigo de San Martín y el principal escollo político para su proyecto suramericano. Esa burguesía comercial porteña, a la que Rivadavia expresaba, estaba totalmente desinteresada del *hinterland* continental, preocupado solamente por la administración de sus almacenes y su puerto.

Las diferencias entre San Martín y Bolívar, que las había como existieron diferencias entre Hugo Chávez y Pepe Mujica, entre Cristina Fernández de Kirchner y Dilma Rousseff, como hay diferencias entre todos los seres humanos, fueron en realidad exacerbadas y, en muchos casos, caricaturizadas a partir del fracaso del proyecto de la unidad.

En la película *El General y la fiebre*, que hace ya muchos años hicimos Jorge Coscia y yo, imaginamos un encuentro onírico entre San Martín y Bolívar, en el que nuestro Libertador le dice al caraqueño: «Dichoso usted, Simón, que tiene en sus ojos los llanos y los montes de esmeralda, las arenas blancas del Caribe, los pantanos, las selvas de pesadilla. Pero ¿qué tengo yo, mi amigo? Apenas el incierto relato de mi madre sobre un pueblo arrasado por los bandeirantes portugueses».

Esto marca, desde la historia de cada uno de ellos, dos personalidades, dos figuras, de distinto carácter, de distinta formación. Bolívar, un político apasionado, raptado por la fuerza que emanaba de la toma de la Bastilla, con ese juramento en el Monte Sacro para cumplir los ideales formulados por la Revolución francesa, junto a su amigo y maestro Simón Rodríguez.

Mientras que San Martín es un militar formado en los rigores de las academias españolas, que a los trece o catorce años sufre en el norte de África un sitio por hambre. Es decir, que desde los catorce años vive una dura y sacrificada vida de militar sin fortuna y cuya concepción del mundo no corresponde exactamente a la de Simón Bolívar. Si la personalidad

política de Bolívar correspondía a la de un jacobino, la de San Martín concernía más bien a la de un girondino, a la de un hombre que le tenía cierta desconfianza a las multitudes y un gran temor, fundamentalmente, a la anarquía. La grave amenaza que San Martín veía sobrevolar sobre la independencia y la unidad era, justamente, la de la anarquía.

Pero no son estas razones —políticas, ideológicas, de formación intelectual— las que determinaron el encuentro de Guayaquil. Sergio Rodríguez Gelfenstein se ha encargado en este magnífico libro de poner definitivamente, en blanco sobre negro, las verdaderas determinaciones políticas y sociales de la reunión y las decisiones que, a partir de allí, se adoptaron. Ha indagado en los historiadores argentinos, chilenos, peruanos, venezolanos y ecuatorianos, ha recorrido la correspondencia bolivariana, ha repasado las polémicas y discusiones en las academias de historia. Su escritura tiene, además, la capacidad de traer, doscientos años después, las cavilaciones de ambos próceres, su pensamiento estratégico y el contexto en que se realizó la histórica reunión.

Así mismo, este libro está insuflado del espíritu de unidad e integración que resurgió con el nuevo siglo y que tiene en la Unasur y en la Celac sus principales realizaciones institucionales. El encuentro de Guayaquil y el pensamiento de José de San Martín y Simón Bolívar alumbran en esta obra a las nuevas generaciones.

Julio Fernández Baraibar
Buenos Aires, 14 de abril de 2022

Prólogo

Hasta finales del siglo XVIII el Imperio español logró mantenerse como una de las grandes potencias de Europa, unas veces negociando en la mesa diplomática parte de sus posesiones o potestades y otras combatiendo con éxito en tierra firme o en aguas marítimas, pero mantuvo su condición de potencia. A comienzos del siglo XIX, con la derrota de Trafalgar se inició un dramático y largo itinerario de fracasos cuya cronología pudiera abarcar numerosas cuartillas enumerando las razones de su fractura, decadencia y ocaso en 1898, con la pérdida de Cuba, Puerto Rico en el mar Caribe y Filipinas y Guam en el Pacífico.

La envejecida y disminuida marina española, junto con una escuadra francesa, fueron derrotadas por la armada inglesa en una batalla buscada por los británicos desde años atrás y concretada el 21 de octubre de 1805 frente al cabo de Trafalgar, en el Atlántico español. Al poco tiempo surgieron conflictos por el trono en el seno de la familia real española, la invasión de los ejércitos franceses y las rebeliones por la independencia en las inmensas colonias de América. Y aunque la monarquía se recompuso con el regreso al trono de Fernando VII, ni España ni Europa eran las mismas, porque los poderes se movían entre las Coronas reales interesadas

en definir los cambios de la política que incluían novedades en los dominios territoriales y en el mercado, donde entraba también Estados Unidos.

Cuando Napoleón fue derrotado finalmente, España buscó apoyo de otras monarquías para superar sus conflictos, pero cada trono y el naciente peligro de la unión norteamericana estaban al acecho y atizaban las contracciones político-militares por las que cruzaba el Estado español, esperando tener una parte de las riquezas coloniales. Nada pudo lograr España en los congresos para reconfigurar potestades y dominios realizados en Viena 1815, en Aix-la-Chapelle 1818, en Karlsbad 1819, en Troppau 1820, en Laibach 1821 y en Verona 1822.

La arrogancia de haber sido dueña de una gran parte del mundo y el reclamo para ser tomada como tal en el escenario post Napoleón, impidió a España ver con claridad el horizonte de dificultades internas y externas, de manera que, como dice Sergio Rodríguez Gelfenstein, autor de este trabajo, «… a mediados de 1822 era evidente que el Imperio español exhalaba sus últimos estertores en territorio americano, no obstante, todavía manifestaba resistencia ante tal realidad…».

Las ideas libertarias habían implosionado en las colonias españolas desde México hasta Argentina, pero luego de diez años de desacato y guerras, los resultados en toda Nuestra América no eran concluyentes; era necesario esperar, como sostiene el autor de este trabajo:

> … un esfuerzo final para el que se debía aprovechar el potencial económico, humano y militar de las repúblicas que ya habían accedido a la independencia. Bolívar y San Martín además coincidieron en que se debía hacer un esfuerzo mancomunado y conjunto a fin de avanzar hacia la construcción de un gran ejército que destruyera para siempre el

espíritu potencial de reconquista que los españoles pudieran intentar en el futuro. Hacia esa meta habrían de conducir sus esfuerzos de los próximos años.

Nuestro proceso libertario había transitado por la fase juntista, la reacción realista que retornó el poder a los españoles, el reinicio de la lucha y las definiciones en las colonias. Sin duda, el costo más elevado para alcanzar la independencia en América española lo pagó Venezuela, en vidas y en la destrucción de la organización económica, guerreando hasta 1823 cuando fueron expulsados los ejércitos realistas, aunque el quiebre estructural había ocurrido en el campo de Carabobo en 1821. Pero este era solo un segmento del sistema colonial que mantenía otros núcleos de poder en América, por lo cual era necesario romper las líneas que los unían con Lima y asegurar la lucha por la independencia. La marcha al sur era inevitable para rematar en la capital del virreinato del Perú la derrota de España, pero eso sería después de vencer los emplazamientos intermedios, para lo cual se requerían ejércitos fogueados y equipados como lo había previsto el Libertador desde antes de Carabobo.

Con esos propósitos había enviado, primero a Manuel Valdés, quien fue sustituido por Antonio José de Sucre, en idénticos propósitos de incorporar Guayaquil a Colombia y asumir el mando de los ejércitos en aquel puerto para retornar a Quito. Sucre acordó con el poeta José Joaquín de Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno, un tratado que colocaba a Guayaquil bajo protección de Colombia ante la indefinición de la ciudad a integrarse al proyecto colombiano del Libertador y fue autorizado para completar el ejército y abrir campaña sobre Quito.

Pero conviene recordar que desde el 10 de julio de 1821, hallándose en Valencia, Bolívar informó a Santander

de un posible nuevo armisticio con el general La Torre y le impartía órdenes sobre el sur:

> … no podemos fácilmente mantenernos aquí con muchas tropas, por consiguiente, es necesario que Vds. dirijan todos sus esfuerzos al Sur, para que esté tomado Quito antes del armisticio: éste es mi mayor encargo por ahora, porque es lo más importante y más necesario, y porque la paz se está esperando por instantes, y porque si no tenemos a Quito, no lo cederán.

Y el 23 de agosto le decía: «…Fórmeme Vd. Un ejército que pueda sostener la gloria de Colombia a las barbas del Chimborazo y Cuzco, que enseñe el camino de la victoria a los vencedores de Maipó y libertadores de Perú…». En adelante, todos sus esfuerzos apuntaron al sur, poniendo a Quito como primera meta sin descuidar los sucesos de istmo de Panamá, cuya ansiedad mitigó con la declaración de independencia el 28 de noviembre de 1821, junto con la Villa de Los Santos y Santiago de Veraguas.

Quito no estaba tan lejos, pero llegar no era fácil. El paso por Pasto era riesgoso por la tozudez de los aguerridos realistas y obstinados pastusos en su fidelidad a la Corona. Les aterraba el desorden por el que habían pasado con los sucesos de 1809 y 1812 en el territorio de la Real Audiencia de Quito, cuando se declaró la ruptura con España. Estaban decididos a mantenerse distantes políticamente de Santa Fe y Quito, y evitar las repercusiones políticas de esas ciudades, para cuyo fin tenían cubiertos caminos y montañas con expertas guerrillas.

Esa era la ruta decidida por Bolívar desde el triunfo en Carabobo. Llegar a Cundinamarca y pasar a Quito, pero debía vencer las dificultades de las montañas de Pasto llenas de peligros, con guerrillas audaces, peligrosos caminos, montañas oscuras y tupidas con taludes de naturaleza

peñascosa que escondían milicias baquianas anidadas en cualquier recodo; era mucho riesgo, pero obligado porque el viaje por mar entre Buenaventura y Guayaquil era peor, con las aguas controladas por navíos españoles. Sucre lo había hecho y avanzó a Guayaquil a costa de muchos sacrificios con vientos desfavorables, agotada el agua dulce, sin comida y fiebres mortales. Bolívar tenía noticias de esas dificultades y no corrió el riesgo.

Cuando el general Sucre llegó a Guayaquil, ya declarado independiente, ratificó con el triunfo en Yaguachi el 19 de agosto de 1821, la voluntad libertaria de los guayaquileños y enrumbó sus ejércitos al norte, hacia Quito, apoyado por el presidente José Joaquín de Olmedo. En esa ruta se enfrentó al general Melchor Aymerich, quien lo derrotó en la segunda batalla de Huachi el 12 de septiembre de 1821, por lo cual Quito siguió en manos realistas y los patriotas tuvieron que esperar hasta el triunfo de Bolívar en Bomboná y de Sucre en Pichincha, en abril y mayo del año siguiente.

A todas luces se puede entender que España operaba como una sola unidad en América y por tanto podía sostener la guerra con el mismo propósito en diversos espacios y en distintas escalas, atendiendo al interés e intensidad planteada por los patriotas en América. En este sentido, el Libertador, una vez rota la estructura colonial en el norte de Suramérica, giró el vector hacia el sur, no precisamente a Lima, donde tenía asiento la aristocracia con mayor raigambre colonial, sino a Quito y Guayaquil, que por distintas razones tenía viejos vínculos de adscripción a Santa Fe; pero Quito, bordeado por la heladas y altas sierras, implicaba otros problemas de comunicación y salida comercial con Guayaquil en una relación de obligada de dependencia y sin otras opciones posibles.

Bolívar advirtió la relación de ambas ciudades con sus grupos de poder social y económico y la profunda raigambre

colonial. Quito era capital de la Real Audiencia y su economía se basaba en la producción agrícola, con el cacao como principal rubro de exportación junto con la minería que inevitablemente requerían del puerto. Mientras que Guayaquil resultaba muy importante para el virreinato de Lima por las dificultades del pie de cuesta andina del norte peruano y sus planicies orientales, ante las cuales El Callao no ofrecía iguales ventajas. Era el principal puerto del Pacífico junto con Panamá y El Callao, de modo que desde el nudo de Pasto hasta el golfo de Guayaquil, la floreciente prosperidad basada en la actividad mercantil, dependía del puerto adonde diversos ríos vierten sus aguas y desembocan en un espacio de suma importancia estratégica con la anchura de unos doscientos treinta kilómetros frente al Pacífico, y con una variedad de islas entre las cuales destaca Puná.

Si bien desde 1809 brotaron intentos libertarios, en agosto de 1810 Quito declaró su decisión de ser independiente, ratificados en febrero de 1812 con la primera constitución, pero fue sometido violentamente por la fuerza colonial sin poder borrar la resolución de independencia. Guayaquil esperó un poco más hasta el 9 de octubre de 1820, cuando los patriotas rompieron el vínculo de autoridad con Quito, que siguió bajo bandera española hasta mayo de 1822, cuando fueron derrotadas las fuerzas realistas por ejércitos colombianos al mando del general Antonio José de Sucre en Pichincha.

Bolívar logró romper la barrera que significaba Pasto después de varios intentos contra las guerrillas dirigidas por el tenaz coronel español Basilio García, quien se rindió solo después de que Bolívar lo doblegó en Bombona el 7 de abril y conoció la victoria del general Sucre el 24 de mayo de 1822 en Pichincha. Comprendió que se encontraba aprisionado entre dos fuerzas patriotas y aceptó la capitulación

ofrecida por el Libertador al concluir la batalla de Bomboná, con la cual se abrió camino el Libertador a Quito, adonde entró victorioso el 16 de junio de 1822; pero su propósito era la incorporación inmediata de Guayaquil a Colombia, aunque sus habitantes se dividían en tres miras, unos aspiraban unirse a Lima, otros a Colombia y otros fundar una república. Temían a Bolívar los ricos «pelucones» de las clases propietarias por su inclinación a gobiernos democráticos en los cuales el pueblo, «el populacho», tendría derechos políticos. Más bien eran partidarios de las ideas de San Martín con sus propuestas monárquicas, garantes del sistema que estaban demoliendo.

Después de asegurar la liberación de Chile con los triunfos en Chacabuco y Maipú, el general San Martín siguió a Perú adonde llegó el 8 de septiembre de 1820 con unos cuatro mil quinientos soldados, ocho naves de guerra y dieciséis transportes procedentes de Valparaíso. Sus ideas eran similares a las del Libertador en cuanto a erradicar el poder colonial, aunque diferían en la forma de gobierno posterior. Mientras tanto, los ejércitos colombianos descendían por mar y tierra de Nueva Granada a Guayaquil y Quito, cuyos territorios fueron liberados con las batallas de Yaguachi, Huachi, Bomboná y Pichincha.

En territorio peruano San Martín trató de negociar la independencia de Perú con el virrey Joaquín de La Pezuela, como punto principal para otros acuerdos, a lo cual se negó el virrey, quien fue derrocado por una conspiración el 29 de febrero de 1821 encabezada por el teniente general José de La Serna, mostrando la poca credibilidad del ejército. Rota la disciplina y depuesto el virrey, La Serna convocó a San Martín a conferenciar en junio de 1821. El Protector le hizo similar propuesta para declarar pacíficamente la independencia de Perú, Chile y Río de la Plata como exigencia para todo

lo demás, que sería una regencia interina presidida por La Serna con dos vocales por cada parte, establecimiento de una monarquía con un príncipe de la Casa Borbón, un armisticio hasta el final de las conversaciones e intercambio de prisioneros. La Serna rechazó todo alegando no tener instrucciones de Madrid al respecto, por lo cual San Martín abandonó las conversaciones, ocupó Lima y decretó formalmente la independencia de Perú el 28 de julio de 1821.

El 2 de enero de 1822 escribió Bolívar desde Cali al presidente de la Provincia Libre de Guayaquil, José Joaquín de Olmedo, quien había formado un ejército y suscrito un convenio con el general Sucre para tener las tropas de Colombia en Guayaquil: «No puede Vd. Imaginarse con que placer me acerco a la patria de Vd., más por conocer a su digno Jefe [Olmedo] que por otro motivo alguno…», con lo cual anunciaba que pronto estaría en suelo quiteño aunque pensando en Guayaquil.

> … Vd., sabe los sacrificios que hemos hechos en medio de nuestros propios apuros por auxiliar a Guayaquil, que Colombia ha enviado allí sus tropas para defenderla; mientras que el Perú ha pedido auxilios a ella. Quito no puede existir sin el puerto de Guayaquil, lo mismo que Cuenca y Loja. Las relaciones de Guayaquil son todas con Colombia…

Los patriotas de Colombia habían colocado el vector de la guerra hacia el sur cuando descompusieron la estructura colonial en Venezuela y Nueva Granada. Bolívar sabía que someter el poder realista en Lima garantizaba la independencia y a esos fines dirigió sus fuerzas al sur. Tenía una visión amplia del panorama de la lucha desde el Cauca, las dificultades de Pasto para llegar a Quito y pasar a Guayaquil. Así lo hizo saber en cartas siguientes al general Sucre, al vicepresidente Santander y a José Joaquín de Olmedo.

A casi dos años de hallarse San Martín en Lima, el 22 de junio, Bolívar le escribió en respuesta a una nota enviada por el prócer argentino a comienzos de marzo de 1822. "…Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado para consultar la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente…", y agregaba aquilatando su propósito respecto a Guayaquil:

> V.E. ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria, no mezclándose en Guayaquil, como me asegura, sino en los negocios relativos a la guerra del continente. La conducta del gobierno de Colombia ha seguido la misma marcha que V.E.; pero, al fin, no pudiendo ya tolerar el espíritu de facción, que ha retardado el éxito de la guerra y que amenaza inundar en desorden todo el sur de Colombia, ha tomado definitivamente su resolución de no permitir más tiempo la existencia anticonstitucional de una junta, que es el azote del pueblo de Guayaquil, y no es el órgano de su voluntad…

No desperdició la ocasión para halagarlo en un compromiso aclaratorio:

> Es V.E. muy digno de la gratitud de Colombia al estampar V.E. su sentimiento de desaprobación por la independencia provisional de Guayaquil, que en política es un absurdo, y en guerra no es más que un reto entre Colombia y el Perú. Yo no creo que Guayaquil tenga derecho a exigir de Colombia el permiso para expresar su voluntad, para incorporarse a la república; pero sí consultaré al pueblo de Guayaquil (…), y para que el mundo vea que no hay pueblo de Colombia que no quiera obedecer sus sabias leyes.

Cerró esta carta con la elegancia que solía hacer cuando se proponía cautivar a un adversario:

> … me afirma que nuestro primer abrazo sellará la armonía y la unión de nuestros estados, sin que haya obstáculo que no se remueva definitivamente. Esta conducta magnánima por parte de protector del Perú fue siempre esperada por mí. No es el interés de una pequeña provincia lo que puede turbar la marcha majestuosa de América meridional…

Después de aseverar la pertenencia de Guayaquil a Colombia, exalta el futuro encuentro: «La entrevista que V.E. se ha servido ofrecerme, yo la deseo con mortal impaciencia, y la espero con tanta seguridad, como ofrecida por V.E.».

Triunfante el general Sucre sobre el mariscal Aymerich en Pichicha, quedó libre el camino a Quito, y con esa noticia, tinta, papel y palabras persuasivas, Bolívar logró lo que no pudo hacer con las armas frente a los pastusos y al empeñoso don Basilio García, a quien le dio garantías para capitular. Junto al general Sucre, entró victorioso a Quito el 16 de junio y todo Quito se abrió para recibir a los dos héroes, pero Guayaquil aún no decidía su suerte y era necesario ganarlo para Colombia.

Solo dos semanas estuvo en esta ciudad donde conoció a Manuela Sáenz, y el 11 de julio entró a Guayaquil. Dos semanas después fue sorprendido con la noticia de que San Martín se hallaba en aguas del golfo de Guayaquil. Inmediatamente, Bolívar le escribió:

> …Vd., no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que Vd. venga de tan lejos, para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar? No es posible, respetable amigo; yo espero a Vd., y también iré a encontrarle donde quiera que Vd. tenga la bondad de esperarme; pero sin desistir que Vd. nos honre en esta ciudad…

Mucho deben haber conversado Bolívar y Sucre respecto a la política a seguir con San Martín sobre la Provincia de Guayas y su capital Guayaquil, y en fin, de todo Perú, así como la forma monárquica de gobierno que el Protector creía conveniente establecer al ser derrumbado el régimen colonial, con lo cual España probablemente estaría dispuesta a contribuir para dar fin a la guerra y tal vez apoyaría el desarrollo posterior de estas naciones. Desde luego que el tema militar fue de los más importantes por lo que significaba la culminación de la causa libertaria, que requería una fuerza mayor, pero además, penetrando un tanto en las habilidades del Libertador, el hecho de reunir tropas colombianas, peruanas, chilenas y rioplatenses, le imprimía una simbología fraternal a la lucha.

Los dos gigantes de la lucha anticolonial se reunieron sin testigos los días 26 y 27 de junio de 1822. La noche intermedia Bolívar agasajó a San Martín y su comitiva con un banquete en una casa asignada para esta ocasión, «… y después de la comida, en casa de este, —del Libertador, dice O'Leary— asistieron ambos a los bailes que en su obsequio se dieron.».

Una relación de seis puntos dictado por el Libertador al secretario José Gabriel Pérez en fecha 29 de junio, para ser enviada al gobierno de Colombia, junto con una carta de la misma fecha al general Sucre y otra al vicepresidente Santander —firmada por Bolívar—, son los documentos que resumen la conversa de ambos libertadores. Quito, Guayaquil y otras provincias quedaron, dice el Libertador a Santander, incorporadas a Colombia.

La entrevista de Guayaquil ha sido estudiada desde diversos ángulos, pero la inexistencia de una agenda de puntos a tratar y la carencia de documentos firmados por ambos protagonistas, ha permitido divagar en deducciones que el

tiempo ha convertido en «falsas verdades» de tanto repetirlas y darlas como ciertas.

El trabajo realizado por Sergio Rodríguez Gelfenstein sobre ese episodio histórico, en el que han gastado barriles de tinta y bobinas de papel quienes investigan nuestra historia, abarca tiempo, hombres, hechos, escenarios y circunstancias debidamente soportadas tratando de precisar aspectos del encuentro, que resultan muy importantes para comprender cómo se unieron los pueblos uniformados para derrotar un imperio y cómo se desarrollaron las relaciones internacionales entre el Perú que luchaba por su independencia y la república de Colombia solidaria y previsiva para mantener el modelo republicano de democracia popular.

Bolívar y San Martín coincidieron en un significativo lugar de la costa del Pacífico, tan importante que dos centros de poder político, aspiraban a incluirlo en su territorio. Cada uno trataba de despejar la posesión de la ciudad-puerto, pero igualmente se interesaban en el desarrollo de la guerra por la independencia, el problema hombres y armas, y la forma de gobierno más conveniente para las nuevos Estados al terminar el dominio colonial español.

Sergio Rodríguez Gelfenstein estudia la entrevista de Guayaquil con criterios de método histórico, enfocando el tema en el contexto internacional y en los escenarios de Nuestra América, llevando al lector en secuencias ordenadas hasta concluir en Guayaquil, cuyas descripciones rebasan lo atinente al tema de la entrevista, por lo cual resulta de gran interés en este tiempo de bicentenarios por la causa libertaria de nuestras naciones…

Prof. Manuel E. Carrero M.
Premio Nacional de Historia 2020

Caracas, abril 20 de 2022

Introducción

Desde sus formas de organización más remotas se puede constatar que el ser humano ha desarrollado su devenir en un mundo formado por un sistema de categorías que se sustentan en criterios que —según el caso— pueden tener mayor a menor trascendencia. Así, las sociedades de clases establecieron una jerarquía que marca el dominio de individuos, grupos o sectores sobre toda la comunidad.

No obstante, al estudiar la historia se descubre que en el pasado se puso el énfasis en la subordinación del proceso social a la conducta del individuo, al mismo tiempo que se consideraba este como un instrumento «gobernado por fuerzas psíquicas, originadas en instintos, se conciben profundamente enraizadas en la "Naturaleza Humana"». (Baran, 1963, p. 8) Esta idea dio paso a una más avanzada en la que se aceptaba que el individuo no era un ser totalmente aislado, sino que era influido por la sociedad y de alguna manera intervenido por esta en tanto se desenvuelve en su contexto. En la modernidad, bajo el paradigma marxista se ha asumido que la conducta humana es determinada en gran medida por diferentes factores de la dinámica social (*ibidem*).

De la misma manera, la evolución humana se preocupó por buscar explicaciones acerca del porqué ciertos individuos

ejercen una influencia sobre otros, transformando esta pregunta en elemento esencial de pensadores y filósofos a lo largo de la historia. Las investigaciones arqueológicas y antropológicas dan cuenta de que ya en un pasado muy remoto existieron líderes y conductores de tribus y pueblos.

En su afán de dar explicaciones a la historia, la religión tomó nota —por ejemplo— del papel de Moisés como guía del pueblo hebreo en su afán de liberación de la opresión egipcia. Alrededor del primer profeta judeo-cristiano se agruparon sacerdotes, reyes y jefes de tribus que comenzaron a dar forma a una estructura social recogida en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Posteriormente, Grecia recoge su ideal civilizatorio entregando a través de un amplio acervo cultural y filosófico, algunas pautas que señalan el comportamiento en este sentido. Vale decir que, por ejemplo, en la *Ilíada* se exponen algunos paradigmas que dan cuenta de las características que debía poseer el líder ideal que se podía construir a partir de la imbricación entre «la valentía de Aquiles, la sabiduría de Néstor, la sagacidad de Ulises y el sentido de justicia de Agamenón» (Cuevas, 2016).

De la misma manera, en China, Confucio dijo que el gobernante debería ser virtuoso para que los súbditos siguieran su ejemplo agregando que el ren era una virtud de la humanidad basada en benevolencia, lealtad, respeto y reciprocidad, pero enfatizó en que la característica principal era que estos vínculos se hicieran efectivos, el superior tenía la obligación de la protección y el inferior, de lealtad y respeto (Doeblin, 1983).

Como nos recuerda Cuevas (2016) en nuestra región, en la Abya Yala, la sociedad se estructuraba a partir de Estados teocráticos fuertes en los que la autoridad residía en los sacerdotes, porque el jefe supremo era considerado un Dios.

Cuevas (2016) insiste en que a lo largo de la historia, las sociedades han creado mitos y leyendas para explicar de forma aceptable el dominio de sus líderes y el acatamiento por parte de sus seguidores. Sin embargo, las normas de conducta aceptadas para los líderes se modifican en el tiempo y en cada civilización y cultura. Así mismo, también influye, la forma como se ha ido organizando la sociedad y la forma como se ha ido desarrollando y evolucionando el ser humano. Un elemento fundamental es la capacidad de cada individuo o grupo para acceder a distintas ventajas como recursos, prestigio o poder.

Esto ha hecho surgir personalidades relevantes a lo largo de la historia. Las mismas pueden ser entendidas como aquellos sujetos que poseen rasgos y cualidades individuales (intelectuales, emocionales y voluntad) que en el contexto de una situación específica de la historia juegan un papel determinante en la sociedad, sin embargo, no se puede obviar que son producto de ella y de su tiempo. Es decir, que entre individuo y sociedad se produce una interrelación dialéctica en que cada uno depende del otro. En este sentido, el surgimiento de una personalidad está directamente relacionado con el momento histórico que le toca vivir.

El papel de las personalidades relevantes en la historia ha sido tratado desde variadas perspectivas científicas a lo largo del tiempo, pero han sido la filosofía y la psicología las que se han consagrado con mayor dedicación a estudiar el fenómeno. Resulta de extrema dificultad profundizar en el tema sin caer en especulaciones, si se considera que «la práctica es el único criterio de la verdad» (Marx, 1952) como expone un conocido enunciado marxista, no obstante reconocer que existe una verdad absoluta y otra relativa.

En este sentido —cuando se trata de indagar en el papel que han ejercido ciertas personalidades en el desarrollo

de procesos políticos y sociales— pareciera que solo vale atenerse a los hechos que confirman o no, que algunos individuos poseedores de características especiales son capaces por ellas o por circunstancias específicas que les tocó vivir, acelerar, profundizar y hasta determinar el curso de ciertos procesos que van a tener indudables repercusiones en la vida de ciudadanos y países, por lo que son dignos de inscribirse en la historia a partir del reconocimiento que se ha hecho sobre tales acontecimientos y sobre los mismos personajes.

Las sociedades de clases les dieron a estas figuras un papel preponderante en el desarrollo de la historia a partir de una supuesta acción consciente al margen de las leyes que rigen el avance dialéctico de la sociedad. Por cierto, ellos actuaban a partir de una designación divina que los ubicaba en circunstancias tales que podían señalar el destino también determinado por una voluntad divina.

Así, surgían de manera subjetiva los héroes, pero también los líderes y caudillos que establecían la imposibilidad de que la historia avanzara sin su existencia y/o permanencia. Pasaba a un segundo plano el papel protagónico de las masas y de los colectivos políticos o de otro tipo en el desenvolvimiento de los procesos sociales, a la vez que se minimizaba el imprescindible papel de las ideas y la organización en la expansión y éxito de las transformaciones.

La visión científica de estos fenómenos permite visualizar con mayor precisión el curso de los procesos a partir de la previsión de los mismos. Es verdad que los acontecimientos históricos transformadores ocurren en condiciones objetivas concretas que construyen contextos propicios para que puedan suceder. Pero, también es cierto que existen personajes relevantes que ejercen un influjo preeminente en los acontecimientos en tanto muestran una capacidad superlativa para «leer» los trances y episodios de la vida porque tienen

el don de vislumbrar las leyes del desarrollo y el curso que puedan tomar los hechos de la historia.

Vale decir, sin embargo, que los individuos construyen su historia limitados por una serie de condicionantes y que son estas las que, finalmente, van a generar las posibilidades o no de que surjan ciudadanos que en momentos determinantes realicen un aporte superior a partir de facultades propias que superan las del común de los individuos. Son ellas o ellos los que ponen su sello en el acontecer histórico para dejar impresa la huella de su genialidad y de sus cualidades señalando un camino que establece pautas en el momento que les toca vivir, pero que perduran en un futuro que puede llegar a tener insondables confines.

Este asunto ha sido ámbito de preocupación de pensadores y filósofos. En este sentido, Ernesto «Che» Guevara apuntaba que: «La personalidad juega el papel de movilización y dirección en cuanto encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta» (Universidad Bolivariana de Venezuela, 2007).

Por su parte, Carlos Marx expresó que: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado» (Marx, 1981).

En la misma tónica, en una carta a W. Borgius escrita el 25 de enero de 1894, Federico Engels expone el papel determinante de los hombres en la historia, pero advierte que no es a partir de una voluntad colectiva ni de un plan colectivo «ni siquiera en una sociedad dada y circunscrita». Desde su punto de vista, influyen aspiraciones personales que hacen que la sociedad se desarrolle a partir de la necesidad, la cual, a su vez, tiene un complemento en la casualidad. Establece

que tal necesidad que se impone a través de la casualidad es en última instancia de carácter económico, lo cual determina el papel de los grandes hombres. Su surgimiento en un lugar y momento específico es obra de la casualidad, pero si esta no llegara a producirse, será necesario buscar un remplazo, lo que conducirá irremediablemente a la parición de un sustituto «más o menos bueno…» (Engels, 1973, p. 508).

V. I. Lenin también tuvo una aproximación al tema. Expuso que:

> Del mismo modo, tampoco la idea de necesidad histórica menoscaba en nada el papel del individuo en la historia: toda la historia se compone precisamente de acciones de individuos que son indudablemente personalidades. La cuestión real que surge al valorar la actuación social del individuo consiste en saber en qué condiciones se asegura el éxito a esta actuación que garantiza que no resultará un acto aislado que se pierda en el mar de los actos opuestos. (Lenin, 1978)

Para la sicología, los estudios de la personalidad y su relación con la autoridad ocupan un lugar sobresaliente que no ha sido dejado de lado por las principales corrientes científicas ni los autores más relevantes de esta rama del saber. En la modernidad, su vinculación con la gestión y el manejo de grupos pequeños y medianos, pero también de grandes contingentes, ocupan buena parte de su quehacer. En este ámbito, la influencia de la personalidad se estudia desde la perspectiva del liderazgo que puedan ejercer en la consecución de determinados objetivos de corto, mediano, pero sobre todo de largo plazo.

Desde el enfoque psicológico, existen varios modelos de liderazgo. El de Kurt Lewin, desde la perspectiva de la psicología social. Robert Hogan, por su parte, pone el énfasis en la personalidad. Jacques Lacan y Enrique Pichon-Rivière

parten del psicoanálisis y la dinámica de grupos y, finalmente, Ronald Heifetz asume el liderazgo adaptativo como método.

Resulta de sumo interés el planteamiento de Robert Hogan que expone que la personalidad del líder define el éxito de cualquier labor que se emprenda. Por su parte, Sigmund Freud, considerado el padre del psicoanálisis, destaca que el líder encarna los valores de la colectividad de manera tal que el individuo desea parecerse al líder, ser amado por él y estar con él. Así, en un grupo, cualquiera de los individuos que lo forman será capaz de hacer sacrificios importantes que por sí solo nunca haría.

Por su parte, Ronald A. Heifetz ha enarbolado la idea del liderazgo adaptativo que establece que hay dos tipos de problemas o desafíos que deben resolver los líderes: los de carácter técnico y los de tipo adaptativo. El mayor problema es no saber reconocer la diferencia entre ellos. Los de carácter técnico se pueden identificar porque existe una solución conocida para resolverlos. Por otro lado, en lo referente a los problemas adaptativos, es posible reconocerlos, pero por ser más complejos, no pueden ser solucionados directamente por un experto, estos problemas requieren de un proceso de ensayo y error, experimentación, nuevos conocimientos, tiempo y asimilación[1].

La lucha independentista de la América hispana a comienzos del siglo XIX se desató a partir de condiciones

---

1 La relación entre personalidad y liderazgo desde el punto de vista de la sicología fueron expuestos al autor por el sicólogo Pablo Vega Buccicardi, diplomado en Planificación Estratégica por la Universidad Católica de Chile y MBA de la Universidad del Desarrollo de Chile, en una larga conversación sostenida el 5 de junio de 2021, en la que me dio a conocer elementos de análisis muy útiles para comprender el papel de los líderes en la planeación, conducción y realización de grandes obras que —en algunos casos— devienen en hazañas. Aquí solo se ha hecho un breve resumen de tales ideas.

objetivos que evidenciaban el agotamiento del modelo colonial. Causas de orden endógeno y exógeno se imbricaron para crear una situación tal que hizo irreversible que las luchas iniciadas a finales de la anterior centuria comenzaran a tener éxito en la primera década de ese siglo. Las primeras manifestaciones ostensibles de debilitamiento del poder español y del ascenso en el protagonismo de ciertos sectores criollos que ansiaban tener libertad de comercio e igualdad con sus pares de la península para darse un autogobierno se hicieron patentes a través de una progresiva efervescencia del movimiento independentista.

Al finalizar el siglo XVIII, España era considerada todavía una gran potencia en el concierto de los Estados europeos, lo cual se expresaba por su prestigio entre las cortes del Viejo Continente, lo cual además le aportaba una considerable influencia diplomática. Por otra parte, la economía española sostenida por la importación de esenciales mercancías provenientes de sus provincias americanas, en particular minerales preciosas que explotaba sobre todo en Perú y México, contribuía con el 50 % de su comercio exterior. Así mismo, en su calidad de potencia metropolitana recibía un 48 % del producto de las exportaciones, no solo de mercancías propias, también la de otros países europeos que debían realizar su comercio a través de la península, usando además los puertos españoles como expresión firme del monopolio comercial que estableció para sus colonias.

Pero, el ímpetu napoleónico que inundó a Europa, generó la necesidad de crear alianzas que enfrentaran esta amenaza al poder constituido. Gran Bretaña como principal potencia de la época buscó establecer las ligas necesarias para impedir la expansión de Francia y del Gran Corso. En 1807, Napoleón invadió España, cuando esta era aliada de Francia desde 1804 en el marco de la guerra anglo-española.

En 1808 el rey borbón Fernando VII se convirtió en monarca de España, pero fue destituido por Napoleón, suscitando un profundo trance que tuvo repercusiones en todo el Imperio español. El rey Fernando VII y su padre se vieron obligados a aceptar las demandas francesas para resolver el asunto en términos amigables, pero tuvieron que renunciar a sus cargos y aceptar a la familia Bonaparte como reemplazante. El hermano de Napoleón, José Bonaparte, fue el primer rey Bonaparte de España y ocupó la corona española hasta 1813, como José I.

Después del desplazamiento de la monarquía borbónica, las estructuras gubernamentales centrales y provinciales españolas se fragmentaron. Las juntas de las regiones se negaron a reconocer la legitimidad de José I y tomaron el poder. Estas juntas insistieron en que, durante la ausencia del rey, el poder volvía a las provincias. El modelo tuvo gran impacto en las provincias americanas que se propusieron copiarlo e implantarlo en Hispanoamérica.

Aunque, en los estertores del siglo XVIII se produjeron algunos levantamientos revolucionarios de diversas características y finalidades, estos no pueden considerarse como parte del movimiento independentista hispanoamericano. En realidad, los primeros movimientos autonomistas de América se dan en el marco de una monarquía despojada de su poder y un reino usurpado por una potencia extranjera. Las primeras juntas de gobierno creadas en América juraban lealtad a la corona borbónica y rechazo a Bonaparte.

Sin embargo, la posibilidad de la independencia estaba latente, un sector de los españoles americanos aspiraban a mucho más que un espacio de autonomía. Se proponían asumir el poder político real y poner en práctica el libre mercado y un comercio sin vetos ni controles y sin la intermediación por parte de la monarquía. La Revolución Industrial que se

desarrollaba en Europa abría grandes espacios al comercio y al intercambio, Europa ambicionaba con hacerse de las grandes riquezas de las colonias españolas, pero la nueva alianza antinapoleónica impedía que Gran Bretaña apoyara la lucha independentista. De otro lado, las monarquías absolutistas respaldaban a España en su lucha contra Francia. Estados Unidos, por su parte, estaba inmerso en su propio proceso de expansión y aunque ambicionaba echarse sobre la América hispana no era aún su prioridad. Así, la situación internacional no era favorable a la lucha emancipadora en América. Eso vino a cambia tras la derrota de Napoleón en 1815.

Por otra parte, las ideas liberales de la Revolución francesa, las de la emancipación de las colonias británicas en América del Norte y las que enarbolaron los patriotas haitianos en 1804 ejercieron gran influencia en la gestación del pensamiento libertario de las provincias españolas del sur de América. En particular, en Haití, además de tener un carácter emancipador en términos nacionales, también lo tuvo en el ámbito racial, remeciendo muy profundamente las estructuras coloniales.

Así mismo, los patriotas americanos se comenzaron a imbuir de las ideas liberales de la Ilustración que llegaban desde Europa y que circulaban con profusión en las academias, sociedades económicas y de comercio y agrupaciones sociales. Tal pensamiento cuestionaba con rudeza el absolutismo de la monarquía, divulgando doctrinas como las de soberanía y derechos individuales, antagónicos a los principios que sostenían al Imperio español.

Las declaraciones de independencia en varias latitudes del continente durante los primeros años del siglo y la creación de juntas de gobierno que proclamaban la autonomía, no fueron bien recibidas en la metrópoli, que hizo aprestos para reforzar sus ejércitos desde el punto de vista del personal, la logística y el armamento a fin de aplastar por vía de la

fuerza los intentos emancipadores. Los patriotas se vieron obligados a construir ejércitos y apelar a la lucha armada para imponer su derecho a la independencia.

En este contexto, la emergencia de personalidades destacadas que asumieron la responsabilidad de construir —en primera instancia— nuevos Estados que asumían una estructura republicana con las consecuentes dificultades que ello significaba en las condiciones de guerra que España había establecido para evitar el éxito de los nuevos gobiernos, marcó los primeros años de existencia de estas repúblicas.

Al trasladarse el eje del conflicto desde el terreno de la política al de la guerra o asumiendo con Clausewitz que «la guerra es la continuación de la política por otros medios» (Clausewitz, 2012) algunos de los más destacados hombres y mujeres que se pusieron al cabeza de la lucha independentista, tuvieron que tomar el camino de las armas. En algunos casos, aquellos que se destacaron por encima de los otros, se vieron obligados a ocupar responsabilidades simultáneamente en ambos terrenos.

En el desarrollo de la guerra, fue el componente bélico de la misma el que comenzó a señalar el camino de lo posible. Fueron años muy duros, de avances y retrocesos, de victorias y derrotas. Solo aquellos que destacaban por su temple, carisma, visión política de largo plazo, capacidad de conducción y conocimiento de las leyes que rigen la política y la guerra, los que se pusieron al frente y alcanzaron un liderazgo reconocido por la mayoría.

En las diferentes provincias de la América española, fueron muchos los que por distintas vías aprehendieron las ideas revolucionarias que captaron de sus viajes por Europa algunos y otros a través de libros, panfletos y libelos que travesaban los mares, muchas veces de forma secreta para comenzar a ser conocidos y debatidos en distintos ámbitos

de la sociedad. Pero, ser conocedor de una idea no implicaba de forma directa el hacerse partícipe activo de ello. Era mucho lo que se arriesgaba, sobre todo cuando el pensamiento conservador hacía carne de la mayor parte de la sociedad.

Se trataba de que ese pensamiento se hiciera organización, se propusiera derribar el poder monárquico, construir un nuevo Estado y sobre todo defenderlo, cuando era previsible que habría una resistencia de España ante los probables cambios revolucionarios que se avizoraban. Ante tantas disyuntivas, el riesgo que significaba asumir una posición contraria a la del régimen monárquico y el reto que encaraba un futuro de incertidumbres, inseguridad y peligro, solo algunos dieron el paso al frente y, de ellos, un contingente mucho menor destacó por cualidades superiores de liderazgo en el que se conjugaban características propias ya señaladas por los estudios psicológicos, pero que además ponían esas dotes a favor de la independencia y la libertad, es decir, que superaba causas individuales, de familia o incluso de comunidad para poner esas relevantes características de guías para transformarse en adalides del proceso emancipador.

Simón Bolívar y José de San Martín fueron parte de esa pléyade de destacados líderes que forjaron nuestra independencia, tuvieron la capacidad de crear naciones superando conflictos, contradicciones, incomprensiones de todo tipo y dimensión. Y aunque fueron muchos los que a lo largo y ancho de la región se incorporaron e incluso destacaron en lo político y lo militar o en ambos terrenos simultáneamente, fueron ellos dos los estrategas militares y estadistas que más descollaron. Se alzaron por encima de mezquindades y pequeñeces, pusieron el interés de la patria americana por encima de inclinaciones sectarias e incluso de carácter nacional para empinarse al más alto título que en justo reconocimiento se les podría haber concedido: el de Padres de la Patria.

Venidos al mundo en las antípodas de la América meridional, de familias de clase opuesta, cabalgaron ambos a lo largo de llanos, desiertos, montañas y selvas desde su terruño natal para hacer historia en la liberación de sus patrias pequeñas y lograr la emancipación de la Patria Grande, después de llegar —por separado— a la convicción de que la primera no era posible sin la segunda.

Desde Caracas hacia el sur avanzó Bolívar y desde el Río de la Plata hacia el septentrión San Martín, para finalmente encontrarse en julio de 1822 y trazar en conjunto el porvenir que oteaban para el futuro. La historiografía ha querido poner el énfasis en sus diferencias, colocando la diatriba y el conflicto como eje de su reunión. Pero, visto a la distancia de dos siglos, cuando la América española en Ayacucho fue finalmente libre solo dos años después de su confluencia en la cintura de la América meridional me pregunto: ¿cuánta importancia puede tener la diferencia ante el genio y la figura de quienes veneramos por darnos patria y libertad? ¿Es que la historia puede ser tan mezquina como para tan solo venerar aquello que no construye?

En el bicentenario de tan magna fecha, cuando como dice la canción de Silvio Rodríguez, una vez más, pareciera que «Las fronteras se besan y se ponen ardientes[2]» recordar el encuentro de los dos más grandes americanos de la gesta independentista deviene en tarea urgente que sirve para reafirmar que el futuro de Nuestra América está en el encuentro, en el esfuerzo inagotable de los que la aman, en los que son capaces de superar lo menor para volcarse a la libertad, de los que como ellos y en ellos reconocemos como los dos grandes Libertadores que nos dieron la primera independencia. Lo demás son detalles.

2 Silvio Rodríguez, «Canción urgente para Nicaragua», 1982.

I. La situación internacional

Al comenzar el siglo xix, el poder en el mundo occidental estaba asociado al potencial marítimo. Gran Bretaña había perdido parte sus territorios en América, aunque reforzando su control sobre Canadá. Así mismo, poseía la rica colonia en India y había echado sus primeras raíces en Australia. No obstante, en este contexto, en las primeras décadas de la nueva centuria, era la mayor potencia y la hegemónica en Occidente encontrándose en pleno período de expansión. Desde 1815 había alcanzado la supremacía mundial gracias a la combinación del poderío naval, su capacidad de crédito, la pericia en el manejo comercial y una notable diplomacia sustentada en alianzas que le permitía aislar al enemigo principal que hasta ese año fue Napoleón Bonaparte y la Francia posrevolucionaria.

Aunque parezca contradictorio, salvo excepciones ubicadas en sociedades misioneras y algunos comerciantes el interés generalizado de la elite política inglesa no estaba orientado a la expansión colonial. El pensamiento predominante se alineaba hacia el librecambismo, oponiéndose a cualquier tipo de regulación del comercio marítimo, por lo que aspiraban a que todas las colonias que se emanciparan del poder colonial, se enfilaran en esa dirección que consideraban la forma natural del desarrollo.

En este período de Revolución Industrial se fortaleció mucho más allá de lo que ya había logrado en los años previos, llevando al país a un gradual proceso de transformación en una potencia de nuevo tipo. Los portentosos cambios logrados a partir de 1760 fueron expresión de un vigor inusitado de su economía que la condujo a que solo unas décadas después fuera portadora de más del 60 % del crecimiento industrial de Europa, al mismo tiempo que su producción manufacturera mundial pasó del 1,9 % al 9,5 % (Kennedy, 1994).

Entre 1820 y 1824 ocurrió en Europa la primera oleada revolucionaria de las tres que tuvieron lugar durante la primera mitad del siglo, con participación primordial de los Estados meridionales del continente. El siglo previo había sido testigo de una gran revolución agrícola que generó condiciones para estas portentosas transformaciones en el sector industrial, germen de la estructura de la sociedad occidental actual. De hecho, aquellos países que realizaron esos cambios en el agro, tuvieron éxito en la Revolución Industrial. La metamorfosis de la producción rural permitió el incremento de la producción y la generación de excedentes que se comercializaban en las ciudades. Sus características más sobresalientes fueron la modificación radical del sistema productivo, el paso a una agricultura intensiva, en la que se rotaban y diversificaban los cultivos, la expansión ganadera, la propiedad terrateniente que eliminaba a los pequeños productores, la incorporación de modernos instrumentos de labranza y el uso de abonos de origen animal. Así, la agricultura superó su fase de uso para el autoabastecimiento dando paso a un gran mercado nacional que una vez más tuvo su origen en Gran Bretaña, aunque después se extendió a otros países. España estuvo ajena a este proceso, lo cual impactó negativamente en la producción nacional y, por ende, en el desarrollo de una Revolución Industrial autóctona.

Gran Bretaña fue pionera en la introducción de innovaciones tecnológicas que tuvieron en la industria textil su primer espacio de adelanto llevando a una fase de producción masiva de hilo y tejidos. Así mismo, en la industria siderúrgica se comenzaron manifestar importantes transformaciones que vendrían a tener un auge determinante a partir de los años 30 cuando el carbón mineral pasó a ser la principal fuente de energía, aunque las limitaciones a las que exponía su explotación masiva condujo a la invención de un aparato que insuflaría una aceleración sustancial al desarrollo industrial: la máquina de vapor. Así, en 1800 Gran Bretaña produjo veinticuatro mil toneladas de algodón, que llegarían a doscientos mil cuarenta años más tarde. De esta manera la expansión de los tejidos ingleses inundaba el mundo a mejores precios y calidades. A partir de 1816, la venta de algodón manufacturado tuvo un auge inusitado que llegó a alcanzar entre el 40 y el 50 % de todas las exportaciones. La conjunción de la producción de carbón, la industria siderúrgica y el vapor crearon condiciones para el surgimiento y desarrollo de los ferrocarriles, proporcionándole al transporte una función fundamental en el proceso de expansión económico (Solar y Villalba, 2001).

Paralelamente al extraordinario desarrollo industrial de Gran Bretaña, en Europa se desarrollaban otros procesos que iban confluyendo hacia la construcción del modo de producción capitalista. Las enormes dificultades del continente que se manifestaban como pésimas vías de comunicación, una población muy dispersa, escasos recursos minerales y el apego a formas tradicionales de producción así como una situación política desfavorable por las invasiones napoleónicas y las dificultades para volver a una cierta normalidad tras su derrota, ralentizaron su proceso de desarrollo industrial que vino a tener cierto impulso apenas a mitad de siglo. De manera tal que

al no poder ser competidores de Gran Bretaña, la política exterior y la economía no podían ejercer un papel fundamental en el escenario internacional como si se manifestó con mucha fuerza desde Londres. En esto, España ni siquiera era un actor a considerar, manteniendo una economía notablemente atrasada en relación con sus pares del continente.

Por otra parte, en términos políticos, la monarquía imperante en Gran Bretaña y los gobiernos de turno promovían una política de «dejar hacer» que propugnaba la paz eterna, un gasto gubernamental reducido especialmente en materia militar (con el estricto objetivo de garantizar la seguridad nacional, evitando la violencia interna y posibles invasiones externas) y una rebaja del control estatal sobre la economía y los ciudadanos. Se trataba de impedir al máximo que se desatara una nueva guerra que distrajera recursos necesarios para el florecimiento económico, llegando incluso a un estancamiento en el desarrollo del ejército después de 1815.

Esta situación aparentemente contradictoria da cuenta de esa caracterización de «potencia de nuevo tipo» que se mencionó anteriormente. Kennedy refiere que medidas mercantilistas existentes en el pasado para establecer vínculos entre seguridad nacional y riqueza nacional fueron descartadas. De la misma manera fueron abolidos aranceles propios de economías proteccionistas, se permitió la exportación de tecnología de vanguardia y se derogaron leyes de navegación que estimulaban la preservación de una gran cantidad de naves mercantes susceptibles de ser usadas en la guerra. Por el contrario, se mantuvieron en un mínimo invariable los gastos de defensa. Desde 1815 y hasta 1850 el gasto militar se mantuvo entre 2 y 3 % del Producto Nacional Bruto (PNB) (Kennedy, 1994).

Esta situación era ajena a la tradición que indicaba que en una potencia el presupuesto de defensa debía un alto

porcentaje dentro del total. Gran Bretaña exponía cifras que no distaban mucho de la de otros países con menor incidencia en la dinámica mundial. Dado el objetivo primordial de su política exterior, que era mantener en Europa los equilibrios necesarios que le permitieran sostener su enorme imperio, las cifras de su gasto militar eran expresión del propósito prioritario de su política general cual era lograr una mayor expansión en el terreno económico y comercial.

Esta circunstancia era totalmente ajena a España. Su retraso en el desarrollo de las fuerzas productivas respecto de sus pares de Europa era evidente. Solo después de que se produjera la independencia de las colonias, la monarquía imperante en Madrid logró que los comerciantes tuvieran un cierto florecimiento, pero en el ambiente de las luchas emancipadoras de sus colonias, los hombres de negocios de la península tuvieron que sufrir las consecuencias de tener que competir en el libre mercado en desigualdad de condiciones sobre todo con Estados Unidos y Gran Bretaña, que dado su mayor desarrollo ofrecían mercancías a mejores precios, a esto hay que sumarle que fueron perdiendo paulatinamente el monopolio del comercio en Iberoamérica (Crespo MacLennan, 2012).

Así, la fortaleza de Gran Bretaña era avasalladora y, como se dijo antes, se manifestaba en varios sectores que eran considerados de mayor trascendencia que la posesión de un nutrido y oneroso ejército. Estos sectores, además de su autoridad e influencia en los mares, eran su amplio imperio colonial, la gran capacidad financiera, que le dio una capacidad única de exportar capitales y tener un rendimiento superior de sus inversiones reduciendo de esa manera el desequilibrio comercial en algunos artículos.

No obstante, Gran Bretaña también manifestaba algunas debilidades que serían aprovechadas por sus contendientes

en una etapa posterior a la independencia de las colonias iberoamericanas, pero que eran estudiadas y aportaban conocimiento del manejo futuro que habrían de tener las nuevas repúblicas. En el fragor de los combates los líderes de los nuevos Estados americanos que emergían comprendieron que la expansión que Gran Bretaña promovía a fin de aportar a un desarrollo que le permitiera mantener un equilibro ajeno al conflicto, tendría un límite, toda vez que estaban gestando a sus propios futuros competidores. Así mismo la economía británica se iba haciendo dependiente del comercio internacional y sobre todo de las finanzas internacionales (Kennedy, 1994). Las élites que asumían las responsabilidades en América constaban de esta manera que debían insertarse en ese equilibrio, estableciendo relaciones con todas las potencias, priorizando los vínculos con Gran Bretaña, pero sin obviar a otras potencias medianas o grandes que estaban configurando una novedosa restructuración del sistema internacional.

En otro ámbito, en el terreno de las ideas, la Revolución francesa extendía el dominio de un ejército, esta vez imperceptible en términos de ocupación de territorios. Las iglesias, en particular la católica dominante comenzó a sentir el impacto de un pensamiento que cuestionaba las bases estructurales del sistema político y la sociedad. La intelectualidad se dividió entre los proclives al cambio y los que opinaban que se debía conservar todo tal como estaba.

Ante esta disyuntiva, el camino adoptado fue el del liberalismo que tuvo su origen en España pero que se fue desplegando a lo largo de todo el continente. Su origen en la península ibérica se sustentaba en la admisión de los logros de la Revolución francesa, al mismo tiempo que rechazaba al invasor. Es decir, se suscribían las libertades, la tolerancia, la igualdad legal, el fin del absolutismo, la supremacía de la Iglesia, pero también se reconocía la monarquía, frente a la acometida

de Napoleón en el territorio español (Solar y Villalba, 2001). El fin de este en 1815 permitió el regreso de la monarquía y la nobleza al poder en lo que pareció ser un retorno del absolutismo a tomar las riendas y el control de los Estados europeos. Los liberales que habían enarbolado las ideas más avanzadas en contra de la invasión extranjera, no pudieron usufructuar la victoria de su lucha, pero se mantuvieron presentes y activos en la nueva etapa, impidiendo de esa manera que se pudiera volver a una situación similar a la existente antes de 1789.

En estas condiciones se exaltaba el papel de la Iglesia católica como soporte ideológico de la restauración monárquica a partir de su enorme influencia en los pueblos y los individuos, sus relaciones y deberes que avalaban el carácter absoluto de la subordinación que le debían los súbditos al soberano. De otra parte, el protestantismo que era expresión de un espíritu de mayor liberalidad en el examen de la realidad no daba las mismas garantías que el catolicísimo, no obstante lo cual, igualmente se orienta hacia un pensamiento rígido que da soporte al conservadurismo propio de los regímenes tradicionalistas encarnados en el rey (Droz, 2020).

Aunado al liberalismo, en la escena europea hizo su irrupción el nacionalismo. Ambos configuraron la columna vertebral de las trasformaciones habidas a lo largo del siglo XIX caracterizada por la irrupción del capitalismo, los avances en el proceso de industrialización y la configuración de nuevos Estados. Las tres oleadas revolucionarias habidas durante esa primera mitad de la centuria habrían de moldear el sistema político y económico que nacía.

La confrontación con el absolutismo feudal fue antagónica. La nueva clase burguesa emergida de la Revolución Industrial en lo económico y la Revolución francesa en lo político no estaba dispuesta a volver atrás ni a compartir el poder. Esa es la razón por la que recurre al liberalismo y al

nacionalismo, toda vez que no están inclinados a someterse a las artificiales fronteras impuestas por el Congreso de Viena (Lara Fernández, 2010).

No obstante que liberales y nacionalistas no siempre estuvieron unidos para enfrentar la Restauración, es indudable que jugaron un papel revolucionario en Europa, sobre todo a partir de 1820, lo cual tendría fuerte influencia en el pensamiento y el quehacer de los más ilustrados patriotas iberoamericanos que luchaban por la independencia.

El impacto de la Revolución francesa y sus más eximios filósofos y actores políticos fueron evidentes en la configuración de un pensamiento emancipador en América. A ello se sumó la fuerte influencia que ejercieron las ideas liberales en boga en la Europa de comienzos del siglo XIX. Todo ello fue configurando un paradigma propio en amplios sectores de las sociedades iberoamericanas, sin que ello significara que el mismo se manifestara en términos unánimes. Cada estructura colonial, cada sector social e incluso cada individuo absorbieron de manera diferente las novedosas doctrinas provenientes del Viejo Continente.

En un contexto más general, las potencias se debatían en el esfuerzo de sostener el Concierto Europeo que había emergido del Congreso de Viena finalizado en 1815 casi en el mismo momento que se concretaba la derrota de Napoleón en Waterloo. Este evento se había propuesto volver a las anteriores fronteras nacionales y asegurar el equilibrio necesario para evitar nuevas guerras. Para Gran Bretaña, principal potencia económica, era vital para exportar la creciente producción que emanaba de la Revolución Industrial (Bremer, 2010). Sin embargo, las disputas subsistían como resultado de las diferencias existentes entre los imperios que formaban parte de la entente, aunque esos mismos intereses puestos de cara a la realidad obligaban a la concordia.

Gran Bretaña debía «amortiguar» los impactos de la Revolución Industrial a fin de que no generara contratiempos en una Europa, que mostraba mayor atraso en la medida del alejamiento de las costas occidentales y su profundización hacia el este que vislumbraban una realidad más feudal y agrícola.

Tal situación no era replicada en la mayor parte del resto de Europa en la que el poder aristocrático estaba bastante desorganizado, lo cual hacía de la restauración tarea harto difícil. En Holanda, parte de Alemania y el norte de Italia, la sociedad se había debilitado en demasía, avasalladas por la destrucción de resabios feudales, eliminación de obstáculos al comercio y la industria, revocación de derechos de señorío y pago de impuestos y pérdida de competencia del poder omnímodo de la posesión de la tierra fueron configurando las condiciones para la pérdida de poder de los señores feudales y la irrupción de una nueva clase de propietarios de la mano del desarrollo acelerado de la industria (Briones, Leal, Mendel, & Rojas, 2005).

Prusia, aunque amplió su territorio gracias a la adquisición de Renania, fue afectada por las transformaciones posteriores a 1815. En los hechos, durante la segunda década del siglo, transmitía una imagen menos imponente que en el pasado. El tema de la unidad y la forma de conseguirla estaba en el centro de los debates, lo cual obligaba a complicadas negociaciones entre liberales y conservadores y entre los Estados del centro y del sur. Tal situación hizo que Prusia fuera en esta época la menor de las grandes potencias, sobre todo porque sus problemas internos que no le permitían inmiscuirse en la dinámica internacional. (Kennedy, 1994) En esa medida, no era un actor que pudiera influir en la perspectiva de las guerras independistas de Iberoamérica.

Por su parte, Austria, que tuvo un papel destacado en las luchas contra Napoleón, exigió compensaciones por la

modificación de las fronteras nacionales acordadas en Viena. En la medida que algunas de sus demandas le fueron concedidas y en consideración a su posición geográfica en el centro de Europa con fronteras con casi todas las potencias, podía servir de barrera a la expansión que osara cualquiera de ellas, lo cual era bien visto y aceptado por el resto. Ello, unido a las grandes habilidades negociadoras del diplomático y posteriormente canciller Clemens Von Metternich, le dio a Austria un papel fundamental en la estructuración de un nuevo mapa europeo pos-napoleónico. No obstante, estuvo al margen de manifestar cualquier interés en América e incluso en España, salvo para contrarrestar movimientos liberales, por lo cual envió tropas a Nápoles en 1821, apoyando la acción militar francesa en respaldo a la monarquía borbónica (Kennedy, 1994).

Metternich sabía que a Austria se le adjudicaba un papel muy superior al que realmente tenía, su habilidad era poner ese supuesto a favor de los intereses nacionales de su país. Ubicado en el centro de los acontecimientos, buscaba evitar la propagación de las ideas revolucionarias que habían nacido en Francia, por una parte, y el avance del nacionalismo y el protagonismo social, por el otro. Para cumplir tal designio, consideraba necesario constituir una alianza armada para enfrentar cualquier acción que se saliera de los marcos estrictos del orden establecido o que intentara transgredirlos (Bremer, 2010).

En el caso de Francia, contrario a lo que se podría suponer, no salió tan afectada tras la derrota de Napoleón y el Congreso de Viena, incluso sus pérdidas fueron menores que las de Austria y Prusia en relación con la Europa previa a la Revolución de 1789. Tenía una alta renta y una población más grande y más homogénea que la de —por ejemplo— Prusia y el Imperio austríaco. Esto le permitió seguir teniendo un

ejército poderoso y una marina considerable para sostener sus intereses coloniales que a pesar de haber perdido Haití, seguía teniendo gran incidencia en América. No obstante, su pasado napoleónico hizo que estuviera permanentemente en la mira de las otras potencias que recelaban de su potencial impidiendo que concentrara sus recursos a fin de que nuevamente pudiera tener una relevancia decisiva. Así mismo, hay que tener en cuenta que su larga participación en guerras había trastornado su economía que se encontraba muy deteriorada con respecto a su rival inglés.

Con todo, seguía siendo una potencia cuya política exterior se encontraba sumergida en el debate acerca de si la prioridad de su actuar estaba en Europa o fuera de ella, lo cual tenía clara incidencia en su diplomacia (muy activa en los años posteriores a Viena) que llevó al convencimiento de sus pares del continente de que era mejor tenerla como amiga que como enemiga, a pesar de estar distante del peso específico que tuvo en los dos siglos anteriores (Kennedy, 1994).

La otra potencia era Rusia, aunque con una presencia declinante después de 1815. Su fuerza militar era manifiesta, superaba en tierra a cualquier opositor, lo cual se hizo patente tras el intento de Napoleón de conquistarla. La victoria rusa y la posterior contraofensiva hacia el oeste fue una señal muy fuerte para las capitales europeas. No obstante, en el plano económico y tecnológico su distancia era ostensible respecto de las potencias restantes y esa diferencia iba en aumento con el avance del siglo XIX (Kennedy, 1994). Su incidencia en la América meridional era nula.

Aun así, la Santa Alianza, surgida en septiembre de 1815 y de la que formaba parte junto a Prusia y Austria, se proponía —a partir de los ideales cristianos— contener el liberalismo y al mismo tiempo defender los principios de las monarquías absolutas. Este pacto realizó cuatro congresos entre 1818 y

1822 en los que se consagró el derecho de intervención para lo que consideraran como amenazas a la paz europea.

Pero, en el último de estos eventos realizado en Verona en 1822, el gobierno británico rechazó ayudar a la Alianza cuando esta autorizó una intervención para restablecer el dominio de los Borbones sobre España y también sobre sus provincias en América. Gran Bretaña mantenía lucrativo comercio con la antigua América española y temía que una reacción de España patrocinada por la Alianza le trajera competidores a un fructífero mercado. En tanto Austria, Prusia, y Rusia carecían de una flota de guerra que desafiara la negativa británica (y su dominio en las aguas del Atlántico) los planes de estas se redujeron a restaurar el absolutismo de Fernando VII en la España metropolitana.

En el trasfondo, en el entorno de la época, en Europa se manifestaba un duro enfrentamiento entre las potencias, dadas las ambiciones expansionistas de Prusia y Rusia. Pero también, por la preocupación que generaba el ascenso del liberalismo, el nacionalismo y las ideas antimonárquicas. A pesar de este ambiente, a Gran Bretaña y su primer ministro Castlereagh no la inquietaban tales ideas, salvo que ellas condujeran a la emergencia de un poder militar que alterara el equilibrio logrado. Incluso, en el Congreso de la Santa Alianza en Troppau finalizado en noviembre de 1820, Gran Bretaña abogó a favor de no inmiscuirse en los asuntos de otra potencia, a menos que ella o una alianza de ellas atentara militarmente contra las otras (Bremer, 2010).

Sin embargo, la llegada de George Canning al puesto de ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña en 1822 supuso un cambio importante en el apoyo que este país brindara a los movimientos independentistas iberoamericanos. El apoyo de Canning se hizo manifiesto a partir de su rechazo a que las potencias de la Santa Alianza pudieran cooperar con

España militar o financieramente en el afán de recuperar sus colonias americanas (Guerra, 1973). Para ello, consideró de superior interés de Gran Bretaña, proteger sus intereses comerciales antes que apoyar a la monarquía borbónica en su objetivo de restaurar su imperio colonial americano.

Así mismo, a pesar de las protestas de España, Canning se hizo de la «vista gorda» ante el activo contrabando de armas y soldados británicos que iban a combatir al lado de las tropas independentistas en Iberoamérica. En particular, impugnó con autoridad el «principio de intervención» esgrimido por la Santa Alianza en Verona y manifestó su total rechazo a que este fuera válido en América.

En resumen, la situación en Europa, en el momento que se vislumbraba una ofensiva emancipadora final en la América española, mostraba una estabilidad que había emergido del Congreso de Viena en la que tanto Austria, Rusia y Prusia manifestaban satisfacción por las ganancias territoriales obtenidas, mientras que Gran Bretaña también estaba complacida por haber asegurado sus intereses en materia comercial. Francia, por su parte, aunque había perdido territorios, recuperó su presencia en el contexto continental y hasta cierta influencia política.

De cualquier manera, la gran ganadora en el equilibrio postnapoleónico fue Gran Bretaña. Sus intereses comerciales fueron el eje sobre el cual se construyeron las relaciones internacionales del nuevo siglo. Ello iba a tener especial incidencia en la guerra independentista de América. Así, la preponderancia militar o incluso la ideológico-religiosa de las otras potencias que habrían de tener cierta relevancia en Europa quedó en un segundo plano, sumiendo a la monarquía española en una orfandad que no le permitía sumar fuerzas ni recursos para su interés de reconquista en el Nuevo Continente.

En todo caso, la etapa final que se avizoraba en las guerras independentistas americanas iba a estar signada más por la Revolución Industrial que por el Congreso de Viena que marcó las pautas del desarrollo económico y por la Revolución francesa que señaló la orientación de las nuevas ideas emancipadoras (Bremer, 2010).

En esta parte del mundo, Estados Unidos se encontraba en pleno periodo de expansión hacia el sur, precisamente hacia territorios dominados por España, lo cual iba a tener incidencia en el desarrollo de los acontecimientos en la región meridional del continente, si se considera que desde esta perspectiva, independentistas iberoamericanos y estadounidenses tenían al mismo enemigo.

Ya entre 1817 y 1818 comenzó a solucionar sus diferencias con Gran Bretaña que incluso los había llevado a una guerra entre 1812 y 1814, pero ahora había logrado de su exmetrópoli la fijación de límites con Canadá, el impedimento de darle uso militar a los Grandes Lagos y el acuerdo de ocupación conjunta de Oregon por diez años renovables (Hilton, 2001).

Esta tranquilidad en su frontera norte lo llevó a concluir que podía iniciar ahora su expansión hacia el sur. Así, en 1819, ante la evidente debilidad de España para controlar la Florida y temiendo los peores resultados que podía producir la agresiva actitud de Washington, España se vio obligada a negociar y firmar el Tratado Adams-Onís o Tratado Transcontinental, mediante el cual Estados Unidos se hizo de esos territorios. Además, se demarcó la frontera occidental del país, se reconoció la soberanía española sobre Texas y se pagaron deudas españolas por un valor de cinco millones de dólares (Böersner, 1996). Con el transcurrir de los años, este tratado se transformó en «papel mojado». Por otra parte, el gobierno estadounidense manifestaba gran inquietud por

los persistentes rumores de un acuerdo entre España y Gran Bretaña para la cesión de Cuba (Guerra, 1973).

Para España, el Tratado Transcontinental significaba atenuar las acciones de un poderoso enemigo que podía obstaculizar el logro de su objetivo principal que era conservar sus posesiones en el sur. En el peor de los casos podría obtener la neutralidad de Washington. No obstante, la monarquía borbónica no pudo conseguir certezas en este sentido, al contrario temía que una vez que Estados Unidos había logrado expandirse hasta el Mar Caribe, la voracidad de su propagación se orientara a reconocer la independencia de las colonias españolas para generar relaciones óptimas con las nuevas repúblicas, en la perspectiva —que ya asomaba— de disputar sus mercados con Gran Bretaña.

Hubert Bruce Fuller (citado por Guerra, 1973) expone con precisión la forma y el contenido de este Tratado: «No hay un norteamericano que se avergüence de nuestra incalificable manera de despojar a México; pero ¿puede alguien sentirse orgulloso de la forma en que adquirimos Florida?». El propio Guerra emite su opinión:

> En el momento de la crisis aguda final con España, el senador Crawford[1] temía el juicio desfavorable de las otras naciones, y aconsejaba moderación; pero Adams[2] no se cuidaba de la opinión extranjera. Si el mundo no nos toma por romanos, contestaba, nos tomará por judíos, y entre los dos extremos preferiría el que llevaba implícita cierta grandeza. (p. 128)

---

1 William Harris Crawford fue un político de principios del siglo XIX elegido al Senado en 1807 y en 1811 presidente *pro tempore* de ese órgano político.

2 Se refiere a John Quincy Adams, secretario de Estado de Estados Unidos entre 1817 y 1825 durante el gobierno de James Monroe. Posteriormente fue el sexto presidente de su país.

La obtención de la Florida le significó a Estados Unidos agregar doscientos mil kilómetros cuadrados a su territorio, que si bien es cierto no podía compararse con la extensión del área que ambicionaba en el oeste, sí tenía un gran valor estratégico, toda vez que le proporcionaba litoral en el mar Caribe y, de hecho, presencia en ese importante espacio marítimo que le abría comunicaciones hacia el sur. De esta manera, podía comenzar a planificar lo que había sido un antiguo sueño: anexar la posesión española de la isla de Cuba, cuya factibilidad, a partir de ahora, se vislumbraba como una posibilidad mucho más real (Ocampo, 2009). Una vez obtenido el principal objetivo de su expansión territorial hacia el sur, Estados Unidos puso su mirada en el oeste, para lo cual se proponía continuar su avasallador exterminio de los pueblos originarios, así como apropiarse de México para lograr su propósito ulterior, cual era echar raíces en las costas del océano Pacífico.

Por supuesto que toda esta situación va a tener influencia directa en España y en su capacidad para controlar y retener sus colonias. Como en otras latitudes, el impacto del liberalismo tuvo diferentes expresiones. Algunas de ellas habrían de tener una incidencia directa en la lucha independentista en América. En primer lugar, se verificaron diferencias entre los militares ante la irrupción de un sector que se acogía a las nuevas ideas. Así mismo, se hizo patente una división de hecho en la sociedad que cubrió también el quehacer de los partidos políticos en ese quiebre.

En este contexto, la Restauración que se comenzó a verificar a partir de 1814 afectó a los dirigentes liberales, sin que ello permitiera restablecer en su totalidad los intereses de la antigua nobleza, sobre todo porque el rey no permitió que volvieran a participar del proceso de toma de decisiones, lo cual fue el «caldo de cultivo» de una profunda división de la sociedad.

Pero, los sectores tradicionalistas de las Cortes, vinculados a la monarquía y que celebraron la Restauración y la derrota del liberalismo, no lograron alcanzar ninguno de los objetivos propuestos. Solo pudieron colocar a algunos de sus representantes en altos cargos gubernamentales y eclesiásticos y lograron impedir que un sector del clero se asociara con las ideas liberales, pero ya no volvieron tener el poder de antes. Tanto en la política como en la Iglesia se impuso el conservadurismo más secular recurriendo a Fernando VII para que restaurara el catolicismo tradicional que se oponía a lo que llamaban un liberalismo radical que se desarrolló ampliamente entre sectores de jóvenes militares que ejercían una poderosa influencia en la política (Hamnett, 2011).

Esto provocó que, sobre todo con posterioridad a 1820, se manifestaran en España dos oposiciones al gobierno: el tradicionalismo por una parte y los radicales sociales por la otra. Estos a su vez, también estaban divididos entre moderados y exaltados. Las fuerzas conservadoras pugnaban entre bicameralistas y unicameralistas, es decir, de quienes pugnaban porque el Senado contrarrestase la voluntad de los diputados como forma de que los tradicionalistas monárquicos contrarrestasen a los «posibles excesos de la cámara provista de legitimidad democrática» (Romero Díaz, 2019). De la misma manera, el tradicionalismo provincial no solo enfrentaba a las corrientes liberales, sino que también tenían que lidiar con el absolutismo monárquico.

De manera tal que las fuerzas políticas en el reino debían bregar para conquistar pequeños espacios de maniobra que les garantizaran algunas plazas de influencia en la toma de decisiones, por lo que se vieron obligadas a ajustar sus políticas de acuerdo con ello. Este complejo maremágnum de divisiones habría de tener enorme y determinante influencia en la etapa final de la lucha emancipadora en América,

toda vez que fue imposible construir una compacta fuerza política, militar y económica que pudiera hacer frente a los insurrectos que ganaban día a día nuevos espacios tanto territoriales como políticos.

En el año 1822 todas las potencias europeas, salvo España y Rusia habían aceptado que la independencia total o de una parte de América del Sur era insalvable. No obstante, su mayor preocupación era que este hecho significara una pérdida de prestigio del sistema monárquico a favor de las ideas republicanas, lo cual menoscababa la autoridad de los reyes al crearse un ejemplo paradigmático para todo el mundo. De la misma manera, Europa temía que Estados Unidos sacara provecho de la emancipación iberoamericana alzándose como el generador de un espacio americano único en el que Europa no debía tener injerencia (Salduna, 2004).

En este contexto, el trienio liberal acontecido en España entre 1820 y 1823 que se planteó derrumbar al antiguo régimen y que tuvo entre sus basamentos la puesta en práctica de la Constitución española de 1812 aprobada en Cádiz, tuvo una incidencia fundamental en la redefinición de las relaciones de España con sus colonias toda vez que el nuevo gobierno se propuso evitar un desenlace en forma de independencia total, profundamente negativo para la monarquía, planteando una política más conciliadora, que remplazara la lógica represiva de Fernando VII, que había tenido en el envío del contingente «pacificador» de Pablo Morillo en 1815 su gesto más relevante (Meza, 2010). El movimiento dirigido por el general Rafael Riego en 1820, expresión más alta del descontento de los sectores militares respecto de la política de la monarquía, vino a ser el punto de inflexión definitiva, dada su renuencia de los jefes a embarcar las tropas hacia América, permitiendo a los patriotas republicanos llevar adelante la última etapa de lucha emancipadora en pos de confirmar la independencia de toda la región.

II. La última etapa de la lucha independentista en Iberoamérica

Aunque la situación en Europa, y particularmente en España, influía en todo su andamiaje colonial en América, sus territorios estaban teniendo un curso distinto en el desarrollo de sus movimientos emancipadores. No obstante, el pensamiento liberador y las acciones encaminadas a dar conclusión al sistema que los oprimía era muy antiguo, se retrotraía a levantamientos indígenas de mayor o menor dimensión hasta que se produjo el más importante de ellos: el de Túpac Amaru II, líder de los incas, en 1780, pero ninguno de ellos puso en riesgo la estabilidad del Imperio español. Algunos hechos similares sucedieron en los territorios bajo control de Portugal en la América meridional (Henríquez Ureña, 1979).

Como se ha dicho, los acontecimientos acaecidos en Hispanoamérica a partir de la primera década del siglo XIX, estuvieron influidos por la Revolución francesa, la invasión napoleónica a España y Portugal y también por la independencia de Estados Unidos. En estos primeros años de la centuria, también va a ejercer poderosa influencia la victoriosa revolución de independencia de Haití, que sobre todo va a impactar en los territorios del Caribe y del norte de la América del Sur.

Algunos criollos que tuvieron cercanía con las obras que inspiraron los nuevos movimientos culturales y filosóficos de Europa comenzaron a simpatizar con ellas. La influencia de nuevas doctrinas como la del contrato social que había tenido un largo recorrido hasta plantarse con fuerza avasallante en Rousseau, se unió las ideas de soberanía popular y división de poderes en los gobiernos de los países que adoptaban el sistema republicano.

Estos saberes se esparcieron de forma aún más acelerada tras los acontecimientos transformadores en el norte de América y en Francia después de la revolución que había tenido efecto en 1789. En Nueva Granada por ejemplo, la Declaración de los Derechos del Hombre promulgada en el París rebelde de la época fue traducida al español por Antonio Nariño, impresa de forma clandestina y difusamente distribuida a través de parte importante de la geografía del Nuevo Mundo (Henríquez Ureña, 1979). Las doctrinas de los nuevos tiempos se transformaron en ímpetu de lucha.

Tras una primera etapa caracterizada por ser un movimiento con sentimiento redentor, en el que solo participaron los criollos de las altas sociedades hispanoamericanas, sin que se pudiera consolidar el espíritu de la independencia, toda vez que los pueblos fueron excluidos, algunos líderes entre los que destacó Simón Bolívar entendieron que le emancipación sería imposible si no se le daba cabida a aquellos sectores sociales que conformaban el bajo pueblo. Ello entrañaba un nuevo riesgo que no todos estaban dispuestos a asumir, cual era que además de su carácter liberador en términos nacionales, la guerra podría adquirir esa misma cualidad desde el punto de vista social. No obstante la disyuntiva, en todas las latitudes del continente los deseos de independencia comenzaron a tomar forma como insurrección anticolonial que comenzó una nueva etapa —a la postre, decisiva y final— a

partir de 1820, como ya lo había advertido Bolívar en la *Carta de Jamaica* en septiembre de 1815 (Bolívar, 1947).

En México, que había tenido su inicio 1810, se vinieron a consumar en 1821. Cuando se produjo el alzamiento de Riego, la Nueva España pasaba por un período de franca decadencia tras la derrota de los movimientos revolucionarios de Miguel Hidalgo y José María Morelos. Solo pequeños grupos guerrilleros al mando de Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero y durante un lapso de tiempo, Francisco Javier Mina, sostuvieron encendida la llama de la independencia. Pero la entronización del liberalismo en la península hizo reaccionar al alto clero y a los terratenientes, quienes recurrieron a un audaz rompimiento con España para evitar que tales ideas se hicieran eco en México (Guerra Vilaboy, 2020). En estas nuevas condiciones, el liderazgo lo asume Agustín de Iturbide quien, a pesar de haber nacido en España, tomó nota de la gran influencia del ejército y el esfuerzo que ha hecho la monarquía para eliminarlo por la pérdida de autoridad que ha tenido sobre él.

Si bien es cierto que la intención de Iturbide estaba encaminada a desvincularse de la metrópoli, también pretendía asegurar que los intereses de la oligarquía local salieran favorecidos tras el paso que se daba. Así lo establecía claramente el proyecto de emancipación denominado Plan de Iguala, que fortalecía el poder de la oligarquía, el clero y el ejército. El año 1821 es de negociaciones entre los enviados del rey e Iturbide, y entre este y las diversas facciones que procuraban hacerse cargo del poder incluyendo a Guerrero que contaba con la adhesión del pueblo llano. De esta manera se logró la unidad necesaria para obtener la independencia, pero sobre bases conservadoras que reconocían positivamente los tres siglos de dominación española, garantizaba el respeto a los bienes de la Iglesia y ofrecía un sistema monárquico

independiente de España pero bajo tutela de Fernando VII o un príncipe Borbón. España no aceptó estas condiciones, allanando el camino para que el 19 de mayo de 1822, el Congreso designara a Iturbide como emperador (Louis, 2010).

La independencia de México arrastró a la América Central y sus provincias: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Aunque la élite guatemalteca mantuvo su lealtad a la corona, fracciones de grandes productores agrícolas salvadoreños limitados por las restricciones comerciales que imponía la metrópoli osaron manifestarse en contra de la dominación española, interpretaron el sentir de amplios sectores de la sociedad y realizaron acciones de protesta y repudio al régimen antes del inicio de la tercera década del siglo XIX. Tuvieron apoyo en Honduras, pero no lograron nuclear en torno suyo a la mayoría de la sociedad, como sí había ocurrido en México.

No obstante, la revolución liberal de Riego y los sucesos de su poderoso vecino del norte influyeron poderosamente para que las manifestaciones independistas se incrementaran aceleradamente sobre todo en Guatemala en 1821, encabezadas por el sacerdote José Matías Delgado conduciendo a declarar el 15 de septiembre la separación formal de España (Guerra Vilaboy, 2020). No obstante, este movimiento tuvo claro tinte moderado, respondiendo a la urgencia de dar respuesta a las «corrientes radicales» que tenían su centro en El Salvador y Honduras.

En este contexto, la oligarquía conservadora guatemalteca optó por incorporar la nueva república a la recién creada monarquía mexicana, lo cual se verificó el 5 de enero de 1822 a través de una solicitud del español Gabino Gaínza devenido jefe supremo de las Provincias de Centroamérica, lo cual vino a coincidir con las ambiciones anexionistas de la élite conservadora mexicana representada por Iturbide, que

fueron rechazadas por buena parte de la ciudadanía que manifestó resistencias en El Salvador, que declaró su independencia de España y de México.

En América del Sur, el epicentro de la emancipación, estuvo al norte y al sur: en Caracas y en Buenos Aires. En 1821 ya habían declarado su independencia Chile (1810), Venezuela (1811), Nueva Granada y Paraguay (1813), Argentina (1816) y Guayaquil (1820). En el Caribe, Santo Domingo hizo lo propio en 1821.

El general José de San Martín desembarcó en el sur de Perú el 8 de septiembre de 1820 con un ejército formado por chilenos y argentinos, obteniendo iniciales éxitos en su marcha hacia Lima y logrando la incorporación de importantes contingentes de tropas que habían estado al servicio de España. En primera instancia recibió el apoyo de Guayaquil, que declaró su independencia el 9 de octubre de ese año, y de Trujillo y de algunos de los mayores terratenientes de la costa que temían que la continuidad de la guerra afectara su negocio, dado el control del mar que tenía la escuadra chilena.

En esta situación, el virrey español Joaquín de la Pezuela fue destituido por españoles seguidores de Riego y del liberalismo. En su lugar fue nombrado José de la Serna con quien San Martín —convencido de que era imposible el establecimiento de un sistema republicano en América— se entrevistó en julio de ese año para proponerle la entronización de una monarquía borbónica independiente en Perú, pero tales negociaciones fracasaron. San Martín entró en Lima a mediados de julio, y el 3 de agosto, después de haberse comprometido con un programa moderado que incluía el respeto a los títulos nobiliarios, fue nombrado máxima autoridad del país con el título de Protector.

No obstante sus ideas monárquicas, San Martín tuvo gran preocupación por los sectores humildes del Perú, estableciendo

varias leyes a favor de los indígenas. De la misma manera concedió la libertad a los esclavos y tomó una serie de medidas de corte reformista, que propiciaron el retiro del apoyo de la oligarquía, «sin haber obtenido el del pueblo humilde» (Guerra Vilaboy, 2020, p. 182) En esas condiciones, aunadas a la carencia de patrocinio por parte del gobierno del Río de la Plata, sumergido en graves problemas intestinos, lo persuadieron de la necesidad de abandonar el Perú y renunciar a sus planes.

Más al sur, en Chile, después de un período de grandes divisiones en las filas patriotas que fueron causa fundamental de la derrota del primer intento de autonomía en 1814, buena parte de los patriotas se refugiaron en Mendoza, al otro lado de la cordillera de los Andes en territorio argentino. Ahí confluyeron con el general San Martín que organizaba un ejército para cruzar la montaña con el propósito de liberar definitivamente a Chile, donde visualizaba construir un gran contingente militar que enfrentara las fuerzas realistas en Perú.

El paso de los Andes se realizó en enero de 1817, los patriotas enfrentaron exitosamente a los españoles derrotándolos sucesivamente en Chacabuco el 12 de febrero apoderándose de Santiago, donde el Congreso designó a Bernardo O'Higgins como director supremo, tras la renuncia de San Martín al cargo de gobernador. El 1.º de enero de 1818 se declaró la independencia y el 12 de febrero se proclamó una nueva Constitución con carácter republicano. La contraofensiva realista fue contenida gracias a la entereza moral y patriótica de Manuel Rodríguez, quien llamó al pueblo a resistir hasta consolidar la independencia. Esta acción permitió la reorganización de las fuerzas republicanas que el 5 de abril, en Maipú, obtuvieron la victoria definitiva.

No obstante, las fuerzas realistas se reagruparon y continuaron dando batalla, aprovechando que San Martín había

marchado al Perú al frente de un gran contingente chileno-argentino. O'Higgins confrontó con firmeza la obstinación y tenacidad de los españoles, logrando el control del país, pero sucesivas divisiones entre las facciones o'higginianas y carreristas que aspiraban a una independencia desde criterios más radicales y populares, así como la oposición de la aristocracia que temía la afectación de sus privilegios y las contradicciones entre la capital y las provincias que se sintieron despreciadas en la nueva Constitución de 1822, devinieron en el derrocamiento de O'Higgins y un clima de inestabilidad latente que influiría en el país y en la misión emancipadora que San Martín cumplía en el Perú (Guerra Vilaboy, 2007).

Para organizar el ejército que invadió Chile, San Martín contó con el apoyo del director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín de Pueyrredón. No obstante, el notable éxito que había significado la liberación de Chile contrastaba con la situación interna que se caracterizaba por una férrea resistencia de las provincias al control de Buenos Aires que tenía un fuerte contenido popular.

Pueyrredón y su gobierno eran expresión de un mar de contradicciones. Por una parte, no se había inmutado ante la invasión portuguesa a la banda oriental en junio de 1816, mientras que por el contrario, un año después, realizó un esfuerzo sobresaliente para organizar una fuerza militar considerable a fin de realizar una ofensiva contra las provincias del litoral platense. Para intentar solucionar el conflicto interno que había creado, Pueyrredón ordenó limitar el accionar militar del ejército al mando del general Manuel Belgrano en el norte, de la misma manera que intentó detener la invasión a través de la cordillera que San Martín había organizado. Pero este se negó a acatar semejante instrucción que hubiera paralizado la independencia de Chile y de toda la América del Sur.

En lo interno, sobrevino la fragmentación de las Provincias Unidas del Río de la Plata que paradójicamente quedaron desunidas y en una situación de total caos y anarquía que habría de durar varios años. En lo externo, San Martín dio continuidad a su proyecto continental, ahora con el apoyo de Chile y de O'Higgins. En el norte, el popular caudillo Martín Miguel de Güemes que dirigía un importante ejército de gauchos y que continuaba en comunicación con San Martín de quien había heredado la conducción de la importante División del Norte, desarrollaba sus acciones en contra del enemigo español en la zona septentrional de las provincias del Río de la Plata. La preocupación principal de la oligarquía bonaerense que gobernaba con Pueyrredón se orientaba a aniquilar a José Gervasio Artigas, líder popular quien al igual que Bolívar sostenía que la guerra de independencia también tenía un contenido de liberación social para amplias masas de campesinos y sectores marginales de la sociedad. Artigas había tenido que sostener en soledad la resistencia a la invasión portuguesa (Ramos, 2012).

Colombia ya había consumado la libertad de Nueva Granada en Boyacá en agosto de 1819 y de Venezuela en Carabobo en junio de 1821. Así mismo, Guayaquil había declarado su independencia en octubre de 1820. Al comenzar el año 1822, eran muy pocos los enclaves coloniales que aún resistían los embates de las fuerzas patriotas. Bolívar orientó la planificación política y militar hacia la consolidación de los territorios conquistados y el rescate de los que aún permanecían bajo égida española: en este sentido, en agosto de 1821 ordenó enviar una expedición con seiscientos hombres (que posteriormente se ampliaría hasta dos mil) con el fin de desalojar a los realistas de Panamá.

En el segundo semestre de 1821, una de las preocupaciones principales del Libertador era garantizar la estabilidad

política y el orden en Venezuela, amenazados por los restos del ejército español derrotado en Carabobo que se había dispersado pero que a la vez había logrado concentrar una cantidad números de soldados y oficiales en Puerto Cabello, donde se habían hecho fuertes con la intención de reagruparse para lanzar ataques sobre poblaciones costeras como Maracaibo y Coro. Una vez solucionados los inconvenientes que planteaba esta situación, se dispuso a marchar hacia el sur con la intención de liberar a Quito y ayudar al afianzamiento del Perú que en el momento era la más importante plaza bajo control monárquico en toda América (Rodríguez Gelfenstein, 24/06/2021).

El 23 de agosto le comunica al vicepresidente Carlos Soublette que se hacía necesario finalizar con prontitud la guerra en América para lo cual había que hacer nuevos sacrificios a fin de que la paz fuera completa y gloriosa. Concluye señalando que en ese contexto su vista estaba puesta en el sur. Tenía plena convicción que ello era necesario. Ahora, su inquietud central era la situación en Quito, por lo que era imprescindible organizar el ejército necesario para cumplir esa misión (Bolívar, 1947).

Pero su pensamiento va más allá, tiene la vista puesta en Perú, por ello en carta al general Santander, de ese mismo 23 de agosto, manifiesta su voluntad de encontrarse con el general San Martín para alcanzar unidos la libertad de la América meridional. Se aventura incluso a decir que podría aportar al objetivo de proporcionar paz al Río de la Plata inmersa en luchas intestinas y dar vida a la lucha en Brasil (*Ibidem*).

Por su parte, Juan VI, rey de Portugal que tras la invasión napoleónica había abandonado el territorio de la metrópoli en 1807 para asentarse en Río de Janeiro donde instaló la monarquía, regresó a Lisboa en abril de 1821 dejando a

su hijo Pedro I como regente. Este fue convocado unos meses más tarde por el Congreso a comparecer, pero se negó a ello, permaneció en América y en septiembre de 1822 habría de declarar la independencia de Brasil bajo un sistema de monarquía constitucional en el que Pedro I se declara emperador. En esas condiciones, los patriotas republicanos iberoamericanos recelaban de las verdaderas intenciones del nuevo gobierno que controlaba el gigantesco país.

De manera que a mediados de 1822, era evidente que el Imperio español exhalaba sus últimos estertores en territorio americano, no obstante, todavía manifestaba resistencia ante tal realidad. Se necesitaba de un esfuerzo final para el que se debía aprovechar el potencial económico, humano y militar de las repúblicas que ya habían accedido a la independencia. Bolívar y San Martín además coincidieron en que se debía hacer un esfuerzo mancomunado y conjunto a fin de avanzar hacia la construcción de un gran ejército que destruyera para siempre el espíritu potencial de reconquista que los españoles pudieran intentar en el futuro. Hacia esa meta habrían de conducir sus esfuerzos de los próximos años.

III. Los líderes de las nuevas repúblicas comienzan a comunicarse

El establecimiento y mantenimiento de las comunicaciones es junto a la información e inteligencia uno de los aseguramientos combativos más importantes para el sostenimiento de la guerra. Los Estados Mayores se preocupan de su funcionamiento óptimo sin el cual el desarrollo exitoso de las operaciones es imposible. En el plano estratégico, las comunicaciones militares y políticas se confunden. La conducción de las acciones a ese nivel requiere de un proceso de toma de decisiones en la que tener información y ser capaz de trasmitirla para coordinar las operaciones es condición *sine qua non* para la obtención de la victoria. Los sucesivos resultados positivos en casi todas las latitudes del amplio territorio iberoamericano impuso la necesidad de establecer vínculos a fin de conjugar los esfuerzos hacia un objetivo común.

En esta medida, este componente de la estructura militar era de gran preocupación para el Libertador Simón Bolívar, tanto en el plano táctico, como en el operativo y el estratégico. A este respecto, es muy interesante el relato que hace Ubaldo García: «Los sistemas de postas se organizaban con grupos de hombres de confianza, baquianos en las regiones que se movían a caballo con rapidez; conocedores de atajos

que cambiaban de cabalgaduras en sitios fijos donde descansaban solo el tiempo necesario» (García, 11/06/21, pp. 12-13). A continuación, este autor cita a Bolívar cuando ordena con precisión y firmeza:

> Que se firme una factura de revisión con los pliegos para que se haga constar la hora en que sale de cada punto y aquellas en que llegue: cualquier postillón que se detenga más de lo regular y cualquier maestro de posta que no despache volando la correspondencia que reciba, serán castigados con severidad y reemplazados por otros más celosos del bien público (pp. 12-13).

No obstante, en ocasiones en que la correspondencia revestía delicados temas de la política y la guerra, los jefes enviaban los mensajes con oficiales de alto rango e incluso con sus propios edecanes. Este era el caso cuando se comunicaban los principales líderes de la lucha independentista. Debe considerarse a este efecto las grandes distancias y las considerables dificultades que entrañaba el celo y la seguridad con que debían manejarse las comunicaciones. En este contexto es que se tiene que entender que las misivas a veces tardaban meses, e incluso años, en arribar a los destinatarios o las respuestas a los remitentes.

Aunque ya en junio de 1818, Bolívar había dirigido una carta a Juan Martín de Pueyrredón, director supremo del Río de la Plata, así como una proclama a los habitantes de ese país, es a partir de 1821, visualizando la conclusión de las guerras de independencia, cuando se comienza a observar el interés del Libertador por mantener e incrementar una comunicación permanente con sus pares iberoamericanos de otras latitudes.

En la citada misiva a Pueyrredón, Bolívar da continuidad a sus sentimientos de amistad y fraternidad que unían a los hijos de Venezuela con los de las provincias del Río

de la Plata y que ya había manifestado en una carta que el embajador colombiano Luis López Méndez había entregado a su colega rioplatense en Londres (Rodríguez Gelfenstein, 2018). La carta a Pueyrredón responde a otra, que este le había enviado un año y medio antes, el 19 de noviembre de 1816, cuando Bolívar todavía se encontraba en Haití planeando su regreso a Venezuela para dar continuidad a la guerra. En dicha comunicación, el gobernante del Río de la Plata expresa su beneplácito por tener la oportunidad de iniciar relaciones con el gobierno al que denomina «baluarte de la independencia».

Bolívar retribuye los saludos y reafirma su concepto de unidad continental que ya había expresado en la *Carta de Jamaica*. Así mismo, reitera su convicción de que tras el triunfo definitivo del ejército colombiano y se concrete la independencia, la república que gobierna dirigirá sus esfuerzos a conformar el «pacto americano» que reúna a toda la América para presentarse ante el mundo como un ejemplo inédito que será reconocido como «reina de las naciones» y «madre de las repúblicas» (Bolívar, 1947, p. 294).

Como señala Vladimir Acosta (2015), este intercambio epistolar establece un nuevo tipo de comunicaciones que marca una novedosa forma de relacionarse entre naciones independientes del Nuevo Mundo. En ellas se manifiesta la solidaridad por el esfuerzo de cada una, intercambiando experiencias en el camino hacia la libertad. Bolívar le hace saber a Pueyrredón que Venezuela tratará al Río de la Plata como hermano y que la integración debes ser el móvil que guíe la acción de la América que surgirá tras la derrota definitiva del Imperio español. Este cruce de comunicaciones fundará una práctica que se retomará con mucha mayor fuerza en la medida que se vislumbren los momentos decisivos de la contienda independentista.

El 2 de mayo de 1820, ya conocedor de que el alzamiento de Riego en la península impediría el envío de un nuevo contingente militar a América, Bolívar se apresura a dirigir sendas cartas a las autoridades de Santiago de Chile y Buenos Aires a fin de coordinar acciones políticas y militares entendiendo que se aproximaban las batallas decisivas (Rodríguez Gelfenstein, 2020). Al General Bernardo O'Higgins, director supremo de Chile, le informa que ha enviado a un ejército al sur «con órdenes de cooperar activamente con los ejércitos de Chile y Buenos Aires contra Lima» (Bolívar, 1983, p. 308).

Igualmente, le manifiesta al director supremo del Río de la Plata que es de la opinión de que, tras el levantamiento de los militares en España, la capacidad combativa de su ejército ha quedado mermada por lo que Buenos Aires y Chile no deben temer una nueva incursión monárquica, toda vez que si algo intentara en América, sería contra Colombia cuya situación concentra todas las preocupaciones de Madrid. Le reitera —tal como le manifestara a O'Hiigins— que sus generales en el sur tienen la orden de cooperar con sus colegas de Chile y Buenos Aires para planificar la victoria en Perú (Bolívar, 1983., pp. 311-312).

El 22 de diciembre de ese año, en la segunda de tres cartas que el Libertador le dirige ese día al vicepresidente Juan Germán Roscio, adelanta por primera vez su intención de viajar al sur a fin de establecer vínculos con las repúblicas meridionales y con el general San Martín con el objetivo de combinar acciones militares. Cree además que esa misión la debe cumplir personalmente y que solo ese objetivo justifica con creces su desplazamiento al sur (Bolívar, 1983b).

Las comunicaciones tomarían mayor impulso a partir de 1821. Comenzando el año, el 10 de enero, Bolívar escribe a Vicente Rocafuerte, patriota guyaquileño, quien entonces

era su amigo desde que se conocieron en París a comienzos de siglo. A pesar que posteriormente se distanciaron hasta enemistarse, en esta ocasión, la misiva del Libertador pretendía informarle a Rocafuerte que tenía su mira puesta en Quito y Guayaquil, por lo que había enviado al general Manuel Valdés en la vanguardia y al general de origen español José Mires para que prestara auxilio a Guayaquil y por ello solicitaba que le diera apoyo[1] (Bolívar, 1947).

Dando continuidad a la comunicación del año anterior, el Libertador envía una larga misiva el 4 de febrero de 1821 desde Tunja al director supremo del Río de la Plata en la que le informa que prima entre los españoles un nuevo talante que condujo a la realización de negociaciones que en Venezuela significaron un tratado de armisticio y otro de regularización de la guerra que para Colombia significaba el reconocimiento de su soberanía e independencia. Así mismo, le hace saber que dichos acuerdos forjaron un espíritu distinto en las relaciones, todo inspirado —según Bolívar— en la situación creada en la penínsucla por la revolución liberal.

No obstante, le alerta en el sentido de que España está observando cualquier muestra de desavenencia o discordia entre los republicanos de América, porque esa sería una señal de su incapacidad para autogobernarse, por lo que es de la opinión que sería de la mayor importancia marcar un hito en cuanto a dar muestras claras de voluntad de paz y negociación. En este sentido considera que es de suma trascendencia que los nuevos gobiernos surgidos de la independencia expongan «identidad de causa, principios e intereses». Por esta razón, es que cree que había llegado el momento de «arrancar» de España, el reconocimiento de la independencia de

---

1 Es de suponer que Bolívar no tenía conocimiento de la ubicación de Rocafuerte, toda vez que cuando le escribe esta carta, el político ecuatoriano se encontraba en España desde donde viajó a México en 1822.

todas las repúblicas suramericanas, bien sea a través de negociaciones o por reformas que consoliden las instituciones recién creadas a fin de asegurar la libertad del pueblo y su protección, evitando la anarquía y el caos.

Por ello, le reitera los sentimientos de unión y amistad que animan el accionar de Colombia en su relación con el Río de la Plata y con el «heroico pueblo que dignamente rige», aspirando a que los mismos sean cada vez más estrechos «no como entre dos pueblos distintos, sino como entre dos hermanos que mutuamente se sostienen, protegen y defienden» (Bolívar, pp. 531-534).

El mismo día de la epístola envíada a Rocafuerte, Bolívar también le escribió a San Martín para acusar recibo de su comunicación del 12 de octubre del año pasado que el Libertador del sur le había remitido desde Pisco. Además de saludarlo y expresarle sus mayores deseos de un pronto encuentro entre ambos, le reribuye sus respetos al recordarle que siendo el «...vencedor de Chacabuco y Maipó [*sic*] el hijo primero de La Plata, ha olvidado su propia gloria al dirigirme sus exagerados encomios; pero ellos le honran porque son el testimonio más brillante de su bondad y propio desprendimiento» (Bolívar, 1983, p. 524). Así mismo, le hace saber que se encuentra en marcha hacia el sur para cumplir con su compromiso con la libertad del Perú, le informa sobre los acontecimientos de Colombia y le reitera que está seguro de que muy pronto habrán de reunirse. Esta es la primera de cuatro cartas que le escribiría Bolívar a San Martín en el transcurso del año.

En la siguiente, fechada en Trujillo el 23 de agosto, una vez consumada la victoria de Carabobo, le manifiesta sin ocultar emociones que tras el triunfo en esa batalla, su primer pensamiento había sido para él, para Perú y su ejército libertador. De igual forma, con alborozo, le revela que después

de Colombia, nada le ocupa más que el deseo de éxito de las armas bajo su mando. De la misma forma, desearía que el ejército de Colombia no se necesitara en el Perú, pero le asegura que tiene la confianza de que «… unido con San Martín, todos los tiranos de la América, no se atreverían ni aún a mirarlo» (Bolívar, 1947, p. 582).

En similares términos de esta misiva, se dirige ese mismo día al director supremo de Chile, Bernardo O'Higgins para reiterar su voluntad y decisión de coordinar esfuerzos con San Martín, que es lo mismo que conjugar las energías y los medios de Colombia y Chile porque cuando ello ocurra «nacerá una fuente de libertad para todos los ángulos de América» (Bolívar, 1947, pp. 583-584).

De la misma manera, este 23 de agosto, día de correspondencias variadas, le escribe dos pliegos al almirante británico Thomas Cochrane, quien estaba al servicio de la Armada de Chile. En uno de ellos acusa recibo de varias notas que el lord inglés le había hecho llegar en las que le tributaba su amistad. Se excusa por no haber podido contestar antes y le dice que aprovecha que su edecán Diego Ibarra ha viajado para encontrarse con el general San Martín, para ponerse al día con él, respondiendo la correspondencia pendiente. En la otra nota, le da a conocer con alborozo que su marcha al sur le va a permitir conocerlo en su lugar de operaciones: «las aguas del Pacífico» y lo invita a colaborar con Colombia en el afán de consumar la independencia en todo el territorio, para lo cual se necesita transportar soldados hasta Panamá, a fin de que una vez logrado este objetivo, se puedan poner al servicio de la libertad definitiva del Perú.

Antes de finalizar el año, Bolívar vuelve a comunicarse con San Martín. El 16 de noviembre, ya desde Bogotá, curiosamente le envía dos misivas fechadas el mismo día. Lo felicita por sus éxitos en el Perú, a continuación de lo cual

realiza un análisis más amplio para concluir que tal hecho unido a los avances independentistas en México y Colombia, deben llevar a la América a una «esperanza ilimitada». En la segunda comunicación del día, más extensa que la anterior, exterioriza sus preocupaciones por Guayaquil, por lo que le informa que está enviando sus divisiones a esa provincia a fin de asegurar su independencia. Así mismo, le hace saber que también está despachando un contingente militar a Panamá a fin de ocupar esa estratégica provincia.

Le solicita que en la medida de las posibilidades y sin mermar la seguridad del Perú, envíe un batallón a Guayaquil para incoporarlo a las fuerzas colombianas a fin de impedir cualquier intento español de recuperar la provincia. También le comenta los sucesos de México dejando entrever su preocupación por la decisión de Iturbide de establecer una monarquía constitucional bajo dominio de Fernando VII, con el compromiso de que este respete la autonomía del país bajo los preceptos establecidos en el Plan de Iguala. Lo alerta en el sentido de que es de su parecer que un eventual traslado de Fernando VII a México, podría alimentar sus ambiciones de recuperar las provincias perdidas en América, utilizando para ello el «modelo mexicano de independencia». Por lo anterior, le reitera su consideración de que se deben acelerar los planes que concurran a una unidad que conduzca a la total derrota española (Bolívar, 1947).

No obstante, unos días antes, el 10 de octubre, en manifestación clara de fina diplomacia, Bolívar le había dirigido una cuidadosa carta a Iturbide en la que se limita a expresarle su congratulación por la independencia de México, que se había consumado el 27 de septiembre de ese año con la entrada del ejército patriota a la capital. El Libertador resalta las virtudes del pueblo mexicano, manifiesta el júbilo de Colombia por el éxito de «sus hermanos de México» eludiendo

cualquier controversia que hiciera patente su aversión hacia el sistema político elegido por Iturbide para su país.

Unos años antes, Bolívar intentó ser convencido por el militar español Francisco Xavier Mina para que incursionaran juntos en pro de la independencia de México, pero se mantuvo ajeno a esta perspectiva, toda vez que en ese momento (primeros meses de 1816) se encontraba de lleno haciendo los preparativos para regresar a Venezuela a dar continuidad a la guerra (Ortuño Martínez, 2016).

Roldán Oquendo (citado por López, Méndez y Muñoz, 2004) da a conocer que posteriormente, México —a través de José Cadenas, quien se presentó en Maracaibo a comienzos del año 1821— dirigió una comunicación al gobierno colombiano en la que solicitaba se le proporcionara un buque a fin de obtener recursos que le permitieran transportar fusiles y otros elementos de guerra con el compromiso de que serían devueltos y reintegrados los gastos y fletes de la operación una vez que se hubieran conseguido tales dispensas. Se desconoce la respuesta a dicha petición, aunque, en todo caso, Colombia no estaba en capacidad de satisfacerla.

Iturbide por su parte, envió una nota a Bolívar el 29 de mayo de 1822 para informarle acerca de su coronación. El Libertador no le responde directamente. Encarga a José Gabriel Pérez, secretario general del gobierno que lo haga, aunque tal acción es cumplida mucho tiempo después[2]. En el texto de dicha comunicación, que Pérez haría llegar a José Manuel Herrera, secretario de Estado y de Relaciones Exteriores de México, Bolívar expresa su beneplácito por la impronta del nuevo emperador que ha transformado una colonia

2 José Gabriel Pérez, seguramente a instancias de Bolívar, se demora en contestar, lo hace casi un año después en marzo de 1823, a pesar de que se tiene conocimiento de la existencia de un borrador de dicha carta fechada en Quito en noviembre de 1822.

en una vasta nación. Así mismo, condena la acción del embajador de Colombia en México, el veracruzano Miguel Santa María, quien había dado públicas opiniones contrarias a la coronación de Iturbide, que fueron consideradas como una injerencia en los asuntos internos de México (López, 2004). Bolívar aclaró posteriormente en carta a Santander de 29 de marzo de 1823 que aunque él no aprobaba la monarquía ni la investidura de Iturbide, no tenía derecho a juzgar su conducta, considerando además que Santa María debía ser sancionado (Bolívar, 1947).

Pero volviendo a fines del año 21, el Libertador está dedicado de lleno a preparar las acciones en el sur a fin de consumar la independencia de Colombia en las provincias de Quito todavía bajo control español y Guayaquil bajo amenaza de reconquista por las fuerzas monárquicas. En ese emprendimiento, inicia la marcha desde Bogotá el 13 de diciembre dirigiéndose al Cauca con el objetivo de ponerse al frente del Ejército del Sur. Su correspondencia se ve mermada por los traslados. Elige la ruta del Tolima, en dirección al Huila, cruza la cordillera central después de la Navidad, arribando a Cali el primer día del año 1822.

Al iniciar la jornada siguiente, en preparación de las operaciones en Ecuador[3], Bolívar envía una epístola al patriota guayaquileño José Joaquín de Olmedo, a la sazón presidente de la Junta de Gobierno de esa provincia. Después de acusar recibo de la correspondencia que Olmedo le había enviado y agradecer sus cumplidos para con él, le anuncia su pronta llegada a la ciudad. No obstante, las palabras amables

3 Se hace un uso genérico del nombre. En realidad, en la época Quito y Guayaquil eran dos estructuras políticas separadas. El nombre de Ecuador se adoptó oficialmente con posterioridad, cuando tuvo efecto la Primera Constituyente realizada el 14 de agosto de 1830, después de haber llegado a su fin la República de Colombia que había sido creada en febrero de 1819 en el Congreso de Angostura.

que resaltan los valores de Olmedo le exige el reconocimiento de Colombia, a fin de tener un soporte legal para acudir en su auxilio[4]. Le pide que comprenda que «una ciudad con un río no puede formar una nación» (Bolívar, 1947, pp. 612-613) y que la indefinición en torno al estatus político de Guayaquil podría llevar a un enfrentamiento no deseado entre Colombia y Perú. Le recuerda los grandes esfuerzos que ha hecho Colombia para ayudar a Guayaquil a diferencia de Perú, que al contrario le ha pedido su apoyo. Además, refiere que Quito no podría existir sin Guayaquil, cuyas relaciones son todas con Colombia. Por todas esas razones y entendiendo los derechos que le corresponden al pueblo para decidir, es que le pide que tome una decisión asegurándole que mientras ello no ocurra, no entrará con sus tropas a la ciudad so riesgo de que se produzca una dislocación del orden social. Apela al liderazgo de Olmedo en la ciudad para una pronta definición que allane el camino a la libertad en el Sur y le hace saber que le ha ordenado al general Sucre que coordine con él las acciones operativas para alcanzar tal suceso.

Unos días después, el 8 de enero, se vuelve a comunicar con O'Higgins a través de una breve nota en la que le refiere que a pesar de las victorias obtenidas, el día final de la derrota española no ha acaecido. Así mismo, le insiste en la necesidad de comenzar a construir el pacto social que conduzca a las nuevos Estados a constituir una «nación de repúblicas» en la que al líder chileno le corresponde un lugar señero aportando la «estabilidad social y el reposo doméstico» que engalana al país austral. Igualmente, reflexiona en torno a la magnanimidad que significará para Europa la asociación de los cinco grandes Estados de América a la que asemeja

4 Después de declarar su independencia el 9 de octubre de 1820, Guayaquil se debatió ante la disyuntiva de tres opciones: declararse nación independiente, incorporarse a Colombia o al Perú.

con el «Júpiter de Homero» (Bolívar, 1947, pp. 618-619). En este sentido, le anuncia que ha decidido designar a Joaquín Mosquera en el cargo de embajador de Colombia en Chile, como expresión del interés de su país de ir concretando la acción integradora.

En el afán de seguir creando condiciones para las operaciones en el sur, el 13 de febrero, Bolívar le escribe nuevamente al almirante Cochrane, toda vez que es urgente trasladar tropas desde Panamá a Ecuador para lo cual —tal como hiciera seis meses atrás— reitera la solicitud que le hiciera en este sentido al marino inglés. De la misma manera, le expresa que al haber sido casi totalmente aniquilada la fuerza naval española en el Pacífico, se han facilitado las comunicaciones entre los patriotas del norte y el sur, permitiendo las operaciones militares sin obstáculo alguno. Por esta razón, le informa que ha enviado a su edecán Daniel O'Leary para buscar un acuerdo que concrete la solución a este problema.

La actividad prebélica es intensa, Bolívar continúa su traslado y el de sus tropas hacia el sur. La correspondencia merma ostensiblemente hasta que la retoma a mediados de año cuando escribe cuatro cartas a San Martín en el lapso de un mes desde territorio ecuatoriano, las dos primeras desde Quito y las dos últimas desde Guayaquil cuando ya era inminente el encuentro entre los dos próceres.

En las misivas fechadas 17 y 22 de junio, ya se habían producido las victorias en Bomboná y Pichincha que sellaron la independencia del Ecuador. Bolívar agradece a San Martín el envío de un contingente que participó en la campaña realizada y renueva su compromiso de acudir a cooperar con el Perú. Le informa que la guerra en Colombia ha concluido, por lo que su ejército tenía plena disposición de dirigirse al sur si era convocado a ese efecto.

Sin embargo, en la segunda carta se manifiestan las tensiones que producía la situación de Guayaquil ante las quejas que San Martín le había hecho saber por la intimación de Bolívar a esa ciudad que se había hecho patente en la carta del 2 de enero a Olmedo. A continuación, Bolívar despliega su indudable bagaje teórico en materia de política y derecho para aclarar que piensa distinto a San Martín en cuanto a su opinión de que debería haber una consulta parcial sobre la soberanía nacional «porque no son las partes, sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente» (Bolívar, 1947, p. 649). Le recuerda, además, que la Constitución de Colombia le concede una representación a Guayaquil como a todas las otras provincias.

Le agradece no haberse involucrado en los asuntos de Guayaquil y le informa que si Colombia lo hizo, es porque la existencia de facciones en esa ciudad retardaba todo el desarrollo de la guerra amenazando al sur de Cundinamarca con el caos y la anarquía, todo por la inexistencia irregular de una autoridad que no expresaba la voluntad del pueblo. En este contexto , al ejército le cabía la responsabilidad de garantizar la integridad de Colombia y extirpar tanto la tiranía como la anarquía.

Finaliza esta trascendente comunicación afirmando que, tal como San Martín le había dicho, el encuentro entre ambos «sellará la armonía y la unión de nuestros estados, sin que haya obstáculo que no se remueva definitivamente». Bolívar exhalta esa actitud del Protector del Perú, reiterando que no puede ser que las desaveniencias sobre Guayaquil puedan

> … turbar la marcha majestuosa de América meridional, que unida de corazón, de interés y de gloria, no fija sus ojos sobre las pequeñas manchas de la revolución, sino que eleva sus miras sobre los más remotos siglos, y contempla con gozo generaciones libres, dichosas y anegadas en todos

> los bienes que el cielo distribuye a la tierra, bendiciendo la mano de sus protectores y Libertadores (Bolívar, 1947, p. 650).

En esta carta quedan patentizadas contradictorias impresiones. En lo táctico y coyuntural, las diferencias naturales que exponían dos líderes con formación y origen distinto. En lo estratégico, el punto de vista común de ambos que se orientaba a la búsqueda de la independencia y la libertad a fin de construir la América unida necesaria para forjar su presencia en el mundo.

En la misma tónica, el Libertador escribe tres mensajes al general José de la Mar, quien después de haber servido al ejército español por más de veinticinco años, se pasó al bando patriota en octubre de 1821. La Mar había nacido en Guayaquil, pero se identificaba como peruano. Estando es esa ciudad, con su salud quebrantada y de visita a su familia, es nombrado comandante militar de la provincia por las autoridades de la misma y ascendido al grado de gran mariscal por el gobierno del Perú en marzo de 1822. Bolívar se dirige a él el 3 de julio para exponerle su buena voluntad a fin de resolver la situación de Guayaquil, solicitándole sus buenos oficios para generar apoyos y una opinión favorable a su llegada a la ciudad, que ya preparaba.

Los problemas que enfrentaba el ejército chileno-argentino en Lima llevaron a que en diciembre de 1822, los rioplatenses Bernardo de Monteagudo y Mariano Necochea viajaran a Quito a fin de entrevistarse con Bolívar. Necochea tenía dudas respecto a las repercusiones que pudiera tener en Perú esa visita, sobre todo le inquietaba lo que pudiera pensar San Martín, habida cuenta del respeto y lealtad que le tenía. Mucho más impacto podría tener su probable incorporación al ejército colombiano tras comprobar la resistencia que se hacía a la presencia de los extranjeros en ese país.

Monteagudo lo convenció de que la única traición era rendirse en la lucha independentista. Tan pronto Bolívar se enteró de la presencia de tan importantes personalidades argentinas les hizo saber que aceptaría gustosamente su incorporación al ejército de Colombia (Salduna, 2004).

IV. De Cuyo a Santiago. El plan de San Martín

En diciembre de 1813, el coronel José de San Martín deja Buenos Aires para dirigirse al norte a fin de sustituir al general Manuel Belgrano, quien estaba al mando del Ejército del Norte que había sido derrotado en dos ocasiones por los realistas y cuyas tropas se encontraban deterioradas por una campaña que caracterizó como «penosa y desastrosa» (San Martín citado por Galasso, 2000, p. 113). A su pesar, debió ausmir tal responsabilidad. Belgrano estaba siendo acusado y se le pretendía enjuiciar por las derrotas sufridas en Vilcapugio y Ayohuma, y San Martín abogó en su favor. No obstante esta terrible situación, la moral de los soldados era alta, estimulados por el honor, el ejemplo, la ambición y el noble interés como el propio San Martín informa a Gervasio de Posadas, director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata en carta que le remite el 23 de febrero de 1814.

Al asumir el mando, ahora por primera vez como jefe de una gran unidad de combate a favor de la independencia de su país y de América, se dirigió a los soldados enalteciendo su orgullo por ellos al haber tenido varias batallas victoriosas. Quiso de esta manera, ensalzar su valor y su honor como instrumentos de superación de las dificultades que habían creado el terrible apuro por el que transitaban.

Enfrentado a la realidad de un ejército que era expresión de la situación y del contexto en que se libraba la lucha, muy alejada de la formación, disciplina y planificación estratégica a las que estaba acostumbrado por su formación militar europea, el futuro Libertador apeló a solventar las necesidades más inmediatas de soldados y oficiales, incluso desobedeciendo las órdeness del gobierno y haciendo uso de recursos que debían haber sido remitidos a Buenos Aires, a fin de «acallar el descontento, adecentar las costumbres y mejorar la disciplina» (Rojas, 1940, p. 79).

Esta decisión que tomó bajo su responsabilidad ante una grave situación creada, le valió el repudio de la élite gubernamental de Buenos Aires, que diseminó todo tipo de rumores sobre su integridad moral, inaugurando una relación tormentosa de la que nunca pudo desprenderse en el futuro. En los hechos, ningún apoyo le llegaría desde la capital, teniendo que hacer uso de su voluntad, ingenio y experiencia para cumplir la misión encomendada a pesar de que todas las circunstancias operaban en su contra.

Poco tiempo permanece en la ciudad de Tucumán, en la que se dedicó en cuerpo y alma a la reorganización del ejército. De la misma manera, comienza a marcar una impronta que es expresión de su pensamiento político al aplicar medidas para estrechar las relaciones entre la institución castrense y el pueblo. De igual forma crea comisiones para que los esclavos manumitidos tengan condiciones privilegiadas respecto del resto de la tropa.

La mirada estratégica de la época señalaba que Tucumán en la frontera con el Alto Perú sería el punto de partida de la conquista de Lima considerada la base fundamental del poder español en América del Sur, desde la cual se amenazaba la estabilidad de las nuevas repúblicas. Durante los tres meses que San Martín permaneció en la ciudad se dedicó con

visión certera a estudiar las perspectivas para llevar a cabo tal misión que conllevaba un superior esfuerzo operativo y logístico. Concluyó que no era viable, conspiraba contra ello la carencia de recusos logísticos y los obstáculos geográficos que consideraba insalvables. He ahí cuando comienza a visualizar la posibilidad de cumplir tal misión desde otro lugar y desde otra perspectiva (Galasso, 2000).

No era una idea novedosa para él, mucho antes, durante su participación en las guerras europeas, estando en Portugal, había conversado con oficiales escoceses que le habían comentado sobre viejos planes británicos para atacar sumultáneamente las posesiones españolas de América desde el Pacífico y el Atlántico.

Uno de esos proyectos vislumbraba cruzar la cordillera hacia Chile y de ahí embarcarse hacia el norte para capturar Lima y Quito (García Hamilton, 2005). La idea había surgido de sir Thomas Maitland, un militar escocés que había obtenido información sobre América de fuente segura: el miembro del parlamento inglés John Coxe Hippisley, quien a su vez la había conseguido de integrantes de la Compañía de Jesús. Terragno (citado por Parra, 2014) afirma que los jesuítas le proporcionaron a Hippisley información precisa sobre la provincia de Cuyo, conteniendo el trascendental conocimiento acerca de los pasos cordilleranos entre Mendoza y Chile.

Maitland presentó la propuesta al gobierno de William Pitt, el Joven en 1800. Durante su estadía en Londres donde arribó en septiembre de 1811, San Martín tuvo conocimiento de la existencia de este proyecto que había sido diseñado para beneficio de la corona inglesa en detrimento de España (Farber & Raizboim, s.f.).

En la capital inglesa, San Martín tomaría contactos con políticos británicos como lord James Duff y sir Charles Stuart

(Parra, 2014). Así mismo se encuentra con Tomás Guido, Andrés Bello, José Matías Zapiola y otros patriotas iberoamericanos de ideas liberales, todos vinculados a logias masónicas que se proponían la libertad de la América española.

Volviendo a Tucumán, el nuevo jefe del Ejército del Norte comprende que en ese territorio cruzado por selvas monañosas, la mejor forma de combatir esa a través de la guerra de guerrillas que ya se venía practicando en la región desde 1810, bajo el mando de sobresalientes jefes, entre los que se destcaba Martín Miguel de Güemes que comandaba tropas de jinetes conocedores del territorio, habituados a las faenas de las estancias y que se apertrechaban con armas que le arrebataban al enemigo. Estos paisanos conformaron un verdadero ejército popular al que San Martín dio todo su apoyo convencido de que la única manera de cambiar la correlación de fuerzas era incorporar a todo el pueblo a la contienda. El gobierno de Buenos Aires se vio obligado a reconocer la «prudente perspicacia» del jefe militar al haber adoptado la guerra gaucha[1] a su plan de combate (Rojas, 1940). Así mismo, a San Martín se le debe conceder el mérito de haber «descubierto» en Güemes a un gran líder con sobrada capacidad para dirigir esta novedoda modalidad de combate. Comprendió también que la división del norte estaba en buenas manos y podía volcarse a la preparación de su plan de atravesar la cordillera desde Mendoza (Guerra Vilaboy, 2021).

La confianza que le proporcionó Güemes como jefe capaz de sostener exitosamente la guerra en el norte, le permitió ir fraguando su Plan Continental, es decir, la recuperación de la idea de Maitland pero ahora puesta a favor de la libertad y la independencia de las colonias españolas de la

1 O guerra de patriotas campesinos, como la llamó el director supremo Posadas.

América meridional. Así, comenzó a tramar una forma que le permitiera zafarse de su responsabilidad actual para acercarse a Cuyo a poner en práctica su paradigmático plan, para lo cual, por el momento, debía actuar en silencio, sin develar el objetivo estratégico que se proponía.

No obstante, en marzo de 1814, San Martín le escribe a su amigo, el extriúnviro Nicolás Rodríguez Peña para darle a conocer sus ocultos planes emancipadores.

> Ya le he dicho a Ud. Mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos […] aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar a Lima; ese es el camino y no este, mi amigo. Convenzáse usted, que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no se acabará […] Estoy bastante enfermo y quebrantado; más bien me retiraré a mi rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquier otra parte.
>
> Lo que yo quisiera que ustedes me dieran cuando me restablezca, es el gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de grande necesidad si hemos de hacer algo de provecho, y le confieso que me gustaría pasar montando, ese cuerpo (citado por Rojas, 1940, pp. 85-86).

En esta carta expone con sagaz disimulo su verdadero plan, sabiendo que debe encubrirlo y minimizarlo. La grandilocuencia y ostentación en la exposición de las ideas podía ser obstáculo para obtener las ayudas que necesita.

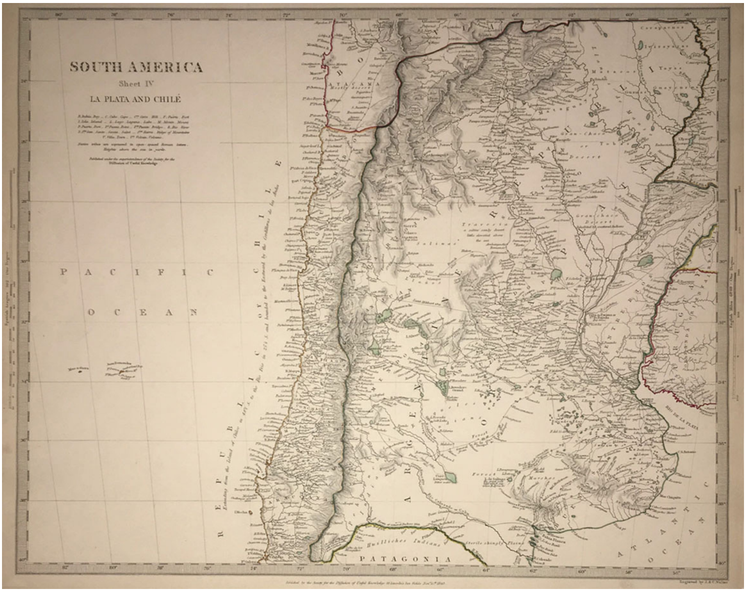
Estando en Tucumán en abril de 1814, la salud del general San Martín que nunca había sido del todo llevadera, tuvo un agravamiento que lo obligó a guardar reposo, variados males lo habían afectado a lo largo de su existencia y así habría de ser hasta su final. En aquel momento, algunos rumores echados al viento daban cuenta de que el fuerte

ataque gastrointestinal que lo obligó a dejar de lado sus deberes por unos días, en realidad era solo un subterfugio para abandonar el mando de la División del Norte a fin de quedar libre y en disposición de dar rienda suelta a sus afanes libertarios.

Aunque podría haber habido algo de eso, hay suficiente información comprobada acerca de la inclemencia del mal que lo aquejaba, —que hizo que en una ocasión llegara a vomitar sangre— limitando su quehacer cotidiano en la conducción de las tropas. Así lo entendió en mayo el gobierno de Buenos Aires emitiendo un decreto en el que le designa un reemplazo, a partir de la errada aceptación de que estaba «mortalmente enfermo». (Rojas, p. 89) San Martín se retiró a Córdoba para atender su salud en el favorecedor aire de las montañas. Se aisló del mundo político y militar que lo circundaba, intercambiaba correspondencia con señalados amigos como el director Posadas, el general Belgrano y Tomás Guido.

En las serranías cordobesas conoció de las victoria patriotas en las provincias orientales y la ocupación de Montevideo, en operaciones que se llevaron a cabo bajo el mando de su antiguo amigo Carlos María de Alvear, de quien el tiempo y los intereses particulares lo habían distanciado. La toma de Montevideo tuvo un papel determinante en la lógica general del conflicto, toda vez que cerraba la entrada del Río de la Plata a las posibles incursiones españolas en la produndidad del territorio. Así mismo, supo de la deposición de Napoleón por parte del Senado y comprendió que una nueva época se abría para Europa, a la vez que avizoraba tiempos difíciles para América, ahora que Fernando VII podía redirigir sus tropas para asegurar el control de las colonias. Tal visión, le confirmó la necesidad de acelerar las acciones que lo llevaran a Cuyo y de ahí a Chile y Perú. El 10 de agosto de

1814 se le otorga el nombramiento solicitado como gobernador de Cuyo, y en septiembre recibió la orden de trasladarse a Mendoza.



Mapa 1. América meridional.
Fuente: https://1492maps.com/mapas-antiguos/south-america-sheet-iv-la-plata-and-chile/

Al asumir su nueva responsabilidad, la situación de la lucha emancipadora no mostraba un porvenir alentador en América. El retorno del absolutismo a España le dio ínfulas a Fernando VII para suponer que podía reconquistar las colonias. Se dispuso a despachar a América el ejército más grande jamás creado y colocó en su mando a Pablo Morillo, uno de los militares más prestigiosos en las guerras antinapoleónicas. En Venezuela había caído la Segunda República y en Chile las divisiones internas dieron al traste con el gobierno republicano.

En el propio Río de la Plata la situación no era mejor, conflictos en el norte entre Alvear y Rondeau y la avasalladora

presencia y liderazgo de José Artigas, de avanzadas ideas liberales en la banda oriental y en el litoral, signan el mar de contradicciones que como una tormenta se cierne sobre la república. No obstante, San Martín logró un amplio consenso entre diversos sectores sociales que garantizaron estabilidad para su gobierno. Así mismo, la logia secreta creada a su llegada a Buenos Aires a la usanza europea, devino en profundas diferencias entre él y Carlos María de Alvear, distanciándolo de este y creando una nueva logia que le evitó presiones y compromisos internos (Galasso, 2000). Sin embargo, el derrocamiento de Posadas en enero de 1815 y su sutitución por el propio Alvear le auguraron nuevos peligros. Para su fortuna, Alverar logra sostenerse en el poder solo tres meses.

En ese contexto, San Martín se aboca a desarrollar una política económica propia que le permita echar las bases de la construcción del Ejército de los Andes, para lo cual obtiene un gran apoyo popular. Logra establecer una gran comunicación con el pueblo que ve en él un funcionario capaz, resuelto a resolver sus necesidades económicas y de defensa ante el restablecimiento del gobierno de la monarquía en Chile. Como primeras medidas, el gobernador se allega a dar un combate frontal contra la viruela, difundiendo la vacuna contra ese mal, también elabora un plan de fomento a la agricultura que, además, intercambia con su colega de San Juan.

Ante el peligro que se afronta en relación con una potencial amenaza militar proveniente de Chile, crea un impuesto especial de guerra, incorpora al servicio del ejército a todos los ciudadanos que han mostrado su disposición de manejar armas y decreta que todos los esclavos entre 16 y 30 años pertenecientes a españoles debían integrarse al servicio militar. De la misma manera, hace nuevos nombramientos militares y crea el batallón de Infantería N.° 11 y un escuadrón de línea.

Enfrenta con suma cautela el nombramiento de Alvear como director supremo, evitando conflictos que habieran hecho más dificil su misión. Está al tanto de lo que ocurre en Buenos Aires y en las otras provincias, sobre todo, le preocupa la pugna del nuevo director con los comercianes portuarios y con Artigas. Por circunstancias vinculadas a su salud, ajenas a una disputa personal con Alvear, solicita una licencia para abandonar su cargo de forma temporal. El sustituto designado no es del agrado de los cuyanos y explota una rebelión de grandes dimensiones en la provincia. Aunque él mismo explica a los ciudadanos que no ha sido destituido y que solo ha pedido una licencia por cuatro meses para tratar su salud, la protesta mantiene su vigor e incluso aumenta en intensidad.

Un enviado del Cabildo de la ciudad en nombre de los ciudadanos viaja a Buenos Aires a entrevistarse con Alvear para solicitar que mantenga a San Martín en el cargo. Aunque el director le da la seguridad de que ha obrado a partir de la petición del gobernador, asevera que si él da su conformidad, no tiene mayor reparo en que se mantenga en tal responsabilidad. Ante el clamor popular, San Martín se ve obligado a declinar su solicitud de licencia, retomando su autoridad y asumiendo con superior esfuerzo la defensa de Cuyo y la preparación de la invasión a Chile.

En el intertanto, las noticias que llegaban de Chile exponían una debacle total, la división de los patriotas los había hecho incapaces de cohesionar una fuerza que opusiera resistencia al coronel Mariano Osorio, quien al mando de un ejército expedicionario enviado por el virrey del Perú, había desembarcado en Talcahuano, ubicado a 15 km al noroeste de Concepción y a unos 500 km al suroeste de Santiago, durante los primeros días de agosto de 1814. Aunque los jefes de los bandos patriotas enfrentados, José Miguel Carrera y Bernardo O Higgins, hicieron un alto en sus desavenencias

para plantarse unidos ante los realistas, fueron derrotados en Rancagua a comienzos de octubre. El gobierno republicano llegó a su fin y con él, el período conocido como Patria Vieja dando pasó a la reconquista española. Cundió el pánico en Santiago, más de dos mil chilenos junto a sus familias emprendieron el camino de la emigración hacia Mendoza a través de los pasos andinos.

Los exiliados chilenos, todos, tanto carreristas como ohigginianos son recibidos en la ciudad trasandina como compañeros en la lucha por la emancipación. San Martín exige obediencia y respeto hacia la institucionalidad de la provincia. José Miguel Carrera, quien cultivaba profundas creencias liberales, rechaza la subordinación y se propone mantener una autonomía que le permitiera retomar planes libertarios para su patria desde una perspectiva propia, lo cual conspira contra el proyecto que venía esbozando el gobernador desde hacía algún tiempo y que fue lo que lo motivó a instalarse en Cuyo.

Se vislumbra un conflicto que podría echar al traste los planes proyectados por San Martín con tanto esmero, sobre todo porque comenzó a cundir el caos y la anarquía en la ciudad hasta que el gobernador procede a detener a Carrera y a sus acólitos trasladándolos a San Luis primero y a Buenos Aires después. De esa manera, Chile queda privado de la participación de Carrera —uno de sus más lúcidos pensadores, gran estadista y a la vez, militar brillante— de los combates decisivos por la independencia. De igual forma, el sector liberal, revolucionario, más avanzado de la sociedad chilena, queda excluido del proceso de toma de decisiones. San Martín se refugia en O'Higgins como vehículo de conducción para la organización y participación de los chilenos en el ejército de los Andes que se preparaba para cruzar la cordillera.

Más allá de la formación militar profesional de San Martín que le impedía aceptar disidencias e irregularidades en la necesaria conducción única del mando, en el fondo de la controversia entre los dos líderes —nacidos a ambos lados de la cordillera— habrían de estar presente desde ese momento y para siempre las hondas diferencias ideológicas entre un Carrera profundamente opositor a la naciente burguesía comercial y a Gran Bretaña y un San Martín que entendía que en la coyuntura de la lucha antiespañola era necesario tener buenas relaciones con ambas (Galasso, 2000). De alguna manera, esta polémica que manifestaba puntos de vista discordantes respecto de la disposición general de la lucha que se emprendía y sobre todo, de la orientación que deberían tener los nuevos gobiernos que habrían de acceder al poder tras la independencia, tuvo repercusiones imperecederas para la historia de las futuras repúblicas, en particular en el caso de Chile.

San Martín establece una relación de primer orden con O'Higgins a quien incorpora a la Logia Lautaro[2] creando vínculos de superior alcance entre ambos. Así mismo, construye un trascendental nexo con Manuel Rodríguez, un patriota chileno que a diferencia de O'Higgins, poseía una especial conexión con sectores populares de la ciudad y el campo en Chile. Además, era poseedor de un pensamiento filosófico y social que lo colocaba entre los pensadores revolucionarios más avanzados de su época en su país y en toda Hispanoamérica, toda vez que le otorgaba un prioritario carácter social además de independentista a la lucha emancipadora.

---

2 La Logia Lautaro (o Lautarina) fue una organización secreta fundada en 1812 por algunos patriotas hispanoamericanos, sobre todo de origen chileno y argentino, a fin de luchar de manera coordinada por la independencia de sus países y en general de todas las colonias. Asumió para ello principios liberales con el objetivo de establecer sistemas políticos republicanos y unitarios.

Aunque a Rodríguez se le señalaba de ser cercano a Carrera por haber sido ministro en su gobierno, lo cierto es que siempre mantuvo autonomía en la disputa que este tenía con O'Higgins, quien a su vez le profesaba un odio visceral. Sin embargo, San Martín descubrió en Rodríguez ciertas cualidades que le proporcionaban soluciones ante determinadas carencias que tenía su plan de atravesar la cordillera. Es así que tras divulgar una supuesta confinación de Rodríguez en San Luis, en realidad, este regresó clandestinamente a Chile, donde creó redes de información que suministraron abundantes datos acerca de la dislocación, capacidad logística y estado de la moral de las fuerzas militares españolas, además de organizar pequeños grupos de sabotaje que, actuando en la retaguardia del enemigo, desordenaban sus fuerzas, creaban caos y zozobra, obligándolos a descentralizar sus fuerzas y destinar importantes contingentes de tropas que descuidaron el objetivo principal de prestar atención al gran ejército que San Martín preparaba del otro lado de la frontera.

Pero fue tal el éxito del accionar de Rodríguez, superando todas las expectativas de San Martín, que este llegó incluso a manifestar temor de que su plan estratégico se viera alterado por un curso no deseado de los acontecimientos bélicos en Chile. No obstante, Mitre (citado por Galasso, 2000, p. 216) señala que la carta de San Martín a Rodríguez fechada el 16 de diciembre de 1816 donde se manifiestan estos puntos de vista, es en realidad expresión de una maniobra distractora del rioplatense para hacer ver falsamente que existían desavenencias con el guerrillero chileno.

La estadía mendocina de San Martín le proporcionó gran desasosiego personal, contribuyó a ello la presencia de su esposa Remedios de Escalada, quien no lo había podido acompañar en Tucumán. Incluso, en la ciudad cordillerana

nació en agosto de 1816 Mercedes, la única hija de San Martín. Pero, la apacible vida familiar del gobernador se veía permanentemente ensombrecida por el retorno de los quebrantos de su salud, vuelve a tener vómitos de sangre que lo obligan a continuas jornadas de reposo de hasta veinte días, su escaso tiempo activo lo dedicaba a tratar de paliar las difíciles condiciones de vida de sus gobernados en medio de los preparativos para la invasión.

Se estaba viviendo una enfebrecida actividad de preparación, la cual tuvo un fuerte impulso tras la llegada de los patriotas chilenos. La ciudad era un gran cuartel, en la que el eje de la gestión de gobierno de San Martín se centraba en la organización del ejército, a ello se circunscribía todo lo demás. En ese contexto, el arribo de los chilenos vino a constituirse en una noticia de gran trascendencia, toda vez que el principal problema que se enfrentaba era el de la carencia de soldados para emprender el cruce de los Andes. En 1814, San Martín solo contaba con una compañía, ubicada en el fuerte de San Rafael, la cual estaba compuesta por alrededor de cuarenta hombres, a los cuales se sumaban grupos de voluntarios organizados como milicianos sin experiencia bélica de ningún tipo, lo que permitió llegar a unos doscientos ochenta hombres de infantería y seiscientos sesenta de caballería (Redacción Los Andes, 2017).

Al mismo tiempo, San Martín se esmeraba en el diseño del plan a través del cual se proponía ejecutar su pensamiento operativo respecto del futuro desarrollo de los acontecimientos. En ese avatar, se rodeó de muchos chilenos quienes de acuerdo a sus capacidades vinieron a incorporarse a la expectante actividad que se vivía. Es decir, el esfuerzo de preparación de la invasión se manifestaba en el terreno del reclutamiento, adiestramiento y armamento de la tropa, pero también en el de la planificación y la logística, para lo cual

elaboró e hizo aprobar decretos que establecían las contribuciones que los comerciantes, hacendados e incluso la Iglesia debían hacer[3].

El director supremo Juan Martín de Pueyrredón que había asumido su cargo en mayo de 1816, a pesar de las penurias por las que atravesaba la hacienda de la nación, le dio un total apoyo que no se detuvo durante casi todo ese año. El gobierno se debatía entre la necesidad de dar soporte al general Belgrano que se encontraba en Tucumán, Güemes en Salta y al ejército que libraba la guerra en las provincias orientales contra españoles y portugueses, mientras que las desavenencias internas no ayudaban mucho a desatar los nudos que amarraban la gestión administrativa del Estado. No obstante, es de suponer que la presión de la Logia Lautarina ejerció trascendental influencia para que el director supremo priorizara el sustento necesario al plan de San Martín. Las provincias del Río de la Plata estaban haciendo un supremo sacrificio, pero era en bien de la independencia de América y la gloria de las Provincias Unidas (Rojas, 1940).

A pesar de eso y de las condiciones políticas positivas en los últimos meses, lo cual se concretaba en un mayor patrocinio por parte del gobierno y el Congreso, a San Martín le preocupaba la existencia de ciertos ánimos autonómicos y contrarios a la unión que permeaba a los líderes de algunas provincias y que podrían afectar el buen desarrollo y éxito de su plan.

En el intertanto, surgieron algunas voces que insistían en la idea de asaltar el Perú por la vía del altiplano. San Martín entendió que se hacía necesario un encuentro directo con

3 Esta recreación de los preparativos del Ejército de los Andes en Mendoza fue extraída de mi trabajo «Manuel Rodríguez, genuino representante del pueblo chileno», incluido en la compilación *Manuel Rodríguez en tres tiempos*, publicado en septiembre de 2020.

Pueyrredón a fin de informarle de primera mano acerca de sus planes: en julio, una gran noticia insufló nuevos ánimos al futuro Libertador: el día 9, las Provincias Unidas declararon su independencia.

Bajo el paraguas de la naciente república, Pueyrredón y San Martín se reunieron en Córdoba, hubo un mutuo acuerdo de pareceres, el director supremo le confirmó su decisión de darle toda la ayuda necesaria para la campaña hacia Chile. El entusiasmo por tal disposición aunado al nacimiento de su hija lo desbordaban de emoción. Adelantándose a los acontecimientos y pensando en un futuro gobierno para el Perú, le escribió al influyente diputado cuyano Tomás Godoy Cruz, quien había sido vehemente promotor de su plan

> Me parece admirable el plan de un inca a la cabeza: sus ventajas son geométricas. Pero, por la patria les suplicó, no nos metan en una regencia de varias personas. En el momento en que sea más de una, todo se paraliza y nos lleva el diablo (citado por García Hamilton, 2005, p. 135)

El ejército libertador se comenzó a entrenar en Plumerillo, a unos cuatro kilómetros de la ciudad para el paso de la cordillera. En medio de los preparativos, sostuvo una reunión con líderes del pueblo pehuenche que habitaban al sur, en la que les informó que iba a cruzar los Andes a fin de derrotar a los españoles en Chile.

Al comenzar el año 1817, San Martín contaba con poco más de cinco mil hombres, de ellos tres mil infantes, setecientos granaderos a caballo, doscientos cincuenta artilleros, ciento veinte barreteros y camineros y mil doscientos jinetes para garantizar los aseguramientos combativos y logísticos, tal vez el mayor ejército constituido en la América insurgente y, sin duda, el más disciplinado y mejor dotado para realizar operaciones de montaña (Rojas, 1940). El proyecto de San

Martín se había hecho realidad en cuanto a la organización de la estructura necesaria para llevarlo a feliz cumplimiento. Se debió en gran medida a su perseverancia, tesón, capacidad e inteligencia. Su liderazgo permitió —en medio de dificultades, reveses y la desazón de muchos— construir el ejército que serviría como base fundamental para atravesar la cordillera a fin de liberar a pueblos hermanos que todavía subsistían bajo la bota hispana.

A mediados de enero, el ejército inició la marcha, lo hizo por distintos pasos para burlar la vigilancia de las tropas realistas. Una partió hacia el norte para pasar de San Juan a Coquimbo, más al norte, otra columna iría desde La Rioja a Copiapó. En el sur por el paso del Planchón, un destacamento avanzaría hacia Talca. Pero, la concentración mayor de fuerzas cruzaría por el Paso de Uspallata —a setenta kilómetros al norte de la ciudad chilena de Los Andes y a unos ciento cincuenta kilómetros al noreste de Santiago—, al mando del coronel Juan Gregorio de las Heras. Otro contingente conducido por Miguel Estanislao del Soler, atravesaría la montaña por el paso de Los Patos, ubicado a unos cien kilómetros al norte de Santiago y que comunica Calingasta en Argentina con Putaendo en Chile. Junto a él avanzaban las tropas chilenas, al mando de Bernardo O'Higgins, y argentinas, al frente de las cuales estaba Mariano Necochea. El plan era estar el 24 de enero del otro lado de la cordillera para iniciar acciones, sin embargo, muy pronto la división de Las Heras se adelantó, tuvo que enfrentar y derrotó a una patrulla realista en Potrerillos. San Martín le ordenó que aletargara el ritmo de la marcha porque quería que todas las columnas convergieran en un mismo lugar.

Los españoles fueron alertados de la invasión patriota y enviaron un destacamento a enfrentarlos en la Cuesta de Achupallas, muy cerca de Santiago, a fin de impedirle la

llegada a la planicie. La superación de la cima andina y el comienzo de la bajada ya en territorio chileno aceleró el paso, el frío, las ventiscas y la lluvia no pudieron impedir que las tropas cumplieran esa primera parte de la misión sin grandes contratiempos. San Martín, que marchaba hacia el oeste al borde del río Putaendo, ordenó que una avanzada al mando del mayor Antonio Arcos se adelantara para enfrentar al contingente español que pretendía cortarles el paso. Así lo hizo, permitiendo que San Martín arribara a Putaendo tras diez días de fatigoso cruce de la montaña más alta de América. Las Heras hizo lo propio, tomando la ciudad de los Andes a tan solo ochenta kilómetros de Santiago.

En el norte, la columna al mando de Juan Manuel Cabot toma Coquimbo y Copiapó. Por su parte Ramón Freire ocupó Talca. Una serie de pequeñas batallas se desarrollan entre patriotas y realistas entre el 20 de enero y el 10 de febrero en un amplio escenario bélico que va desde Copiapó, ochocientos kilómetros al norte y Talca, doscientos cincuenta y cinco kilómetros al sur de la capital, dejando —en la mayoría de ellas— al bando independentista como vencedor, lo cual va mermando la capacidad combativa de los españoles. Las diferentes columnas del ejército patriota van convergiendo en el valle del río Aconcagua, en específico en las cercanías de la Cuesta de Chacabuco apenas a sesenta y cinco kilómetros al norte de Santiago. La suerte estaba echada.

Dos mil cuatrocientos cincuenta soldados y cinco piezas de artillería al servicio de España frente a tres mil seiscientos hombres y nueve piezas de artillería que conforman el Ejército chileno-argentino están prestos para el combate en la mañana del 12 de febrero (Galasso, 2000). La superioridad republicana es resultado del éxito de la táctica de San Martín en el logro de la dispersión de fuerzas españolas al no

revelar con claridad cuál habría de ser la dirección principal del ataque. Este objetivo se pudo cumplir en gran medida gracias a la actividad guerrillera de Manuel Rodríguez. En este sentido vale decir que:

> … también destacaron Diego Guzmán, Ramón Picarte, Miguel Ureta, Pedro Alcántara, Juan Pablo Ramírez, Domingo Pérez, Antonio Merino y José Antonio Álvarez Condarco, sin embargo ninguno estuvo a la altura del ingenio, la creatividad conspiradora y el optimismo de quien comenzó a construir una leyenda que aún hoy perdura como expresión de la inteligencia natural, el valor y la inventiva del pueblo chileno (Rodríguez Gelfenstein, 2021b, p. 40).

Al final del día seiscientos soldados realistas habían muerto y quinientos estaban prisioneros, consumándose la primera gran victoria de la campaña emprendida desde Argentina bajo el mando del general José de San Martín encaminada a la independencia de Chile. Al día siguiente, 13 de febrero, San Martín entra triunfante en Santiago. El capitán general español Casimiro Marcó del Pont huyó apresuradamente de la capital, pero fue capturado. A pesar de la brutalidad y sevicia que caracterizó al gobierno de Marcó del Pont, San Martín dio expresas órdenes de que fuera tratado con la mayor consideración. No tuvo la misma suerte el odiado capitán Vicente San Bruno, torturador y asesino —mano ejecutora visible de las satrapías del capitán general— quien fue juzgado, condenado y ahorcado en Santiago, justo dos meses después de la batalla de Chacabuco.

El 14 de febrero se formó gobierno en Santiago, San Martín no acepta ser designado como director supremo. En su lugar asume el cargo Bernardo O'Higgins. El Libertador rioplatense cree que debe ser un chileno quien tome las riendas de la nación, mientras él da continuidad a su plan largamente diseñado y proyectado de liberar al Perú. Así

mismo, se dedica desde el primer momento a organizar la Logia Lautarina como instrumento político para favorecer sus planes y servir de conexión con Pueyrredón. Pero la victoria de Chacabuco no había consumado definitivamente la independencia de Chile, habrían de sobrevivir nuevos eventos que pondrían en juego la posibilidad de revertir el éxito conquistado. Los realistas se reagrupan en el sur del país. San Martín considera que debe viajar a Buenos Aires a entrevistarse con Pueyrredón para debatir sobre el futuro, tanto el de Chile como el del Perú. Durante su ausencia O'Higgins también será jefe del Ejército.

El general arriba a Mendoza el 18 de marzo de 1817 siendo recibido en medio de un gran júbilo popular, pero muy pronto continúa su marcha hacia el este. El Gobierno de Chile le asigna diez mil pesos oro que dona a un fondo para crear una biblioteca nacional «porque la educación y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos…» (Galván Moreno, citado por Galasso, 2000, p. 230). Así mismo, sabiendo que se prepararaban fastuosos homenajes a su llegada a Buenos Aires, arriba a la capital de noche y en el más absoluto silencio, dirigiéndose a su casa donde lo esperaban su esposa e hija. Tanto en Chile como en Argentina rechaza cualquier tipo de agasajo suntuoso.

La presencia de Pueyrredón en la más alta magistratura del Estado y de su amigo Tomás Guido como secretario de Guerra le hacen considerar a San Martín que cuenta con un apoyo seguro para dar continuidad a sus planes. No obstante, las dificultades económicas por las que atraviesan las Provincias Unidas, le ofrecen un cuadro aterrador en el que el gobierno de su país, le reclama que Chile debe utilizar parte de sus recursos para auxiliar a Buenos Aires que sigue librando una férrea lucha contra el ejército realista. En el cuadro que

le dibuja el director supremo se hace patente que los grandes recursos destinados a la independencia de Chile debilitaron al ejército, a eso se le suma la debilidad de Pueyrredón para enfrentar la invasión portuguesa a la Banda Oriental (que raya en complicidad con el fin de destruir a Artigas) y que ha tenido su punto cúlmine en la pérdida de Montevideo.

Lo cierto es que la necesidad de enfrentar a los invasores lusitanos generaba nuevas necesidades para el gobierno, lo que debe haber constituido un «balde de agua fría» para los planes de San Martín. El ánimo de las conversaciones sostenidas con Pueyrredón no deben haber tenido el mismo espíritu amistoso que las que tuvieron menos de un año atrás en Córdoba. Aunque los diálogos entre ambos se mantuvieron en el más absoluto secreto, se conjetura que Pueyrredón manifestó la imposibilidad de su gobierno para dar asistencia a San Martín.

Uno de los acuerdos fue solicitar apoyo a Estados Unidos, para lo cual se envió a Manuel Hermenegildo Aguirre con tal objetivo, además de solitar el reconocimiento de las nuevas repúblicas por parte del presidente James Monroe. La respuesta fue la total indiferencia y desinterés por la propuesta.

Aguirre no fue más efectivo que José Miguel Carrera quien sí había obtenido cierto apoyo del país del norte. No obstante, al llegar a Buenos Aires fue detenido por Pueyrredón, que veía en el éxito de Carrera una amenaza para el partido de los conservadores de Chile que ahora ostentaban el poder. San Martín se entrevista con Carrera en su presidio porteño y le propone que asuma la embajada en Estados Unidos, pero el prócer chileno se negó. El diálogo sostenido en la cárcel es expresión de la magnanimidad y visión de largo alcance de San Martín quién pugnaba por incorporar a tan valiosa figura al liderazgo necesario para encarar las

tareas del futuro. Pero Carrera, convencido del odio personal y político y el reconcomio de O'Higgins, comportándose con dignidad e intransigencia suprema no acepta la propuesta del general rioplatense.

San Martín abandona Buenos Aires el 18 de abril, frustrado por el fracaso de su viaje: no había podido obtener nuevos auxilios del gobierno y tampoco había logrado que José Miguel Carrera aceptara incorporarse a cumplir funciones en el nuevo gobierno o en el ejército de su país.

Vista la terrible situación económica y los problemas internos que encontró en Buenos Aires y que hacían peligrar sus planes, además de Estados Unidos, San Martín se vio obligado a pedir ayuda a Gran Bretaña. Sabía los riesgos que corría, conocía las ambiciones expansionistas y los crecientes intereses comerciales de Inglaterra, pero no le quedaba otro camino si no quería renunciar a lo que con tanto denuedo se había entregado. Con este objetivo en mente, intentó establecer contacto sin éxito en un primer momento con el marino inglés Guillermo Bowles, aunque logró reunirse con el cónsul Robert Staples, a quien le solicitó barcos para trasladar su ejército al Perú.

En todo momento, incluso en sus encuentros con Pueyrredón, San Martín se asumía como jefe del ejército de Chile, y en esa medida como representante de su gobierno, nunca como un general argentino jefe del Ejército de los Andes, lo cual contrarió al director supremo y sorprendió a los británicos. Estos estaban planeando su intervención en Uruguay a fin de impedir a los portugueses la apropiación de la estratégica desembocadura del Río de la Plata, de manera que consideraron la solicitud de San Martín en una perspectiva más amplia y con visión de futuro. Así mismo, manifestaron incredulidad ante la opinión del general argentino favorable a establecer un gobierno monárquico siempre y cuando

este no perteneciera a la Casa de Borbón (Informe de Robert Staples a William Hamilton[4] del 14 de abril de 1817, citado por Galasso, 2000).

El 11 de mayo de 1817 retorna a Santiago, esta vez acompañado de su amigo Tomás Guido nombrado embajador de las Provincias Unidas en Chile. A su regreso le esperan nuevos halagos, regalos y reconocimientos que una vez más rechaza encomiando a los remitentes a que los mismos sean usados para la lucha independentista aún inconclusa. Vuelca su energía a la organización y el fortalecimiento de la fuerza militar que se transforma en el «Ejército Unido de Chile y Argentina», ronda en su mente además, la preocupación por la existencia —aún activa— de tropas realistas en el sur del país.

No era mejor la situación del gobierno acosado por las críticas de los comerciantes, latifundistas y clero que no entendían que el director supremo hubiera impuesto fuertes tributos a la propiedad agrícola, así como que, mediante la ley estableciera expropiaciones y pagos forzosos, eliminando también títulos de nobleza y mayorazgos. De la misma manera, era patente la resistencia al gobierno de O'Higgins de José Miguel Carrera y sus partidarios.

Pero, para San Martín el principal problema seguía siendo la obtención de recursos para financiar la campaña en el Perú. En esa medida, y ante la definitiva ausencia de participación del gobierno del Río de la Plata, se ve impelido a exigir a O'Higgins —sin desconocer la situación interna del país— que asuma un mayor compromiso con los preparativos de la invasión al virreinato. O'Higgins asume como propia la demanda de su colega argentino y escribe a Castlereagh para reforzar la solicitud que San Martín había hecho

4 William Hamilton era uno de los secretarios privados de lord Castlereagh, a la sazón secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña.

desde Buenos Aires. El 14 de febrero de 1818, San Martín se entrevista con Bowden, quien se encontraba en Valparaiso, el principal puerto de Chile. Le insiste en la urgencia de dar respuesta a la petición antes realizada, al costo de conceder grandes privilegios para Inglaterra.

La situación política interna en Chile no andaba bien. El gobierno de O'Higgins no había logrado derrotar por completo a los realistas que se aprestaban una vez más a reconquistar el territorio. A ese efecto, el virrey del Perú despacha desde El Callao una expedición al mando —una vez más— de Mariano Osorio, quien desembarca en Talcahuano, los primeros días de 1818. En esas condiciones, San Martín insta a formalizar la independencia para que las fuerzas realistas tengan carácter de invasoras, movilizando el interés nacional contra una fuerza extranjera. El 12 de febrero de 1818, al conmemorarse el primer aniversario de la batalla de Chacabuco, se declara la independencia.

Las tropas españolas avanzaban desde el sur. Aunque su contingente era de aproximadamente la mitad del que habían logrado organizar los republicanos, una mejor utilización del terreno y del factor sorpresa, les permitió lograr una aplastante victoria en Cancha Rayada, en las cercanías de Talca contra el ejército comandado por San Martín y O'Higgins, que solo logró salvar una parte de las tropas gracias a la sagacidad del coronel argentino Juan Gregorio Las Heras.

La derrota de los patriotas abría el camino hacia Santiago a los españoles, haciendo que cundiera el pánico en la capital, el «fantasma» de la derrota de Rancagua y el fin de la Patria Vieja se coló entre las huestes republicanas. En medio del desánimo y el espíritu pesimista que se propagaba sin cortapisas, emergió la figura de Manuel Rodríguez para llamar a la calma y a la confianza en la victoria, aún en esas condiciones adversas. Desde una improvisada tribuna en la

capital se dirigió a sus conciudadanos con un fervoroso discurso que culminaba con la estimulante frase de «¡Aún tenemos Patria, ciudadanos!» elevando el espíritu de combate del pueblo y permitiendo que a su regreso a Santiago, dos días después, San Martín y O'Higgins encontraran a una ciudadanía presta a la defensa de la república.

En esas condiciones, el Libertador rioplatense se apresta a la reorganización de las tropas, sabedor que Osorio no detendrá su ofensiva hasta ocupar Santiago. El Ejército Unido, que en Cancha Rayada contaba con más de ocho mil soldados, había quedado reducido a cinco mil, casi la misma cantidad del ejército realista. Ahora, concentrado en Maipú —a veinticinco kilómetros de la capital— se prepara a entablar una batalla que se vislumbraba como decisiva para el futuro de Chile y de la expedición que San Martín soñaba con realizar hacia el Perú.

El 5 de abril, casi al mediodía, la artillería patriota dio inicio al combate en el que una vez más se desplegó el genio militar de San Martín y la intrepidez de jefes y soldados argentinos y chilenos que pasaron a la ofensiva sobre un ejército diezmado y partido en pedazos por acción de los cañones y las fuerzas de la vanguardia patriota. A media tarde todo había quedado resuelto.

En el parte de guerra que San Martín elaboró ese mismo día, además de los detalles bélicos de la contienda, afirma que «se ha dado la batalla que, sin aventurar, podemos decir que afianza la libertad de América» (San Martín, citado por Galasso, 2000, p. 251) y en carta a Pueyrredón el mismo día asegura que «ya no hay enemigos en Chile» (*Ibidem*, p. 252). Algunos días después, en una reunión de evaluación con sus generales y ante una observación de Las Heras, afirmó son suma efusividad: «Hemos amolado a los godos y nos vamos al Perú» (*Ibidem*, p. 253).

Al conocer de la victoria de San Martín en Maipú, Bolívar manifiesta su alborozo por el hecho. En una misiva dirigida al coronel venezolano Justo Briceño, fechada el 20 de agosto en Angostura y en la que hace una apreciación general de los acontecimientos vinculados a la lucha independentista en toda América el Libertador señala:

> El general San Martín batió y destrozó completamente allí 7.000 españoles, les hizo 3.000 prisioneros, entre ellos ciento noventa oficiales, les mató más de 2.000 hombres y solo se salvó el general en jefe Osorio, con 200 hombres de caballería. San Martín lo hacía perseguir vivamente. Este ejército realista era el último resto de las fuerzas del Perú, y esta batalla ha producido la absoluta libertad del Alto y Bajo Perú (…) El día de América ha llegado. (Bolívar, 1947, pp. 326-327).

V. De Carabobo a Guayaquil. Bolívar emprende la campaña del sur

El 24 de junio de 1821, las armas patriotas al mando de Bolívar derrotaron al ejército realista conducido por el general español Miguel de la Torre, sellando de esa manera la independencia de Venezuela. Ya desde antes de la consumación de la victoria, Bolívar había reflexionado acerca de cómo dar continuidad a la guerra fuera del territorio venezolano. Tenía plena convicción de que mientras permaneciera un solo soldado español en América, no habría paz ni estabilidad para las nuevas repúblicas.

Con el objetivo de coordinar acciones y operaciones con las repúblicas del sur le había escrito sendas cartas el 2 de mayo de 1820 al director supremo de Chile, general Bernardo O'Higgins y al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Así mismo, el 22 de diciembre de ese año, en una carta al vicepresidente de Colombia, Juan Germán Roscio, le manifestó su intención de que tan pronto las circunstancias se lo permitieran, marcharía al sur al encuentro del general San Martín con el mismo objetivo. De igual manera, en preparación de la campaña en esa zona, en febrero de 1821 envió al general Antonio José de Sucre a hacerse cargo del Ejército del Sur. Todo esto ocurrió mucho antes de que se realizara la Batalla de Carabobo.

Inmediatamente después de la victoria, Bolívar se dirigió a Caracas, donde entró el 29 de junio permaneciendo solo unos días. El 6 de julio se trasladó a Valencia. Le preocupaba sobremanera la concentración en Puerto Cabello de los españoles que subsistieron tras la batalla. La situación económica era muy difícil, el desorden y el caos cotidianos. Además, le alarmaba que sus órdenes de perseguir y aniquilar los remanentes de soldados españoles que se dispersaron después de sobrevivir a la derrota sufrida el 24 de junio, no se cumplieran. En este sentido, tuvo que reconvenir severamente al general Santiago Mariño. En carta a Santander del 10 de julio le confiesa que una vez derrotados los españoles, le inquietaba la posibilidad de una guerra civil afirmando que solo la unidad y la solidez podían preservar a Venezuela de ella (Bolívar, 1947).

En esa misiva a Santander y en una de igual fecha dirigida a Fernando Peñalver —por primera vez después de Carabobo— Bolívar retoma los temas internacionales. Les manifiesta a ambos que no tiene información de lo que está ocurriendo en Europa, salvo que España continúa en mal estado y que el rey de Portugal volvió a Lisboa desde Brasil, lo cual considera podría ser de mucha importancia. En estas líneas, se constata que a pesar de la situación interna —tan difícil— de Venezuela, no abandona su idea de prolongar la guerra fuera del territorio, para lo cual, el conocimiento de la situación internacional era vital.

Regresó a Caracas el 31 de julio, pero estuvo solo cinco días. El 5 de agosto vuelve a emprender la marcha. Estaba excesivamente inquieto por los planes españoles para capturar Coro y Maracaibo y desde allí intentar una campaña de reconquista. No obstante, el 7 de agosto imparte precisas instrucciones para organizar una expedición con seiscientos hombres (posteriormente se ampliaría la cifra hasta dos mil) a fin de destinarlas a desalojar a los realistas de Panamá.

El 16 de agosto le escribe a Santander para anunciarle que se dirige a Bogotá, donde espera llegar a mediados de septiembre (en realidad lo hizo a finales de octubre). Le ordena que prepare un ejército de cuatro a cinco mil hombres «para que el Perú me dé dos hermanas de Boyacá y Carabobo» (Bolívar, 1947, p. 578). Ello habría de cumplirse unos años después tras las victorias patriotas en Junín y Ayacucho. Como preparación para dar continuidad a la guerra, instruye a Santander a fin de que: «Mande Usted todo lo que tenga al sur para que allí se forme lo que se llama un ejército libertador» (*Ibidem*). Ese mismo día, Bolívar le envía una misiva al nuevo vicepresidente de Colombia, José María del Castillo y Rada, en la que le comunica que su principal dedicación de esos días era crear «por decirlo así» una república en Venezuela porque, según sus propias palabras, en el país «cada pueblo y cada hombre es un mundito» (Puyo y Gutiérrez, 1983, p. 225). Su preocupación por la unidad era patente. Le hace saber al vicepresidente que su consagración a ese trabajo era total. Le dice que marchaba de día y escribía de noche porque no tenía derecho a cansarse mientras hubiera enemigos en Colombia, y que su decisión era combatirlos hasta destruirlos.

Después que los patriotas recuperan Coro, el Libertador considera que se ha creado cierta tranquilidad que le permite abandonar Venezuela a fin de cumplir con su propósito de encadenar la victoria de Carabobo con las luchas independentistas de aquellos países donde todavía imperaba el dominio español. El 23 de agosto le comunica al vicepresidente Carlos Soublette que se hacía necesario finalizar con prontitud la guerra en América para lo cual había que hacer nuevos sacrificios a fin de que la paz fuera completa y gloriosa. Concluye señalando que en ese contexto su vista estaba puesta en el sur (Bolívar, 1947).

A Santander le dice que tenía plena convicción de que ello era necesario para «unir las tres hermanas de Colombia». Su preocupación central ahora, era que la situación en Quito seguiría empeorando, por lo que era imprescindible organizar un «ejército digno de Boyacá y Carabobo». Como se puede observar, después de Carabobo, sus principales desvelos se orientaban a garantizar estabilidad para Venezuela y Colombia y consolidar su independencia logrando la libertad de Quito. Por eso, nuevamente le exige encarecidamente a Santander que forme un ejército que pueda sostener «el honor de Colombia en el Chimborazo y Cusco», es decir, en Quito y Perú (Bolívar, 1947, pp. 580-582).

Pero va más allá, proclama que ese ejército le debería enseñar el camino a los vencedores de Maipú y Libertadores del Perú manifestando su voluntad de encontrarse con el general San Martín para alcanzar unidos la libertad de la América meridional. Se aventura incluso a decir que podría aportar al objetivo de dar paz al Río de la Plata inmerso en confrontaciones intestinas, y dar vida a la lucha en Brasil. Esa carta a Santander del 23 de agosto en la que reflexiona sobre estos temas concluye afirmando que: «Todo es soñar amigo» (*Ibidem*).

Se trataba de hacer realidad estos sueños, a ellos se volcó en cuerpo y alma. Pudiendo haberse quedado en Venezuela a vivir de las muchas glorias ya conquistadas, su pensamiento estratégico lo hizo comprender —como ningún otro, salvo San Martín— que mientras hubiera algún espacio de poder colonial en la región, no se podía dar por concluida la tarea. Y asumió que debía poner su liderazgo y dotes de conductor al servicio de la Patria Grande. Tras Carabobo no se tomó un minuto de descanso, casi de inmediato marchó al sur a consolidar su colosal obra a favor de la independencia y la libertad.

El 24 de agosto le escribe a San Martín para informarle que una vez consolidada la independencia de Venezuela y de alguna manera estabilizada la situación política interna a pesar de que el enemigo todavía ocupaba Puerto Cabello, se aprestaba —en cumplimiento del compromiso que había hecho en Pamplona en 1819— a iniciar la campaña del sur dando su auxilio «a los hijos del sol». Esbozando una planificación para cumplir ese objetivo, le solicita ayuda para el transporte de las tropas por mar, para lo cual le anuncia el envío de su primer edecán coronel Diego Ibarra a fin de coordinarlo, así como hacerle saber sus ideas de cara al diseño de un plan de operaciones conjunto.

A este efecto visualiza la importancia de conquistar Panamá, con el objetivo de que las tropas trasladadas desde Venezuela al istmo, una vez atravesado este, pudieran embarcar en el Pacífico para ser llevados a Perú. Planea también enviar una división desde Buenaventura en Cundinamarca hacia Guayaquil. En este sentido le solicita el apoyo con fusiles para completar el armamento de las tropas que serán enviadas al sur, que según su cálculo podrían llegar a ser entre diez y doce mil combatientes (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983).

En el contexto se aboca a los preparativos de las acciones sobre Panamá que está organizado desde Maracaibo donde había llegado el 28 de agosto. Ordena embarcar un contingente militar «con el mayor secreto sobre el destino de estas tropas» desde la Vela de Coro hacia Santa Marta a donde se dirigiría él, el 17 de septiembre para —en un primer momento— ocupar Cartagena como paso previo para la marcha al sur. Sin embargo, al ser informado por el Congreso reunido en Cúcuta que había sido elegido presidente de la República, debió cambiar sus planes a fin de presentarse ante el Congreso. No obstante, en el interés de que los propósitos no pudieran ser alterados por su ausencia, ordenó al subjefe

del Estado Mayor, coronel Bartolomé Salom, que en coordinación con el general Mariano Montilla diera continuidad al plan establecido.

Este incluía la invasión y ocupación de Panamá para liberar la provincia, en caso de que esto no se pudiera lograr, realizar operaciones que, aunque fueran más lentas, aseguraran la obtención del objetivo a través de la insurrección de todo el país cortando la comunicación entre la ciudad de Panamá en el Pacífico y Portobelo en el Caribe. A continuación atravesar el istmo y ocupar un puerto para que sirviera de punto de partida para el envío de los refuerzos al sur. Así mismo, el plan proponía proteger y apoyar las insurrecciones que se produjeran en México, salvaguardando a las provincias que se liberaran, pero sin realizar acciones ofensivas. (*Ibidem*).

En el intertanto sigue con suma atención las negociaciones entre San Martín y el general español La Serna quienes habrían concluido un armisticio por dieciséis meses similar al que unos meses antes él había firmado con el general Pablo Morillo. Sin tener plena certeza del contenido del acuerdo, manifiesta su preocupación porque uno de los puntos establece que España enviaría un príncipe de la casa reinante para instalar una monarquía en el Perú. Ante esto le escribe a Diego Ibarra, quien se encuentra en Perú, para que intente hacer desistir a San Martín de tal idea por las repercusiones que ella podría tener. Con precisión le dice a Ibarra que utilice la persuasión para que San Martín comprenda que ello sería un error:

> …por el escándalo que causará esto en todas las repúblicas establecidas en nuestro continente; por las nuevas divisiones que producirá en su ejército y en el país la proclamación de los principios monárquicos después de haberse todos pronunciado por los republicanos; por el aliento que esto inspiraría a los españoles para continuar la guerra en todos los Estados

> Insurrectos […] y últimamente por el peligro que hay de que halle aquí la Europa un pretexto para mezclarse en nuestras disensiones con la España, y trate de decidirla a imponernos la ley de la arbitrariedad del trono y su absoluto poder sobre el pueblo. (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983, pp. 230-231)

Le instruye a Ibarra en el sentido de que si a pesar de hacerle saber a San Martín todo lo anterior, no lo disuade, debe protestar de forma terminante y reafirmar que Colombia no comparte tal idea que atenta contra las instituciones republicanas y contra los deseos de los pueblos por su libertad. Todo ello le persuade de que debe acelerar los preparativos de la campaña al sur.

Los últimos días de septiembre el Libertador se traslada de Maracaibo a Cúcuta donde llega el día 29 en la noche. Había salido de Venezuela, para no regresar en los próximos cinco años. El 3 de octubre se posesiona ente el Congreso ya no como presidente interino de la república sino con pleno mandato. Ante la más alta magistratura del Estado, dice que el juramento que ha prestado era «…un pacto de conciencia que multiplica mis deberes de sumisión a la ley y a la patria» (Bolívar, 1947b, p. 1178). Al día siguiente, como expresión de la fragilidad sobre la que se está construyendo la institucionalidad republicana, y con el trasfondo de las facciones que comienzan a emerger en torno al poder, dirige una comunicación al presidente del Congreso informando que por encontrarse en los prolegómenos de su marcha sobre Quito, entregará sus funciones al vicepresidente de Colombia, pero al mismo tiempo solicita al Congreso que se precisen sus atribuciones como presidente de la república en el marco de la campaña militar y si —en estas condiciones— como general en jefe del ejército debe estar subordinado al vicepresidente.

Permanece en Cúcuta hasta el 10, cuando emprende marcha hacia Bogota donde arriba la última semana del

mes. Antes de partir a este viaje, envía una misiva al general Agustín de Iturbide, a quien felicita por la independencia de su país consumada el mes anterior, haciendo así mismo una alta valoración de las virtudes del pueblo mexicano. De igual manera, le anuncia que Miguel Santa María, nativo de Veracruz pero al servicio de Colombia donde había sido elegido diputado en el reciente Congreso, había sido designado como embajador de Colombia ante el nuevo gobierno mexicano, finaliza diciendo que Colombia y México se deben presentar al mundo «asidas de la mano, y aún más por el corazón» toda vez que «En la desgracia la suerte nos unió, el valor nos ha unido en los designios, y la naturaleza nos dio un mismo ser para que fuésemos hermanos» (Bolívar, 1947, pp. 598-599).

Solo estuvo en Bogotá hasta el 12 de diciembre, la marcha al sur llenaba la inquietud y el desvelo de esos días finales del año. Así lo hace saber en toda su correspondencia de la época en la que gira instrucciones e imparte órdenes con la convicción de que estaba tomando decisiones de carácter determinante para el futuro de la independencia, ya no solo de Colombia, sino de toda la América meridional. No olvida el asunto pendiente de Panamá. Le escribe al general Mariano Montilla el 30 de octubre para encargarle de forma encomiable que concluya lo más pronto posible con la libertad del istmo.

Pocos días antes de partir de Bogotá, el 20 de noviembre, le dirige una misiva al general Sucre, quien se encontraba en Ecuador desde abril al frente de un ejército que en nombre de Colombia garantizaba la protección de la provincia cuya junta de gobierno reivindicaba su soberanía respecto de cualquier poder extranjero. En la comunicación, Bolívar le daba vía libre para que organizara las operaciones militares sobre Quito, a fin de impedir que las fuerzas realistas acantonadas en esa ciudad pudieran actuar hacia el norte en dirección a

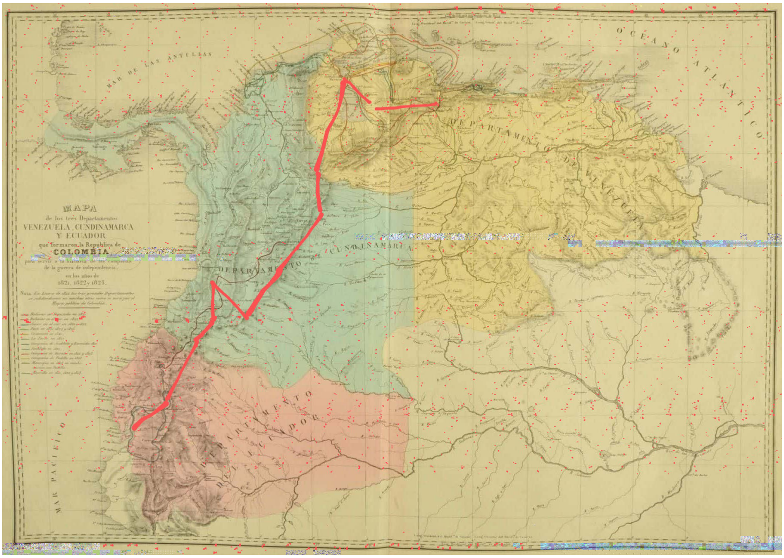
Pasto, desde donde las fuerzas a su mando irrumpirían en Ecuador.

El 22 de noviembre le escribe una larga carta al vicepresidente de Venezuela, Carlos Soublette, en el que le manifiesta su preocupación por el giro que están tomando los acontecimientos en México toda vez que el establecimiento de una monarquía en ese país lo llevará a mantener una buena relación con la corona española, lo cual no puede significar menos que un peligro para Colombia. Considera que la principal arma que se puede blandir es la de la unidad, por lo que exhorta a Soublette a dar a conocer esta idea al pueblo de Venezuela a fin de que conozca los peligros a que están expuestos, respondiendo con unidad y lealtad al gobierno, so pena de regresar a ser subordinados de un poder extranjero. Insiste en la idea de que solo la unión es el insuperable remedio para evitar ese mal (Bolívar, 1947).

Los primeros días de diciembre fueron de intensa preparación de la expedición. El día 3 le gira instrucciones al general Pedro León Torres, quien comandaba una división acantonada en Popayán para que organice dos batallones de mil hombres cada uno, a quienes se les deben garantizar todos los aprestos logísticos y el entrenamiento necesario para conformar el contingente que acompañará el traslado del Libertador al sur. Así mismo, envía instrucciones a los coroneles Lara y Salom a fin de que, tan pronto arriben a Bogotá, conduzcan esa tropa en la misma dirección.

Inicia la marcha hacia las regiones meridionales el 13 de diciembre. El objetivo: ponerse directamente al mando del Ejército del Sur a fin de liberar Quito. Como se dijo antes, elige la ruta del Huila y el paso de la cordillera a través del Cauca para después girar hacia el norte en dirección a Cali en vez de la vía más directa desde Bogotá hacia el oeste. Aunque parezca contradictoria, esta decisión vital, que

significaba mayor cansancio para las tropas y necesidad de desplegar una logística más costosa, fue pensada con mucha anterioridad. En una comunicación del 8 de febrero de 1820, más de un año antes de Carabobo, Bolívar vislumbrando la campaña al sur, le ordenaba a Santander que se completara un batallón de ingleses con el de Neiva[1] «pues estos hombres, por allá, son como venezolanos por acá» (Bolívar, 1947, p. 413-414), aludiendo de esa manera a la prestancia para el combate de esos soldados.



Mapa 2. Departamentos que conformaron la República de Colombia: Venezuela, Cundinamarca y Quito, con la ruta de Bolívar desde Carabobo hasta Guayaquil.
Fuente: https://www.amazon.com/Historic-Map-Colombia-Venezuela-Cundinamarca/dp/B08D2MGGZB?th=1

Desde la liberación de Nueva Granada, Bolívar había estado generando instrucciones a fin de transformar el país en una gran industria de vituallas y en abastecedor de alimentos

1 Capital de la provincia de Neiva, hoy departamento del Huila

para sostener el esfuerzo bélico y darles a los combatientes mejores condiciones para la batalla: vestuarios, zapatos, carne, armamento, municiones, hospitales de campaña, caballos, entre otros insumos. Estos aseguramientos logísticos configuraban el gran movimiento que confluía en el sostenimiento de una economía de guerra. Bolívar ordenó que todo ese aparato se pusiera en función de la marcha hacia el sur.

Ahora necesitaba reunir a todas las divisiones y concentrar el aseguramiento logístico que se enviaba desde los diferentes rincones de la república. Para ello, en la cercanía de Caloto, Cauca, en la colonial hacienda de Japio, Bolívar instaló su cuartel general, que además de esta ocasión, en el futuro sería ocupada otras cinco veces para tal objetivo (Alcaldía de Caloto, s.f.). He ahí la explicación del largo rodeo para llegar a Cali. De otra parte, necesitaba ir a la capital del Valle del Cauca, única vía terrestre para trasladarse al puerto de Buenaventura e inspeccionar de forma directa el traslado de tropas desde Panamá al sur. Así, en su ruta a Quito desde Bogotá, el Libertador se desplazó a lo largo del valle del Magdalena cruzando la Cordillera Central por La Plata, en el Huila hasta el Páramo de las Moras en el Cauca, para después volver hacia el norte en dirección a Cali.

En el transcurso del difícil traslado por las montañas de Cundinamarca, no deja de estar comunicado con los líderes políticos y militares de Colombia. Le insiste a Santander en la necesidad de capturar Panamá a más tardar en enero. El 21 de diciembre desde La Plata, contrariado le envía una comunicación al general Sucre en la que desaprueba un armisticio que había firmado este con el coronel español Carlos Tolrá en Babahoyo el 20 de noviembre y le ordena que «no debe observarlo ni cumplirlo pues no es obligatorio ningún tratado sin la ratificación del gobierno» (Bolívar, 1947). Así mismo, le explica que dicho armisticio es dañino porque paraliza la

operatividad de las fuerzas a su mando que deben actuar a favor de la libertad de Quito. Le reitera que esa es su única misión y que para su cumplimento tiene libertad de acción.

Aprovecha para informarle que ha enviado a dos comisionados a Quito a fin de buscar una entrevista con las autoridades españolas para darle a conocer que la situación en toda Iberoamérica está siendo cada vez más favorable a la república, por lo que les ofrece una capitulación honrosa en caso que la soliciten.

No obstante esta instrucción, Sucre opinó que el armisticio era necesario para reponer fuerzas tras la derrota sufrida el 12 de septiembre en la batalla de Huachi, en la que incluso estuvo a punto de ser capturado por las tropas realistas al haberse extraviado en medio del fragor del combate. Esta derrota complicó el escenario de la guerra, toda vez que las tropas patriotas que se encontraban en las inmediaciones de Quito prestas al ataque de la ciudad tuvieron que desistir de tal intención. No obstante, las bajas en el bando español también fueron cuantiosas, por lo que tuvo que retirarse a Quito. De ahí la decisión de Sucre de formar este armisticio transitorio con el coronel Tolrá (Hoyos Galarza & Avilés Pino, 2008).

El 2 de enero de 1822, ya desde Cali, le escribe a José Joaquín de Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil, exigiendo una definición de la situación política de la provincia. Ante la próxima entrada de Bolívar a la ciudad con sus tropas, era imperativo saber si lo haría al mando de un ejército extranjero que acude a la ayuda de un aliado o de una fuerza militar que está asumiendo su responsabilidad en la salvaguarda de la integridad de un territorio bajo su soberanía. (Bolívar, 1947).

Desde Cali también le dirige dos comunicaciones a Sucre donde le informa que ha llegado a esta ciudad con la mira

puesta en la libertad de la región meridional de Colombia, para lo cual sigue haciendo todos los aprestos organizativos y los traslados de tropas a fin de consolidar la independencia de Guayaquil, a donde espera dirigirse en febrero.

El 7 de enero, por intermedio de su secretario general, José Gabriel Pérez, Bolívar envía un extenso reporte al secretario de Guerra, Pedro Briceño Méndez, en el que le informa del desarrollo de los acontecimientos vinculados a los preparativos de las operaciones en Quito. En dicho mensaje le da a conocer que se ha visto obligado a cambiar sus planes originales por la presencia de buques de guerra enemigos que impiden el traslado de tropas hasta Guayaquil, lo cual hizo forzoso el traslado de los combatientes por vía terrestre, ordenando que los batallones concentrados en Caloto se dirijan directamente a Popayán, con todas las consecuencias que ello tiene, dada la existencia de caminos muy deteriorados a lo largo de Patía y Pasto, ruta imperativa en las nuevas condiciones.

Además de ello, se agregaban a las dificultades, un clima «mortífero», según señala el informe, y una fuerte resistencia de los pastusos que desafiaban a la república manteniendo su lealtad a la monarquía. No obstante los obstáculos, el Libertador espera congregar un ejército de hasta seis mil hombres, para lo cual —una vez más— solicita el apoyo de las otras provincias a fin de cumplir la misión (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983).

Polanco Alcántara (2000) opina que superar los problemas que la situación planteaba durante este primer semestre de 1822, se constituyó en una verdadera proeza para Bolívar, sobre la consideración de que fue una de las «épocas que mayores dificultades de toda índole tuvo…» (pp. 439-440) obligado a irse adaptando a circunstancias que variaban permanentemente, falto de información y un desgaste creciente de

las tropas por infames condiciones de vida. Además, debía resolver un gran dilema que tendría repercusiones estratégicas en la definición del conflicto: enviar las tropas por mar, con todos los riesgos que ello significaba dada la presencia de navíos de guerra españoles en la región, o dirigirse por tierra desde Pasto hacia Quito.

En el interés de hacer un último intento de atravesar Pasto sin combatir, el 17 de enero les dirige una proclama a los «colombianos del sur». Le dice a los pastusos que a pesar de la sangre, el llanto y las cadenas que ha costado liberar esa región, Colombia no alberga sentimientos negativos para sus hijos a quienes considera inocentes de cualquier culpa. Le solicita que entiendan que su ejército es para la defensa y protección de sus intereses. A los quiteños les pide confianza en que el ejército acudirá con prontitud a luchar hasta obtener la victoria (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983).

En su aproximación al lugar donde esperaba se desarrollaran las batallas decisivas y definitivas por la libertad de Colombia, el ejército del Sur con Bolívar al mando arriba a Popayán el 27 de enero, donde continúa el proceso de preparación y avituallamiento de las tropas. Se queja a sus subalternos porque no le proporcionan suficiente información acerca de los acontecimientos que están ocurriendo en Europa e incluso en el norte de Colombia.

El día 29 acusa recibo de la proclamación de independencia de Panamá que había concluido el 28 de noviembre del año anterior tras las acciones que se habían iniciado el 10 del mismo mes. La emancipación de Panamá se produjo como un movimiento continuo tras la decisión de varias ciudades y villas. Dos meses después, la noticia fue recibida como aire fresco para el Libertador en la preparación de las batallas para la independencia de Quito.

Bolívar siempre pensó que el istmo sería como la bisagra necesaria para unir el norte y el sur del continente en pos de la independencia y como centro del futuro desarrollo político de las nuevas repúblicas. En este sentido, se comunica con José de Fábrega, gobernador, comandante general de Panamá, el 1.º de febrero y le confiesa su felicidad por la independencia de Panamá a la que denomina «el centro del universo». Manifiesta que el acta de independencia de Panamá «es el monumento más glorioso que puede ofrecer a la historia ninguna provincia americana. Todo está allí consultado, justicia, generosidad, política e interés general» (Bolívar, 1947, pp. 626-627).

En estos días su esfuerzo principal está orientado a tratar de llegar a acuerdos de armisticio que eviten nuevos destrozos y derramamiento de sangre entre los contendientes. En ese ánimo le escribe al general español Juan de la Cruz Mourgeon, capitán general y presidente de Quito, derrochando un profundo espíritu de paz e incluso de reconciliación con España.

En medio de la impotencia del Libertador por no poder resolver el problema del trasporte de las tropas desde el norte hacia Ecuador, el 12 de febrero le imparte instrucciones al gobernador del Chocó para que se aboque a la construcción de un canal que una el mar Caribe con el océano Pacífico, adelantándose de esa manera en casi cien años a la obra del canal de Panamá. Bolívar pensaba que ambos océanos se podían unir a través de una vía que se debía construir entre el río Atrato que discurre por el oeste de la cordillera occidental y desemboca en el golfo de Urabá, en el mar Caribe y el río San Juan que desemboca en el océano Pacífico a unos sesenta kilómetros al noroeste de Buenaventura. En un lugar del trayecto, ubicado a unos veinte kilómetros al sur de Quibdó, transcurren ambos ríos a una distancia de alrededor de tres

millas (unos cinco kilómetros) entre ellos, que son los que según el Libertador debían ser seccionados. Para ello ordena adquirir en Jamaica «los instrumentos necesarios para esa operación, los que se pagarán por cuenta del gobierno…» (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983, p. 283).

En el intertanto, proseguían los aprestos de campaña. A medidados de febrero, Bolívar se ve obligado a modificar nuevamente su plan (por cuarta vez) al constatar que sería definitivamente imposible trasladar las tropas por mar, por lo que hace los estudios y cálculos necesarios para hacerlo por tierra. Este nuevo plan suma dificultades, sobre todo aquellas motivadas en la posibilidad de que se produzcan encuentros no deseados con el enemigo que debiliten el contingente, haciendo que llegue con las fuerzas mermadas a Quito. En una comunicación que el secretario José Gabriel Pérez envía el 17 de febrero al secretario de Guerra le dice que en esta situación se avanzará como está acostumbrado Bolívar, es decir, «a otra nueva aventura, como la de Boyacá, pero en un país horriblemente enemigo, y que debemos atraernos, por cuantos medios estén en nuestro poder» (*Ibidem*, p. 285).

Es así que toma una arriesgada decisión al instruir al general Valdés que marche hacia Pasto a fin de esperar ahí al Libertador y las tropas bajo su mando. Desde el punto de vista estrictamente militar esta disposición podría considerarse suicida dada la concentración de tropas españolas en la región, pero el Libertador estima que sería peor mantenerse en Popayán inactivo en las paupérrimas condiciones en que se encuentra, lo que solo puede causar hambre y enfermedades, que en la práctica significa tener que sostener un ejército que no combate. En comunicación a Santander establece un paralelo con la decisión de encarar el paso de la cordillera por el Páramo de Pisba previo a la batalla de Boyacá cuando los españoles fueron sorprendidos al no esperar que hiciera

esa marcha por tal lugar. La lista de problemas que enumera en dicha carta haría que cualquier mortal desistiera de emprender la misión que se había propuesto. Solo su tesón y perseverancia le permitían superar las dificultades que como una tromba lo acosaban día a día y lo llevaban a transformar los peligros y obstáculos en gestas victoriosas.

Al día siguiente, día 18 del segundo mes del año, una vez más, en la búsqueda de evitar que continúe el derramamiento de sangre en una guerra que ya está prácticamente ganada, el Libertador se dirige a Melchor de Aymerich, jefe político superior de los españoles en Quito, a fin de conminarlo a firmar un armisticio de cese de las hostilidades, toda vez que sería muy difícil que el ejército realista pueda confrontar exitosamente la concentración de tropas patriotas que se están organizando para liberar Quito. En la misiva le da a conocer que tanto en España como en buena parte de América se hacen arreglos para poner fin a la confrontación. Le ofrece garantías en el caso de firmar la capitulación, el traslado de las tropas que deseen regresar a España y la inmunidad a los españoles que quieran quedarse en Colombia de acordar pacíficamente la entrega de los territorios y provincias que pasarán a formar parte de la república (Bolívar, 1947).

Coincidiendo con la apreciación de Polanco Alcántara, Acosta Saignes opina que los mismos problemas confrontados en Venezuela eran peores en Ecuador, Perú y Bolivia, considera que esta etapa fue de tantos sufrimientos como la anterior y con mayores dificultades (Acosta Saignes, 1983).

El enemigo se había hecho fuerte en un territorio que abarcaba desde Quito por el sur hasta Pasto por el norte, caracterizado por una geografía quebrada y montañosa que facilitaba la labor de pequeñas partidas guerrilleras que acosaban al ejército patriota, el clima tampoco favorecía la acción del ejército libertador del sur no acostumbrado a tales

vicisitudes. Las bajas eran continuas al tiempo que las tácticas combativas ideadas para sortear tales obstáculos no parecían rendir frutos. En tal contingencia, Bolívar se decidió por una acción frontal que significaba —una vez más— grandes riesgos, pero de la misma manera, podría abrirle definitivamente el paso hacia las regiones meridionales de Colombia (Liévano Aguirre, 1988).

El 7 de marzo, Bolívar decide iniciar nuevamente el desplazamiento, se apresura a hacerlo porque las deserciones son masivas y los soldados enfermos aumentan todos los días. Como ocurre con cualquier ejército, el ocio deriva en problemas de todo tipo. Al día siguiente se inicia la marcha en dirección a Pasto, a lo largo del recorrido va dejando una larga lista de hospitales con enfermos, no obstante, decide rodear la ciudad ordenando a los coroneles Lara y Córdoba, que marchaban detrás con las divisiones que se habían logrado conformar en Bogotá y Panamá para atacar Pasto y después continuar la marcha al sur al encuentro de sus tropas.

Actuando en territorio enemigo y sabiendo que su paso no necesariamente significa que el mismo está siendo liberado, se propone no detener el movimiento a pesar que se producen encuentros casi diarios con partidas guerrilleras a servicio de la monarquía. Solo con el ingenio militar, la destreza táctica y el valor de los soldados, el ejército patriota va siendo capaz de superar los escollos que van concibiendo los españoles día a día para impedir el avance. La brillante decisión del Libertador, genial a la vista de los años, fue acometer al enemigo sin pausas hasta sacarlo del territorio que dominan y llevarlo a uno más propicio en el que planea desarrollar la batalla que le proporcione una victoria contundente. Esto ocurre el 7 de abril en las cercanías de Bomboná, cerca del volcán Galeras a unos diez kilómetros al suroeste de Pasto. Al arengar a las tropas, el Libertador les dijo «no debemos

permanecer aquí, ni podemos retroceder. Tenemos que vencer y venceremos» (Porras Molina, 2018). El combate fue de una fiereza sin igual, las bajas patriotas superaron con creces la de los españoles, pero se logró la conquista del territorio, dándole un gran respiro a las fuerzas al mando del general Sucre que estaban acosadas y bajo peligro. Así, el hijo de Cumaná pudo restablecer sus tropas, reorganizarse y preparar un combate que se vislumbraba como decisivo para la independencia de Quito.

Aunque la victoria fue para los patriotas, ambos ejércitos quedaron bastante maltrechos, por lo que Bolívar y el jefe español Basilio García acuerdan un armisticio por cuatro días. Con ello, el ejército patriota se propone recuperar fuerzas y organización para continuar la ofensiva hacia el sur, y el español, organizarse también para batir y destruir al ejército al mando de Bolívar al que consideran debilitado. Si no lo hacen de inmediato es porque han constado que se enfrentan a hombres de extraordinaria valentía y férrea disciplina. No obstante a eso, Bolívar decide retroceder dadas las condiciones adversas que aún existen en el territorio de los combates y la implacable resistencia de los pastusos a favor del ejército realista (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983).

Después de Bomboná, Bolívar se repliega en la profundidad del territorio siempre bajo el asedio de las guerrillas enemigas hasta que establece campamento en el Trapiche a unos ciento veinte kilómetros al norte de Pasto a mediados de mayo. Las próximas semanas serán de descanso, recuperación y reorganización. A partir del día 16 comienza a recibir refuerzos. El 22 recibe comunicación del general Sucre, quien le informa que ha ocupado Cuenca y se prepara para tomar Quito.

En estas condiciones, el día 23 le escribe al coronel Basilio García para darle un ultimátum ofreciéndole por última

vez una capitulación «honrosa, útil y agradable» que evite al pueblo de Pasto y a su guarnición los horrores de la guerra o «que se preparen para vencer o morir». La tozudez de García y de los pastusos tuvo que ser reconsiderada tras el aplastante triunfo obtenido el 24 de mayo por los patriotas al mando de Sucre en Pichincha. En carta del 30 de mayo a Bolívar, el militar realista, sabedor ya de la victoria de Sucre ante Aymerich que completó la independencia de Quito, aceptó las condiciones de capitulación que le había ofrecido el Libertador.

Entrado el mes de junio y sin haberse movido de El Trapiche, Bolívar se prepara para dar por concluida la guerra en Colombia con la total liberación de su territorio. El día 5 recibe a dos comisionados enviados por García con quien acuerda los términos de la capitulación. Ese mismo día dirige una proclama a las tropas españolas y a los pastusos en la que les da a conocer que la guerra ha finalizado en Colombia. Les reconoce su valor y constancia y les ofrece su amistad. A los realistas les da la posibilidad de decidir si quieren seguir siendo españoles o se acogen a la ciudadanía colombiana. El 6 de junio inicia la marcha hacia Pasto ante la súplica de García, quien le solicita que apresure su desplazamiento hacia la ciudad, toda vez que los pastusos quieren continuar la guerra y están siendo difícilmente contenidos.

Vale hacer un paréntesis para resaltar las enormes cualidades morales del Libertador y su fuerte sentido humanitario. En medio de las difíciles condiciones que enfrentaba en esta campaña, se daba tiempo para preocuparse por la suerte de los familiares de los oficiales caídos en la guerra. Así, en sendas cartas enviadas a Santander el 6 de noviembre, el 10 y 14 de diciembre de 1821, así como el 3 de junio de 1822, Bolívar le ordena que extraiga de los treinta mil pesos de su sueldo, mil pesos anuales a Francisca Prieto, viuda del presidente Camilo Torres; veinte pesos a las viudas del general

y presidente Custodio García Rovira y del vicepresidente interino Luis Eduardo Azuola; a la madre del coronel Luciano D'Elhuyar la misma pensión que gozaba hasta ese momento, a la venerable heroína Genoveva Ricaurte veinticinco pesos, y a la viuda del coronel y presidente Antonio Villavicencio, doscientos pesos anuales. Así mismo, a la señora Josefa Baraya, viuda del fervoroso patriota Pantaleón Sanz de Santamaría una pensión mensual correspondiente a cuatrocientos pesos anuales y a los hermanos del general José Antonio Anzoátegui, héroe de la batalla de Boyacá, la cantidad de treinta pesos mensuales, para que «vivan con la decencia correspondiente a los hermanos de un tan digno general» (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983, p. 304).

El 8 de junio, Bolívar parte hacia Pasto con su Estado Mayor y una división de vanguardia. Antes de arribar a la ciudad, recibe la formal rendición de García. El Libertador reconoce el honor, el valor y la hidalguía del coronel español y le concede el privilegio de seguir portando su espada y su bastón de mando[2]. Al hacer su entrada a la rebelde localidad, recibe honores por parte de las tropas españolas en perfecta formación, mientras los pastusos que se habían congregado amenazadoramente, cesan su actitud ante la imponente compostura castrense de los soldados patriotas. A continuación dirige una proclama a los colombianos en la que les da a

2 El 22 de julio de 1822, en lo que fue la última comunicación entre Bolívar y el general español Pablo Morillo cuando este se encontraba en España, el Libertador, en un acto que es expresión de su caballerosidad y honor, le escribe a quien había sido su principal enemigo en la guerra de independencia a fin de reconocer que el coronel Basilio García había tenido un distinguido servicio militar. El Libertador encomia las virtudes militares y la audacia del coronel que había resistido en inferioridad de condiciones las diferentes acometidas del ejército patriota hasta que se vio obligado a capitular tras ser derrotado por Bolívar en Bomboná. Le reconoce también un cumplimiento estricto de los acuerdos de regularización de la guerra, por lo que le expone a Morillo que este oficial ha hecho honor a su ejército (Rodríguez Gelfenstein, 2020).

conocer que toda la patria es libre, toda vez que las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra. Anuncia que «Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia….» (Bolívar, 1947b, p. 1183).



Mapa 3. República de Colombia, 1897.
Fuente: https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll13/id/215

El mismo día, el secretario José Gabriel Pérez informa la situación al secretario de guerra, y durante la siguiente jornada el mismo Libertador le hace a Santander una pormenorizada descripción de los hechos recientes, en la que señala la obstinada resistencia de los pastusos, el agradecimiento al coronel Basilio García y al obispo de Pasto por evitar muertes innecesarias al capitular. En este sentido, dadas las circunstancias, le concede mayor importancia a la victoria de Bomboná que a la de Pichincha. Anuncia su marcha hacia Quito, donde Sucre quedará a cargo, mientras él se dirige al sur a su encuentro con San Martín para ayudar en la pacificación de esa nueva república (Bolívar, 1947).

El 10 de junio Bolívar sale del Departamento de Cundinamarca y entra al de Quito, arribando el día 16 a la ciudad que lo recibe con sus mejores galas. La población lo «corona» con una aureola de laureles artificiales, que él se quita para ponérselo a Sucre al mismo tiempo que exclama: «Esta corona corresponde al vencedor de Pichincha» (Puyo Vasco & Gutiérrez Cely, 1983, p. 313). Esa misma tarde junto a Sucre hace arreglos para oficializar la incorporación a Colombia de las últimas provincias liberadas. Ese día también, conoce a Manuelita Sáenz, quien habría de tener influencia decisiva en su vida.

El 17 de junio, inicia su primera jornada de trabajo en Quito escribiéndole a san Martín para informarle que la guerra en Colombia había finalizado y que estaba pronto a marchar en apoyo de sus hermanos del Sur a quien prefiere llamar «amigos y hermanos de armas».

Una vez consumada la independencia de Quito, la nueva inquietud del Libertador era concretar la incorporación de Guayaquil a Colombia. La ciudad todavía no tomaba una decisión al respecto. Consideraba que la indecisión de Guayaquil podía tener graves repercusiones en la tenue estabilidad que se había logrado. Piensa que si se fuerza su incorporación a Colombia podría conducir a una confrontación con Perú que también aspiraba incorporar a la ciudad e importante puerto comercial. Pero también le producía desasosiego que tal incertidumbre pudiera estimular a los pastusos a retomar sus acciones de resistencia al gobierno nacional. Paradójicamente, no eran las huestes españolas las que le producían la mayor zozobra en estos días.

En este contexto, decide, por una parte estrechar las relaciones con el Perú y su ejército, una de cuyas divisiones había colaborado con la independencia de Quito teniendo destacada participación en la batalla de Pichincha. Pero, por

otra, entiende que debe ir a Guayaquil a la brevedad para forjar una definición del status de la ciudad. En ese marco, opina que hay que fortalecer a Quito como centro del país a fin de que Guayaquil ejerza una menor influencia en las provincias rebeldes. Por esta razón asciende a Sucre a general de división y lo nombra intendente y comandante del Departamento del Sur con capital en Quito. Entiende además que la situación que ha observado lo obligará a permanecer por mucho tiempo en el sur.

En una nueva misiva a San Martín el 22 de junio en la que le dice que coincide con él en que hay que dejar que el pueblo de Guayaquil tome una decisión respecto de su status político, pero que a él le preocupa tal indefinición de la Junta de Guayaquil que no expresa la voluntad del pueblo. Por esta razón, le informa que el ejército de Colombia no sería puesto a favor de facciones o grupos sino de «resaltar los derechos del pueblo» y asegurar la integridad del territorio de Colombia. No le parece correcto que la tozudez de un sector de una pequeña provincia pudiera conducir a una confrontación entre los ejércitos de Colombia y el Perú (Bolívar, 1947, pp. 649-650).

Su voluntad es consultarle al pueblo de Guayaquil y supeditar el beneficio de esa provincia a los superiores intereses de la independencia de toda la América meridional. Finaliza confirmando su decisión de aceptar la invitación que le hiciera el general rioplatense para reunirse y zanjar de una vez por todas las diferencias respecto del futuro de Guayaquil.

Después de emitir un decreto en el que toma decisiones respecto al funcionamiento político y económico de Esmeraldas, con exenciones importantes a fin de evitar su aislamiento y fortalecer un comercio que propicie el mejoramiento de sus comunicaciones con los otros centros urbanos de la república, parte en dirección a Guayaquil, donde arriba

el 11 de julio encontrando una gran agitación que manifiesta la división de los diferentes sectores políticos: unos partidarios de la incorporación a Colombia, otros a Perú y el grupo menor que propugnaba la autonomía.

Al reunirse con la Junta de Gobierno y ante el discurso del secretario de esa instancia proclive a la incorporación a Colombia Bolívar responde aceptando la idea, se produce el abandono del recinto por parte de la Junta en protesta por tal manifestación que consideraron que no expresaba la neutralidad que esperaban. Ante la situación creada, el Libertador, considerando que había cometido un error, ordena a uno de sus edecanes ir a dar una explicación a José Joaquín de Olmedo, presidente de la Junta en atención no a su cargo, sino a su genio «que yo respeto», según hizo saber el presidente de Colombia.

Al día siguiente, recibe innumerables comunicaciones con la firma de ciudadanos que le solicitaban la incorporación de la ciudad a Colombia. Así mismo, un grupo multitudinario se reúne en la Casa de Gobierno para izar la bandera de Colombia. Pero Bolívar desea que el procedimiento se haga en términos legales, por lo que se propone esperar hasta el día 28 cuando se habrán de producir las elecciones. Por ello ordena arriar la bandera colombiana, pero en tres ocasiones consecutivas los ciudadanos la vuelven a colocar en su pedestal creando una situación de mucha tensión, por lo que hace un llamando a la calma y la prudencia. Ante la decisión popular de izar por cuarta vez la bandera, le ofrece a Guayaquil la protección de Colombia hasta tanto tome una decisión respecto de su futuro político. Todo ello lo manifiesta públicamente a través de una proclama que dirige a los guayaquileños el 13 de julio.

Ese mismo día le notifica a la Junta de Gobierno de Guayaquil que ha decidido asumir la protección del pueblo,

sin que ello menoscabe su voluntad de respetar la decisión que este tome. Como respuesta, los miembros de la Junta adversos a Bolívar y a Colombia abandonan la ciudad, solicitando asilo en los buques peruanos anclados en las cercanías del puerto, generando una situación de extrema tensión por la inminente llegada de San Martín en esas condiciones. No obstante eso, gira instrucciones al coronel Luis Urdaneta para que conduzca dos batallones a Perú a fin de dar apoyo a los esfuerzos por lograr la completa independencia de ese país.

Pasados los días, retornó una calma nerviosa a la ciudad, sin haber hecho necesario el uso de la fuerza para mantener el orden, no obstante, vale decir que la presencia del poderoso ejército colombiano sirvió como elemento aleccionador para evitar situaciones desagradables que incoaran un conflicto de dimensiones incalculables. Bolívar mantiene su decisión de respetar la voluntad del pueblo, pero asegura que sea cual fuere el resultado de las elecciones del día 28, él se asegurará que la frontera sur de Colombia no quede abierta a incursiones realistas y que tampoco permitirá que se desate una guerra civil por meros intereses localistas de grupos minoritarios.

En estas condiciones, el día 23 le escribe a San Martín para informarle que tenía noticias de que por fin las cortes españolas se habían avenido a pactar con los gobiernos de las nuevas repúblicas americanas. En el contexto, le adelanta la idea de que a fin de obtener un mayor provecho de esas negociaciones, cree que los representantes de las repúblicas americanas deben negociar en conjunto con España, a fin de darle más fuerza al planteamiento que harán. Así mismo, le reitera su voluntad de ir a Perú para servir a la culminación de su lucha independentista. Le manifiesta que espera debatir personalmente estos aspectos en su próxima reunión.

Así, el 24 de julio, día del cumpleaños 39 de Bolívar, la mesa había quedado servida para el encuentro de los dos grandes Libertadores. Uno de ellos ya estaba sentado. Había que esperar por el otro.

VI. De Valparaíso a Guayaquil. La obstinada perseverancia de San Martín por llevar adelante su proyecto continental

Después de Maipú, las circunstancias obligan a San Martín a involucrarse en la problemática existente por las desavenencias no resueltas en las filas patrióticas. Sin embargo, aunque sin dudar en su apoyo a O'Higgins, le hizo saber que fusilar a Juan José y Luis Carrera era un exceso que no sería bien recibido por el ejército y la población, solicitando —sin éxito— que tal decisión fuera suspendida. El natural rechazo de los carreristas ante el hecho implicaron al general rioplatense privándolo del apoyo y respeto de una parte de la sociedad.

Por otra parte, San Martín fue displicente ante la injusta persecución que hiciera O'Higgins de Manuel Rodríguez y que condujeron a su prisión y al vergonzoso asesinato del guerrillero ordenado por el jefe supremo en un acto que ensombrece su indudable grandeza. Los historiadores no se han puesto de acuerdo en la explicación de estos hechos viles y repudiables. Hay quienes como Orrego Vicuña (1946) lo justifica diciendo que esta acción tuvo su origen en una orden de la Logia Lautarina, exculpando del todo a O'Higgins. Por su parte, Galasso (2000) expone que se debió a las diferencias entre la orientación pro estadounidense de Carrera y a su rechazo a la burguesía comercial bonaerense con la que San

Martín simpatizaba tras su matrimonio con Remedios de Escalada, descendiente de dicha estirpe. Así mismo se expresa una supuesta orientación pro británica de O'Higgins como madre de las contradicciones que concurrieron a un final tan despreciable de la vida de indudables luchadores por la libertad de su patria. Vale decir que en el caso de los Carrera, el odio hacia O'Higgins y San Martín era recíproco. Pero, no hay ninguna prueba de que Manuel Rodríguez hubiera tenido tal sentimiento y menos que lo haya transformado en posición política.

Lo cierto es que, en medio de las celebraciones por la victoria, San Martín se vio inmerso en el desagradable ambiente que emanaba de una sociedad dividida y fragmentada. Todo ello afectaba la idea de dar continuidad a su proyecto continental que tenía como próximo objetivo la libertad del Perú.

En este contexto decide viajar a Buenos Aires a solicitar mayores recursos para llevar adelante sus planes. Le escribió a Pueyrredón para decirle que no quería «bullas ni fandangos» (Rojas, 1940, p. 177). A pesar de ello, San Martín fue reconocido con múltiples distinciones que se hacían eco de su brillante impronta en la campaña de Chile. La noticia no pudo más que causar desasosiego entre los ricos comerciantes del puerto que medraban de los crecientes negocios con empresas inglesas instaladas en la ciudad. Perú no era un objetivo que les interesara a cambio de sus recursos.

El libertador de Chile aprovechó su estancia en Buenos Aires para reunirse con la Logia Lautarina en la que no había consenso respecto a si el Ejército de los Andes debía regresar a Argentina, dejando en Chile el peso de la expedición al Perú o se le daba apoyo a San Martín para continuar con la misma. Tras un agudo y tenso debate en el que San Martín una vez más debió defender su proyecto continental, al punto

de informar de que en caso de no recibir patrocinio, presentaría su renuncia, el cónclave no llegó a ningún acuerdo.

No obstante, y a pesar de que la situación financiera del gobierno era muy penosa, su amigo, el director supremo Juan Martín Pueyrredón le ofreció su apoyo para sufragar la expedición al Perú. Conseguido el objetivo, el 16 de junio, San Martín emprende el regreso. La estadía en Buenos Aires también le sirvió para acompañar a su esposa enferma y estar con su hija que balbuceaba las primeras palabras. Esta vez, al partir, las llevó a ambas, instalándose por un tiempo en Mendoza mientras observaba de cerca y de forma simultánea, la situación tanto en Chile como en Argentina.

Transcurrieron pocas semanas de apacible convivencia familiar a los pies de los Andes, aprovechando para intentar mejorar su quebrantada salud, cuando a fines de agosto una noticia llegada de la capital vino nuevamente a alterar su tranquilidad. Una misiva de Pueyrredón le anunciaba que ante la profundidad de la crisis económica que enfrentaba el gobierno se iba a reducir en un 66 % el monto del auxilio que se había comprometido a enviarle.

La novedad impacta con toda la magnitud de la desventura que significa este nuevo golpe para su proyecto, sabedor además de que la situación en Chile no es mejor. En una carta privada que por otra vía le hizo llegar el director supremo, le daba luces respecto del insondable espectro por el que atravesaba el país en cuanto a su estado financiero y le confesaba su amargura y desesperación.

La respuesta de San Martín tan solo dos días después es reiterar su solicitud de renuncia ahora reforzada con un informe acerca de su precaria situación de salud. En el trasfondo, emergía la contradicción no resuelta entre influyentes líderes rioplatenses que no lograban superar una estrecha mentalidad localista y San Martín, quien respaldado por la

unanimidad de los oficiales de más alto rango del ejército persistían en la necesidad de culminar la guerra en Lima a fin de proporcionarle independencia y libertad a toda la América meridional.

La conmoción que produce la renuncia del más prestigiado general del ejército argentino impacta en amigos y adversarios por igual, unos porque veían paralizado el proyecto que habían abrazado y al que habían entregado su vida y, los otros, por mezquinos y cobardes intereses que calculaban el golpe que el alejamiento de San Martín significaría en el ánimo del ejército en momentos de extrema agresividad de las monarquías europeas que ansiaban recuperar tan rico territorio. Ello tendría indudables repercusiones porque afectaría las pingües ganancias que obtenían del comercio que se realizaba desde el puerto más importante del Atlántico sur.

No menor trascendencia tuvo la renuncia en Chile. Noticias ulteriores daban cuenta de que no era la Logia la que había retirado el respaldo a la ansiada invasión al Perú. En ese contexto, los pormenores del hecho apuntan más a la idea de que el objetivo de San Martín al presentar su dimisión, fue presionar al gobierno para que este a su vez obligara a comerciantes ingleses y porteños a elevar su contribución con la causa de la independencia que en este caso pasaba por la total derrota de España. Nunca estuvo realmente en el ánimo del Libertador abandonar el proyecto que agotaba su esfuerzo y llenaba su espíritu. Pueyrredón se estremeció ante la evidencia del hecho y se obligó a hacer cumplir la palabra empeñada con su amigo, asumiendo la responsabilidad de utilizar cualquier instrumento a su alcance para reunir el monto comprometido.

Así se lo hace saber al general, quien como respuesta descarta su renuncia y hace saber que queda a la espera de recibir el auxilio financiero que permitiría dar continuidad

al proyecto largamente ideado. Empero, la tardanza en la llegada de los recursos y la inexistencia de respuestas a sus encarecidas demandas en este sentido, le señalan a San Martín que Buenos Aires no le haría llegar el auxilio solicitado, peor aún, la situación lo lleva a la terrible constatación de que si quiere dar continuidad a su plan, lo deberá hacer sin contar con la ayuda de su gobierno.

Sus peores admoniciones vinieron a confirmarse en febrero de 1819, cuando el gobierno del Río de la Plata le ordena regresarse junto al ejército argentino que comanda con el argumento de que debía asumir nuevas responsabilidades en la defensa de la república ante una posible invasión española, cuando en realidad, lo que se ocultaba era la ambición de la burguesía porteña de que San Martín se pusiera al frente de la resistencia ante los embates del ejército federalista y popular comandado por José Artigas, así como de las persistentes acciones de gauchos y campesinos denominados montoneras, que asustan a la burguesía comercial porteña que se ve obligada a clamar por la participación del ejército en la defensa de sus intereses. En los mismos días en que en Alemania estaba naciendo Carlos Marx, en el Río de la Plata se exponía la lucha de clases con crudeza avasallante.

Esta situación y la orden recibida, coloca a San Martín en el que posiblemente se transforma en el mayor dilema de su vida: o cumplía con la orden del gobierno y se sumaba a la guerra contra Artigas y las montoneras o persiste en su plan continental de liberación e independencia. No fue fácil tomar una decisión. Si optaba por lo primero abandonaba su proyecto y el sueño que lo había motivado a grandes esfuerzos y sacrificios durante los últimos años. Si le daba continuidad a su plan, podría ser declarado en rebeldía por el gobierno, destituido y despojado de todos sus cargos y hasta ser declarado en desacato.

Resolver tal disyuntiva le llevó varios meses en los que tuvo que actuar como intermediario entre los intereses de Chile y de Argentina, de los comerciante bonaerenses y los gauchos, además debió accionar bajo el influjo siempre presente de la Logia Lautarina que, actuando como partido político en ambos lados de la cordillera, fungía como poder supranacional que definía el desempeño de sus miembros a fin de que conservando el poder que le daba ser gobierno, no abandonaran los intereses supremos que obligaban a luchar por la independencia total de las colonias hispanoamericanas. Para alivio del general, la Logia le dio un respaldo absoluto para que pudiera dar continuidad a su proyecto.

Aunado a ello, si es que se verificaba la opción de retornar a su patria natal, debía decidir acerca de las complicaciones operativas y logísticas que significaba el paso de la cordillera de un ejército de más de cinco mil hombres y su reinserción en la dinámica del Río de la Plata.

Tras recibir el apoyo irrestricto de la parte de la Logia que se encontraba en su país, en la que participaban hombres de las dos nacionalidades, San Martín decide finalizar su política de medición de fuerzas con el gobierno y concreta la insubordinación ante la orden recibida. Diversos factores políticos de orden interno coadyuvaron a que se concretara tan difícil decisión. La misma estuvo también influida por la opinión de sus generales, oficiales y soldados que estaban imbuidos de un alto ideal independentista que el propio general les había inculcado. Las autoridades de Buenos Aires debieron sopesar una deserción masiva de soldados —que ya se había comenzado a producir— y su probable incorporación al ejército libertador con otro nombre y otro jefe en caso de que San Martín fuera destituido, o lo que era peor, que este continuara con su proyecto con otra bandera y subordinado a otro gobierno.

En esta situación, y en condiciones de máxima debilidad de Pueyrredón y del capítulo argentino de la Logia que había sucumbido ante los intereses de comerciantes ingleses y porteños en la capital, en octubre de 1818, San Martín deja a su familia en Mendoza, cruza la cordillera y arriba a Santiago durante los últimos días de ese mes. Había superado otro escollo, pero no sería el último. Nuevos retos y nuevos conflictos habría de enfrentar para la consecución de sus planes. Sabe que no volverá a recibir apoyo del gobierno de su país y centra todas sus expectativas en el auxilio que le pueda proporcionar el de Chile.

En marzo de 1819, O'Higgins designa a San Martín como brigadier general de los Ejércitos de Chile, cargo que acepta como tabla de salvación para su proyecto. Antes, renuncia a seguir siendo jefe del Ejército de los Andes y se lo hace saber al gobierno del Río de la Plata. Esta decisión, en extremo arriesgada, de una parte es expresión de la obstinada determinación de aquel hombre de cumplir los planes que se había trazado, incluso a costa de su propia estabilidad. De otra, manifiesta su espíritu internacionalista al superar pequeñeces asentadas en identidades locales que no dejan ver el ideal más amplio de la independencia de Hispanoamérica.

Esto último exponía una visión de la lucha independentista de la que solo eran portadores grandes próceres como lo fueron Bolívar y San Martín. Su mirada trascendía el mero ámbito local que estaba presente en la mayoría de los líderes de la época. Estos últimos no eran capaces de visualizar la independencia como una necesidad de todos, tampoco podían comprender que mientras España tuviera presencia en América, el futuro de autonomía y la capacidad de tomar decisiones propias por las que varias generaciones habían luchado, no sería realizable.

San Martín estuvo siempre plenamente convencido de la obligatoriedad de concluir la independencia en el Perú,

insuflándole esa idea a sus generales, oficiales y soldados. Como afirma Galasso (2000), San Martín comprendía que: «…él es el jefe de un ejército hispanoamericano, construido para la revolución de la Patria Grande…» (p. 315). Este autor recuerda que el general se caracteriza a sí mismo por ser «sobre todo, del partido americano» (*Ibidem*, p. 316).

Sin embargo, comprendió que debía utilizar su influencia para evitar una guerra civil en su país. Eligió el camino del diálogo. Le escribió al gobernador de Santa Fe, Estanislao López, llamándolo a la unidad para enfrentar a los españoles, caso contrario, pensaba que la división los conduciría a la esclavitud. Con la misma intención se dirige a José Artigas, caudillo de los orientales. Le dice:

> No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos. Pero sean cuales fueren las causas debemos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos, los españoles. Cuando no tengamos enemigos exteriores, sigamos la contienda con las armas en la mano. Mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas. Como éstas no sean a favor de los españoles y su dependencia. (Citado por García Hamilton, 2005, p. 173)

No solo esto, en el marco del creciente conflicto interno que une a las provincias contra la capital, San Martín sostiene nutrida correpondencia con muchos otros líderes, algunos de los cuáles como Juan Bautista Bustos, caudillo de Córdoba en carta dirigida al gobernador de Cuyo le dice cree que el Libertador de Chile debe unirse a las demandas del interior del país para «uniformar a la opinión pública y fije para siempre nuestro destino» (Citado por Galasso, 2000, p. 322)[1]. Sin embargo, nada de esto aparta a San Martín de

1 Carta de Juan B. Bustos a R. Alvarado, del 16 de febrero de 1820, en Joaquín Pérez, «San Martín y Bustos», La Plata, edición del autor, 1951.

su objetivo estratégico: la libertad del Perú y de toda Hispanoamérica, aún sabiendo que no cuenta con el apoyo de la rica clase comercial porteña y sus socios británicos.

En estas condiciones se aboca a la construcción del ejército expedicionario del Perú. En primera instancia, se dedica a consolidar la lealtad de sus subordinados hacia él y hacia el plan que se propone ejecutar. A tal efecto, el 26 de marzo le envía una carta al coronel Juan Gregorio de las Heras en las que da específicas instrucciones para reunir a los principales generales y oficiales del Ejército de los Andes a fin de elegir un nuevo jefe, habida cuenta de que el gobierno de su país ya no puede ejercer autoridad alguna porque la anarquía actual ha hecho que en la práctica, este ha dejado de existir, lo cual implica además que él ya no cuenta ni siquiera con el sustento que le proporcionaba su subordinación institucional al gobierno ni al director supremo. La misiva establecía con extrema precisión la metodología y el formato que debía tener dicho cónclave y la manera concreta y delimitada a través de la cual se debía realizar la votación.

En ese contexto, les hace saber que su autoridad emanaba del nombramiento que le había dado ese ahora inexistente gobierno, por lo que al no tener formal autoridad sobre el ejército del que todos los convocados formaban parte y considerando su debilitada salud, ponía su cargo a disposición de ellos para que decidieran el futuro y asumieran la responsabilidad que les correspondía de cara a la causa de América.

La reunión se realizó el 2 de abril en Rancagua. Una situación insólita estaba ocurriendo. El ejército, que se rige por una subordinación estricta al mando superior y por la jerarquía única en la conducción, concurría a un acontecimiento en que el máximo jefe subordinaba la continuidad de su jefatura la decisión de sus subordinados. El hecho era

expresión de una práctica democrática que debía imperar en el gobierno, no en las Fuerzas Armadas; sin embargo, San Martín jugó a ella para dar sólido cimiento a su autoridad. Los generales opinaron que no se debía llevar a votación toda vez que la autoridad del general San Martín le había sido dada para combatir hasta vencer a los españoles y ese objetivo aún no se había logrado. En ese punto votaron por unanimidad, los treinta y cinco oficiales participantes le dieron pleno respaldo a su jefe con la convicción de que:

> …la enérgica resolución de los jefes y oficiales que componen el Ejército de los Andes y el convencimiento común de que la defensa y seguridad de la causa de América es el objeto primario de esta fuerza, ha influido en su conservación y su disciplina, preservándola bajo su dirección [la del general San Martín], hasta que renazca la autoridad central erigida por la voluntad de la nación, a la cual reconocerá sumisamente. (Citado por Galasso, 2000, p. 326.)

El alto mando hizo llegar dicho documento que se dio a conocer como como «Acta de Rancagua[2]» al propio general San Martín y al Cabildo de Buenos Aires. La situación caótica que se vivía en el Río de la Plata, la decisión del gobierno y los empresarios de no hacerse parte del plan emprendido por San Martín y su plena convicción (respaldada ahora de forma unánime por los principales jefes del ejército) de dar continuidad al proyecto emancipador de América, lo hicieron asumir la autonomía del ejército respecto de su gobierno en una decisión fundada en su plena convicción de la necesidad de la independencia plena de la América meridional.

Así, casi todos los obstáculos habían sido superados. Ahora se trababa de transformar en estructura y plan de guerra

---

2 Este documento permaneció oculto por más de cincuenta años dándose a conocer apenas en 1871.

lo que hasta ahora había sido un proyecto plagado de dificultades y retos. El primer conflicto devino de la necesidad de solventar el interés del mercenario escocés Thomas Cochrane, un oficial naval, exitoso en las guerras contra Napoleón que tras ser dado de baja de la Armada Real británica se dedicó a prestar sus oficios a quien mejor le pagara. Dueño de una personalidad soberbia y de una prepotencia que rayaba en la grosería permanente en la comunicación con su prójimo, Cochrane "resolvía" estas bajezas con su eficacia en el mando de los buques que se le subordinaban y la audacia en el comando de operaciones navales. Tras una dudosa acusación, fue expulsado de la Marina británica, por lo que comenzó a ofrecer sus servicios al mejor postor. Así llegó a Chile en junio de 1818, reclamando de inmediato para sí el mando del almirantazgo, desplazando de ese puesto al rioplatense Manuel Blanco Encalada, lo cual creó gran desazón en el ánimo del ejército que se preparaba para trasladarse al Perú. A pesar de que la irrefrenable ambición del británico lo llevó incluso a intentar desplazar a San Martín del comando de la campaña del Perú, este intervino para apoyar a Cochrane en sus ambiciones.

Cochrane, con Blanco Encalada como segundo jefe de la escuadra, se dio a la tarea de reclutar a un contingente formado por tripulantes de varios países, sobre todo de Europa (Rojas, 1940). La expedición libertadora quedó constituida a comienzos del otoño del año 1820 y trasladada a la ciudad de Quillota en las cercanías de Valparaíso, donde habría de ser embarcada enarbolando la bandera de Chile. El jefe de la expedición dedicó sus últimos días en tierra a supervisar el abastecimiento con armamento y víveres para la expedición y a resolver contratiempos aún no solventados, como la insuficiencia de agua y lanchas de desembarco. A mediados de agosto, la artillería, el armamento y los caballos ya habían sido subidos a los barcos. Posteriormente lo comenzaron a hacer

los diferentes batallones. Según García Hamilton (2005), el convoy formado por dieciséis naves de transporte «había sido dividido en tres partes (vanguardia, centro y retaguardia) y los siete buques de la escuadra protegían a las fragatas y bergantines rebosantes de tropas y armamentos» (p. 186).

El 20 de agosto, día del cumpleaños de O'Higgins, la expedición izó las velas y puso rumbo norte. Ya en altamar, San Martín leyó un documento que le había entregado el director supremo de Chile. Con sorpresa y agrado descubrió que había sido nombrado capitán general de los ejércitos de Chile.

En el puerto de Coquimbo, a unos cuatrocientos kilómetros al norte de Valparaíso, recogieron a un nuevo batallón, la fragata Águila se perdió durante la travesía, por lo que se tomó la decisión de enviar al bergantín Araucano en su búsqueda. No obstante, pocos días después, entraron a la Bahía de Paracas, muy cerca de la ciudad de Pisco, alrededor de doscientos sesenta kilómetros al sur de Lima, donde echaron anclas. Antes de desembarcar, llegaron el Águila y el Araucano. En la madrugada las tropas comenzaron a abandonar los navíos, desplegándose en la playa y avanzando hacia Pisco el que ocuparon sin contratiempos toda vez que los españoles habían desocupado la comarca. Todo indicaba que los realistas se habían atrincherado en Lima, donde pensaban resistir. Pronto llegó un emisario del virrey Pezuela quien manifestó en nombre de este su voluntad de negociar en los términos de la Constitución Liberal que en enero de ese año había sido restituida en España. Proponía reunirse en Lima.

San Martín, que antes de su partida de Chile, había sido autorizado por el Senado para negociar, contestó favorablemente a la propuesta designando a Tomás Guido y a Juan García del Río como sus representantes. Para evitar el escándalo que podría producir la presencia de los «rebeldes» en

Lima, Pezuela modificó el lugar del encuentro que finalmente se realizó en la cercana villa de Miraflores.

Los españoles ofrecieron una serie de garantías y privilegios, pero todos sobre la base del acatamiento al gobierno de Madrid. Los comisionados patriotas se limitaron a firmar un armisticio por ocho días y regresaron a informar a San Martín. En sintonía tácita con Bolívar que en Colombia se preparaba para sostener conversaciones semejantes con el jefe español Pablo Morillo, el general rioplatense recibió de forma positiva el informe de Guido y del Río percibiendo que los realistas se aferraban a la última posibilidad que tenían para salvar honrosamente lo poco que les quedaba.

Le ordenó a sus comisionados que volvieran a Lima, rechazaran jurar la Constitución española reafirmando que la única salida posible era la independencia. Otras consideraciones se ponían sobre el tapete, todas las cuales eran susceptibles de ser negociadas. Pero, como era de esperarse, Pezuela objetó la propuesta, las negociaciones se paralizaron y el armisticio se dio por finalizado. En realidad, San Martín había usado las negociaciones para tener una información más cercana y certera de la situación en Lima, sabiendo que el virrey no iba a aceptar sus condiciones tal como lo informó al gobierno de Chile en carta del 19 de octubre (citada por Galasso, 2000, pp. 338-339).

En esta situación y agotadas las posibilidades de una salida negociada, San Martín se prepara para romper las hostilidades. Le ordena al general rioplatense de origen asturiano Juan Antonio Álvarez de Arenales que organice una división de infantería conformada por mil ciento treinta y ocho hombres, reforzados con artillería y se dirigiera a las zonas montañosas del interior del país a fin de desatar la guerra en la región, causarles bajas a los españoles y cortar sus comunicaciones entre Lima y el Alto Perú. (García Hamilton,

2005). Arenales obtiene brillantes victorias en Palpa, Nazca, Huamanga, Huancavelica, Tarma y el Cerro de Pasco el 6 de diciembre, ocupando las provincias de Ica, Huamanga, Huánuco, Huancavelica y Pasco, produciéndose importantes deserciones de soldados y oficiales del ejército español que se incorporaron al patriota. La campaña emprendida por Arenales en la sierra, aisló a Lima del interior del país, con lo que comenzó a operarse el cerco sobre la capital.

En paralelo, San Martín se traslada por vía marítima al puerto de Ancón a unos treinta y cinco kilómetros al norte de Lima. Por su parte, la Armada bajo el mando de Cochrane mantiene un férreo bloqueo sobre el puerto de El Callao que sirve a Lima. La presión comienza a surtir efectos: el batallón realista Numancia, conformado por alrededor de setecientos hombres, que se había creado en Venezuela en 1815 y que había venido al Perú solicitado por el virrey Pezuela, se pasó a las fuerzas independentistas.

A finales de diciembre de 1820, los departamentos de Trujillo primero, y Piura después, se suman a la causa patriota, el norte peruano está ya casi todo liberado. Sin embargo, San Martín no opta por el combate frontal, la disparidad de fuerzas a favor de los españoles no lo aconseja. Por ello, su estrategia es avanzar más lentamente, pero de forma segura en el cerco a Lima.

Ante el avance de las fuerzas patriotas y la incapacidad del ejército realista para revertir la situación creada tras el desembarco de San Martín y su ejército, el virrey Pezuela pierde autoridad y es destituido del mando de las tropas, en cuyo lugar se nombra al general José de la Serna como capitán general y jefe político superior. De la Serna propone el reinicio de negociaciones, por lo que las partes se reúnen el 2 de junio en Punchauca a solo treinta kilómetros al norte de Lima.

San Martín plantea la reunión como un encuentro entre liberales de Europa y América. En ese contexto coloca la independencia del Perú en el centro del debate. En uno de los momentos más controversiales de la vida del Libertador del sur que marcaría para siempre su futuro, propone para el país un sistema de monarquía constitucional al frente de la cual estaría un príncipe de la casa real española.

Análisis posteriores conducen a concluir que las espantosas condiciones en que se está realizando la guerra, contando con un mermado apoyo del gobierno de Chile y ninguno del de su país y cuando en Europa predominan corrientes conservadoras retrógradas, San Martín pensó que dialogando con españoles liberales, era posible convencerlos de que tras la independencia, una monarquía a la que se le impusiera una constitución también liberal podría evitar el derramamiento de sangre, producir la independencia y permitir que los americanos tomaran el control de sus repúblicas. Galasso (2000) apunta que las brutales críticas que sobrevinieron desde Buenos Aires a la propuesta de San Martín escondían la preocupación de los intereses británicos que ya habían permeado al gobierno rioplatense.

La propuesta de San Martín fue rechazada, los españoles no podían aceptar que la independencia se hiciera carne en América y que no podían entregar en la mesa, territorios que habían dominado por más de tres siglos en los que se generó la riqueza de la monarquía Borbón y junto a ellos una amplia estirpe formada por la nobleza y el clero.

Una vez más, San Martín sabía que su propuesta iba a ser rechazada, pero prolongó los debates, permitiendo que las tropas del general Arenales se repusieran. Así mismo logró recuperar a más de mil doscientos soldados enfermos, todo lo cual jamás fue de conocimiento de los españoles que ignorantes de la debilidad patriota se empantanaron en la

mesa de negociaciones en momentos en que el terreno bélico le hubiera podido dar importantes victorias. El 30 de junio los debates llegaron a su fin, por lo que el único camino que quedaba era el de la confrontación militar hasta la derrota de una de las partes.

Lo demás fue relativamente fácil. San Martín se retiró por mar a Huacho a unos ciento cuarenta kilómetros al norte de Lima, desde donde se propuso planear el cerco definitivo contra la capital, pero La Serna abandonó la ciudad y se marchó a Cusco, dejando fuerzas en la fortaleza de El Callao para intentar resistir el avance patriota. San Martín se embarcó de nuevo en la goleta Moctezuma para acercarse a Lima, donde recibió a una delegación de notables españoles que le solicitaron que se hiciera cargo del gobierno ante la acefalia del mismo. San Martín desembarcó al día siguiente y entró pacíficamente a Lima.

Durante su primera jornada de trabajo en la capital convocó al Cabildo para que consultaran al pueblo su opinión respecto de la independencia. La respuesta, recibida casi de inmediato, fue que «la voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española…» aunque agregaba un claro mensaje a San Martín «… y de cualquier otra extranjera» (García Hamilton, 2005, p. 215). De inmediato comenzó a tomar imprescindibles medidas de gobierno, sobre todo encaminadas a recuperar las arcas del Estado y a garantizar el orden en la ciudad. El 28 de julio se proclamó en acto solemne la independencia del Perú.

La parafernalia virreinal no abandonada en los días de celebración de la independencia dio paso a las preocupaciones propias del gobierno. No se podía obviar que a solo once kilómetros de la ciudad, en la fortaleza de El Callao un fuerte contingente español estaba presto a recuperar la capital. Al mismo tiempo en su desplazamiento a Cusco, La Serna

había recuperado varias provincias a las que puso bajo control realista. Para tener cierta autoridad formal, San Martín se hizo nombrar «Protector del Perú» hasta que el país fuera totalmente libre y los ciudadanos pudieran elegir a sus autoridades en un plazo que cifró en no más de un año.

Formó gobierno, firmó decretos, cada vez más apoyado en Bernardo de Monteagudo, brillante abogado y político tucumano, portador de una retórica virtuosa, de esplendorosa pluma y de revolucionarias ideas acerca de la integración hispanoamericana, quien fue designado ministro de Guerra y Marina. Monteagudo había sido rechazado en Buenos Aires por su ostensible ascendencia africana. Aunque formado en las avanzadas ideas de la Revolución francesa, Monteagudo vivió en Inglaterra llegando a aceptar las «bondades» de su modelo de monarquía constitucional que consideraba idónea para la anárquica república que se proponían crear en el antiguo territorio de los incas por su fuerte tradición nobiliaria y su elevada población indígena. Como se ha visto, San Martín había «comprado» dicha idea a Monteagudo.

Mientras tanto, los españoles se reagruparon en la sierra, al mando de La Serna y el general José de Canterac amenazando con retrotraer los éxitos obtenidos el año anterior por Arenales. Por otra parte, los marinos mercenarios comandados por Cochrane exigían una serie de recompensas que San Martín les había ofrecido en Valparaíso y que las arcas republicanas no estaban en capacidad de suplir. Cochrane, a quien jamás le interesó la independencia de las colonias españolas de América, sino obtener lucro de ella, negoció con los españoles encerrados en El Callao ofreciéndoles garantías de vida a cambio del cuantioso tesoro guardado entre las gruesas murallas de la fortaleza, sin embargo, este acuerdo fracasó, elevando el encono del escocés contra San Martín.

En el intertanto, las tropas al mando de Canterac se siguieron acercando a Lima, poniendo en peligro la capital. San Martín, una vez más se puso al frente de sus tropas para estructurar la defensa de Lima. El general Arenales había llegado días antes a la capital, por lo que el contingente patriota doblaba al de los españoles, a pesar de que Cochrane se negó a desembarcar a sus hombres para sumarlos al resguardo de la ciudad. Su objetivo era tratar de aprovechar la situación para ocupar la fortaleza de El Callao y hacerse con los cinco millones de pesos (una fortuna para la época) que allí se encontraban. El propósito de San Martín era evitar el combate frontal, permitir a los españoles que entraran en El Callao y se encerraran en la fortaleza, donde se propuso bloquearlos y cercarlos hasta rendirlos por hambre y por sed.

Las cosas salieron tal cual las planeó el Protector, solo seis días duró la resistencia de Canterac en El Callao. Ante la segura muerte por inanición de sus soldados, optó por huir hacia la sierra. San Martín no opuso resistencia, su prioridad era ocupar el fuerte del puerto, de suma importancia por su cercanía a Lima. Solo unos pocos días después, el jefe realista de El Callao capituló ante los patriotas, quienes tras ocupar el fuerte, capturaron gran cantidad de armamento y municiones. Al mismo tiempo, Cochrane se robaba el oro y la plata que había ocupado, argumentando que eran necesarios para pagar a los marinos bajo su mando y que San Martín había ordenado resguardar en barcos surtos en el puerto de Ancón. Se intentó una negociación que no rindió buenos frutos.

La situación se complicó aún más porque O'Higgins y el gobierno de Chile al que formalmente servía el almirante escocés, le dieron su apoyo. En el intertanto su salud empeoró y decidió retirarse a Magdalena, un pueblito cercano a la capital donde se dedicó al buen vivir y a contemplaciones con una nobleza que pretendía crear. Así mismo,

contrario al devenir de su vida y a su tradición se hizo susceptible a los homenajes y los elogios (García Hamilton, 2005). En esta época fortalece su relación amorosa con la guayaquileña Rosa Campusano, quien residiendo en Lima, había sido una apasionada patriota que había prestado invaluables servicios a los independentistas, transmitiendo información que obtenía en las tertulias de la clase alta limeña. Rosa ayudó al general a sobreponerse de la ingratitud de los habitantes de la capital, de las actitudes mercenarias de Cochrane y hasta de la incomprensión de sus generales por algunas decisiones tomadas.

El descontento de los altos oficiales se sustentaba en la desaprobación de la decisión de haber dejado huir a Canterac de El Callao, lo que le daba la oportunidad de reconstruir un fuerte contingente militar que una vez más, amenazaría la capital y la república. Según los generales, los españoles se habían fortalecido en la sierra por la indolencia de San Martín, que se habría dedicado a los placeres mundanos que proporciona el poder. La situación se transformó en insostenible ante la noticia de que se preparaba un complot contra el Protector. Esta intentona no llegó a mayores pero significó el alejamiento del batallón Numancia a Guayaquil y la renuncia de varios altos oficiales que decidieron regresar a Chile.

Rojas (1940) refiere que años después, uno de los oficiales leales a San Martín escribió:

> En cuanto a la persecución a Canterac, si no se hizo como debió, fue porque los jefes tramaban contra el general para separarlo del mando, y buscaban los medios de desacreditarlo, como si algunos de ellos fuese capaz de reemplazarlo; y si no se atrevieron a dar el golpe fue porque nunca contaron con los segundos jefes y menos con la tropa (p. 228).

En estas condiciones de adversidad manifiesta en diversos escenarios de la vida económica, política, social y

militar, los caminos de San Martín se van cerrando. Su visión de futuro independentista, en perspectiva hispanoamericana no le deja ver la situación del Perú a partir de una limitada mirada local. En esto era relevante la superior extensión de su examen de los acontecimientos. La búsqueda de soluciones lo deja con pocas alternativas, pero vislumbra que la más certera en función de los objetivos que ha perseguido a costa de muchos sacrificios y esfuerzos durante los últimos años, es buscar a Bolívar y establecer una alianza estratégica con él a partir de la comunión de intereses que en su creciente correspondencia ha podido identificar.

En lo inmediato, debe resolver problemas acuciantes. En primer lugar la pérdida de la escuadra tras la decisión de Cochrane, pero en realidad lo que más le inquieta son las desavenencias con sus generales, todo lo cual lo deja con capacidades operativas limitadas tanto en tierra como en el mar. Por otra parte, resentía de la profunda adversidad de Bernardino Rivadavia el nuevo hombre fuerte en Buenos Aires. En ese contexto, los españoles habían logrado reagrupar a sus fuerzas creando un ejército de diecinueve mil hombres que apuntan a la reconquista del poder en Lima.

De la misma manera, no había logrado reunir adeptos en Perú, tampoco en Chile para su propuesta monárquica. Con el mismo objetivo en abril de 1822, envía una delegación a Chile formada por el colombiano Juan García del Río y el médico inglés James Paroissien (llamado Diego) quienes cruzan la cordillera para dirigirse a Buenos Aires, obteniendo similares resultados. En el *summum* de la impotencia y ante los nulos resultados obtenidos, los comisionados siguen viaje a Londres, con instrucciones de buscar una alianza con la monarquía británica, gestión que tampoco logra buenos resultados. En este contexto, la única opción que le quedaba era lograr el apoyo de Bolívar, quien se encontraba

desarrollando con extraordinario éxito la campaña de Ecuador. La apreciación de la situación internacional, regional y local lo lleva a concluir que debía dirigir sus pasos al encuentro del Libertador y presidente de Colombia.

En este momento, los tiempos de Bolívar eran menos angustiosos que los de San Martín. Este lo sabía. El 7 de abril el ejército colombiano había triunfado en Bomboná y el 24 de mayo en Pichincha, sellando la independencia de Ecuador[3]. En esta batalla, colombianos, rioplatenses, chilenos y peruanos combatieron unidos como lo habían hecho unos días antes en el combate de Riobamba. Después de ocupar Quito, Bolívar se había desplazado a Guayaquil que era independiente desde octubre de 1820.

Unos días antes, Bolívar había enviado al jurista colombiano Joaquín Mosquera a entablar conversaciones con el gobierno peruano a fin de firmar un convenio de unión entre las dos nuevas repúblicas como primer paso para la reunión de los cinco grandes Estados americanos en una sola confederación. La misión de Mosquera podría considerarse la primera gestión concreta de Bolívar en el objetivo de transformar en hechos lo que hasta ahora era un proyecto para él, quimera para muchos.

El 6 de julio de 1822 se suscribe el tratado de Unión, Liga y Confederación de Paz y Guerra entre la República de Colombia y la República del Perú. Mosquera debía seguir

3 A comienzos del año 1822, ante la solicitud de apoyo de Bolívar, San Martín envía un contingente de 1.622 hombres argentinos, chilenos y peruanos al mando del Coronel Andrés de Santa Cruz que participó bajo el mando del general Antonio José de Sucre en la decisiva Batalla de Pichincha el 24 de mayo de 1822. Sucre, en carta de agradecimiento a San Martín, le escribió: «Al levantar nuestros pabellones sobre la torre de Quito, el Perú, su gobierno y V.E. que tan poderosamente han ayudado a nuestra empresa, merecerán nuestra eterna gratitud» (Citado por Rojas, 1940, pp. 233).

viaje a Chile y las Provincias Unidas del río de la Plata con igual propósito. El compromiso de los firmantes era aupar a las otras repúblicas a entrar en el pacto general de unión americana.

En el campo de batalla, los éxitos obtenidos por el ejército unido de Colombia y Perú esbozaban las posibilidades que ofrecía el actuar de conjunto. Bolívar reconoce el papel determinante de los «Libertadores del sur» en Riobamba y Pichincha y los llama «los primeros amigos y hermanos de armas» (citado por Rojas, 1940, p. 233). San Martín reciproca los cumplidos señalando que las victorias obtenidas «han puesto el sello de la unión de Colombia y Perú» (*Ibidem*).

San Martín aprovechó para expresar que en la América meridional solo faltaba el Perú para consumar la independencia, por lo que sería en su territorio donde se libraría la batalla final y donde se obtendrían los honores del último triunfo. Por estas razones, en carta a Bolívar le dice que acepta su oferta de enviar tropas para acelerar la campaña. Finaliza diciendo:

> Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de este han contribuido a plantar el pabellón de la República en el sud de este vasto continente. Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una solida y estable prosperidad les haga conocer el beneficio de la independencia. Marcharé a saludar a V.E. en Quito. Mi alma se llena de gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos (Citado por Rojas, 1940, pp. 234).

No había mezquindades ni en uno ni en otro, no eran las diferencias lo que primaba, solo la búsqueda de la independencia en el menor plazo y con los menores costos.

Resulta curioso que aquellos dos hombres, viniendo de tierras lejanas, estando fuera de las propias, comandando ejércitos multinacionales y ejerciendo responsabilidades políticas en países diferentes a los que nacieron, anhelaban reunirse en la mitad del mundo para consolidar la victoria que tantos sueños y desvelos les había causado.

No obstante, San Martín todavía intentaría una nueva aproximación a Buenos Aires. Con ese objetivo en mayo, envía al teniente coronel peruano Antonio Gutiérez de la Fuente —quien solo dos años atrás, aún servía en el ejército español— a Chile y el Río de la Plata a solicitar ayuda. El objetivo de Gutierrez era obtener los recursos financieros para crear un contingente de mil quinientos hombres a fin de atacar al Alto Perú desde el sur al mismo tiempo que una unidad al mando del general Rudecindo Alvarado lo haría desde el norte.

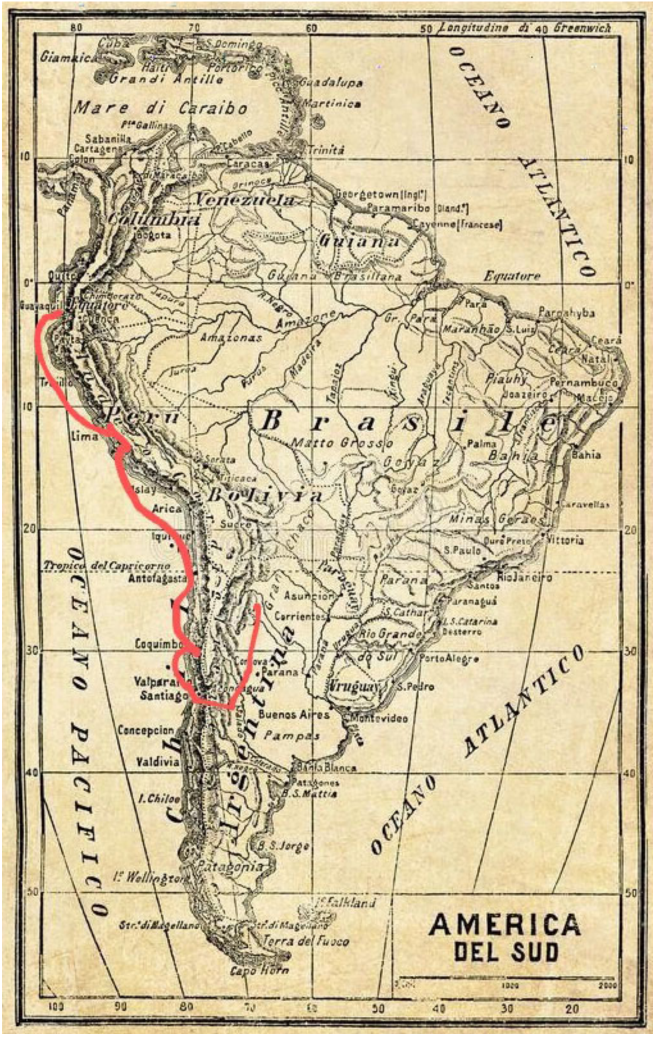
Aunque Gutiérrez recibió gran apoyo de algunos gobernadores a quienes San Martín les seguía imponiendo respeto y amistad, su carencia de recursos les imposibilitaba hacer los sustanciales aportes que necesitaba el Protector del Perú. Aunque el gobernador de Córdoba Juan B. Bustos se transforma en el más firme aliado de San Martín y principal promotor de la misión de Gutiérrez de la Fuente, quien va obteniendo sucesivos éxitos en su encuentro con los líderes provinciales, cuando llega a Buenos Aires es recibido por el gobernador Martín Rodríguez con absoluta displicencia derivándolo a su ministro Bernardino Rivadavia, hombre de mentalidad estrecha en relación con la independencia de Hispanoamérica y quién además estaba imbuido de un profundo desprecio por San Martín. Rivadavia remite la propuesta de San Martín a la Cámara de Representantes que la rechaza por considerarla «aventurada» (Galasso, 2000). La misión de Gutiérrez de la Fuente resultó una total decepción.

El fracaso de los sucesivos intentos de negociación, el fiasco de las misiones de García del Río y Parossien primero y de Gutiérrez de la Fuente después, le confirma a San Martín que la única opción que le queda —tal como lo venía interiorizando desde tiempo atrás— era recurrir a Bolívar.

En enero de 1822 delega el gobierno en el marqués de Torre Tagle para dirigirse a Quito a encontrarse con el Libertador venezolano, pero el encuentro debe abortarse dado que el ejército de Colombia aún no había podido consumar la libertad del Ecuador. Regresa a Lima sin reasumir su cargo, mientras se debate en meditaciones acerca del futuro del Perú, de la independencia y del suyo propio. En su cabeza comenzó a dar vueltas la idea de abandonar el mando y retirarse del Perú.

Aunado a eso, la situación bélica era angustiosa ante los éxitos de los españoles. De la misma manera, las élites limeñas que consideraban a Guayaquil parte del territorio peruano forzaban a San Martín a ocupar la ciudad y la provincia, incluso a costa de una confrontación con Bolívar y el ejército colombiano. San Martín por su parte, apelaba a la decisión de los guayaquileños para definir su estatus político. Pero no tenía la voluntad ni la fuerza de Bolívar para evitar que la prolongación de esa indecisión condujera al caos y la anarquía.

A mediados de julio, San Martín se embarca en la goleta Macedonia en El Callao con destino a Guayaquil. En la ciudad, Bolívar esperaba por él.



Mapa 4. América del Sur con la ruta seguida por San Martín desde Tucumán hasta Guayaquil.
Fuente: https://ar.pinterest.com/pin/315040936434780624/?amp_client_id=CLIENT_ID(_)&mweb_unauth_id={{default.session}}&simplified=true

VII. Guayaquil: el lugar de los acontecimientos

Guayaquil,
el gran río,
la gran selva,
la ciudad que huele a cacao y a café…

Benjamín Carrión

La región donde habría de fundarse Guayaquil estuvo habitada por trece tribus, entre ellas las más destacadas fueron los huancavilcas, los punaes, los pocios y los machalas. El lugar era parte de una amplia extensión del territorio poblado por numerosas tribus que componían el imperio de los shyris y los incas unidos bajo el mandato de Huayna Cápac, hijo de Túpac Yupanqui, quien concentró todos los poderes y gobernó por espacio de treinta y ocho años, siendo el monarca inca cuando en 1527 los conquistadores españoles al mando de Francisco Pizarro arribaron a este territorio.

Uno de los capitanes de Pizarro, Santiago de Benalcázar, fue encomendado en 1533 a explorar hacia el norte desde Piura, donde se había establecido después de haber desembarcado originalmente en Tumbes. Tras una serie de desencuentros que llevaron a la confrontación entre los jefes españoles, se produce un pacto de amistad que permite a Benalcázar entrar a Quito, importante ciudad incaica que fue fundada como ciudad española en diciembre de 1534.

Desde allí, Benalcázar lanzó una expedición contra los huancavilcas, cuyos caciques, tras un largo debate, visualizaron que sería infructuoso entablar la lucha contra el poderoso ejército extranjero, decidiendo proponer una alianza

que finalmente conduce a un acuerdo de paz que permitió que el 25 de julio de 1535[1], en las cercanías del río Guayas se establecieran las primeras bases de lo que posteriormente sería la ciudad que adoptando el nombre del río, se llamaría Santiago de Guayaquil.

Otros pueblos originarios también se acogieron al pacto, por lo que la colonización en un primer momento se realizó sin confrontación ni conflicto. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que los españoles se sumieran en sus habituales prácticas de pillajes en busca de riquezas, para lo cual no escatimaban en el asesinato de los indígenas y la violación de sus mujeres. Así, los líderes de la región decidieron expulsar a los españoles del territorio, exterminando a los casi setenta colonos que se encontraban en el poblado, con excepción de un pequeño número de alrededor de cinco entre los cuales estaba su jefe Diego Daza, quienes lograron escapar a Quito, produciéndose la destrucción de los primeros cimientos de la ciudad que se comenzaba a erigir.

Aunque previamente Rodrigo Vargas de Guzmán había levantado la ciudad otra vez en el lugar conocido como La Culata, fue el gobernador de Quito, Francisco de Orellana, quien por instrucciones de Pizarro, ordenó la realización de una nueva expedición que la refundara en un lugar distinto al anterior (Gómez Iturralde, 2019). Es así que en 1537, bajo el mando del capitán Hernando de Zaera, comienza nuevamente la erección de la ciudad sobre la orilla occidental del río siendo finalmente creada por el gobernador Orellana en

---

1 Aunque esta es la fecha oficial de la fundación de Guayaquil, un pormenorizado análisis hecho por Francisco Campos en 1894 señala con abundantes elementos de juicio la imposibilidad de que tal fecha pudiera ser real. Campos establece que la ciudad debió haber sido fundada por Sebastián de Benalcázar en la ensenada de Charapotó en algún momento del año 1534. (Ver Francisco Campos, *Compendio histórico de Guayaquil. Desde su fundación hasta el año de 1820*, 1984)

1537[2]. De la misma manera que la fecha de su fundación y el lugar en que ocurrió[3], el origen etimológico del nombre de la ciudad ha sido parte de un intenso debate entre los especialistas y expertos, aunque pareciera que el más aceptado es el de «tierra a manera de prado hermoso» (Campos, 1894).

En esta época también Guayaquil asumió una condición que sería rasgo de su identidad futura: su condición de ciudad portuaria. El lugar de su última fundación obedeció precisamente a la necesidad de crear un puerto más cercano al de Paita en las tierras que se iban conquistando para que sirviera a las exigencias de la acción colonizadora de España (Gómez Iturralde, 4/11/2019).

En 1540 los huancavilcas atacaron la ciudad, pero el gobernador se desplazó con celeridad para conseguir refuerzos que le permitieran enfrentar al numeroso contingente de indígenas que esta vez prefirió retirarse, sin que la ciudad tuviera que ser evacuada o abandonada. Pero pocos años después, una vez más, la inestabilidad se hizo parte en el virreinato, esta vez por la animosa confrontación por el poder en que se vieron involucradas dos facciones distintas de colonizadores: una al mando del virrey Blasco Núñez de Vela y la otra por Gonzalo Pizarro.

Aunque este último resultó victorioso, Guayaquil nunca se plegó a sus designios, y cuando el rey de España envió

2 La fecha real de la fundación de Guayaquil es un dilema en el que los historiadores, apelando a diversas fuentes, nunca hasta hoy se han podido poner de acuerdo. Por ello, señalamos la opinión que goza de mayor aceptación entre los expertos.

3 Al respecto, María Luisa Laviana Cuetos (2006-2007) explica que en la actualidad y gracias al aporte de estudiosos de gran categoría «sabemos todo lo que hay que saber de esa extraña fundación de Guayaquil en Riobamba el 15 de agosto de 1534 con el nombre de Santiago de Quito, y esos sucesivos cambios, tanto de nombre como de emplazamiento o asiento: Santiago de la Nueva Castilla, de la Culata, del río de Daule, de Amay, etc.» (p. 48).

al sacerdote Pedro de la Gasca a hacerse cargo de la Real Audiencia de Quito, la ciudad del Guayas le prestó rápido apoyo. Tras la derrota y el ajusticiamiento de Pizarro por La Gasca, el rey premió la sumisión de Guayaquil concediéndole el título de «Muy noble y Muy leal», además de otros relevantes privilegios.

En ese contexto, Guayaquil inició su crecimiento, lento en un comienzo por las limitaciones que imponía la orografía. En 1547, la ciudad fue trasladada a la cima del cerro Santa Ana, desde donde comenzó a ampliarse hacia abajo, por las laderas de la pequeña elevación, pero su expansión estaba constreñida por un estero al sur, el río Guayas al este y por pantanos y manglares al oeste. En ese pequeño espacio comenzó su desarrollo urbano (Gómez Iturralde, 2006).

Mientras tanto, la estructuración política de las posesiones españolas en América dio origen a la creación en 1564 de la Real Audiencia de Quito en la provincia o presidencia del mismo nombre.

En 1575 ocurrió una de las primeras catástrofes conocidas y registradas de la historia de la ciudad que habría de caracterizarse por la presencia continua de hechos de este tipo que marcarían su derrotero. Un terremoto acecido el 8 de septiembre de ese año removió la ciudad hasta los cimientos, causando grandes estragos y obligando a que en el futuro los edificios de la urbe en pleno crecimiento fueran construidos con materiales que ofrecieran mayor solidez.

A este trastorno, con el devenir de los años, Guayaquil debió agregar los incendios, las invasiones y las pestes. En 1589, una peste de viruela atacó la ciudad causando miles de víctimas y extinguiendo por completo al pueblo huancavilca. Esta raza que tenía lengua, costumbres y origen propio, era independiente de los otros pueblos originarios de la región.

Para la época, la actividad económica de Guayaquil se circunscribía al comercio entre los puertos del norte, centro y sur de América. Los principales productos eran sedas chinas, añil, brea, jarcia, y otras que venían desde México y Centroamérica a Guayaquil y Lima; y desde El Callao se importaban vinos y paños provenientes del Perú. Sin embargo, los negocios de Guayaquil mostraban un amplio desbalance a favor de las importaciones hasta que el cacao se transformó en producto principal de las exportaciones, sobre todo porque la producción de México no alcanzaba a satisfacer la creciente demanda, una parte de la cual se reexportaba a Europa. Los comerciantes de la Nueva España traían oro y barras de plata con las que se pagaba el cacao. Es así como, a partir de 1593, Guayaquil inició con sus propios barcos la exportación en gran escala (Gómez Iturralde, 17/01/2020).

Al finalizar el siglo XVI, la provincia de Guayaquil tenía treinta mil habitantes, un tercio de ellos en la ciudad. La naciente centuria desató gran interés en sus pobladores para desarrollar la industria de la madera, habida cuenta de sus excepcionales bosques y su cercanía al mar a través del río Guayas. La fabricación de barcos se transformó en eje de la incipiente industria de la ciudad. Por orden del rey de España se dispuso la construcción de dos barcos y en fecha solemne de 1603, los noveles astilleros de la ciudad botaron al agua los navíos Jesús María y Santa Isabel. Posteriormente, fueron creados otros dos con los que se estableció la primera flota mercante de Guayaquil.

Junto a ello fue necesario estructurar un buen sistema de defensa de la ciudad y el puerto toda vez que el éxito económico y las grandes posibilidades comerciales de la provincia comenzaron a atraer el interés de piratas, corsarios y aventureros de toda índole. Pero no fue tarea fácil, los reclamos de los guayaquileños que ya en 1583 fueron acosados por

el corsario inglés Francis Drake y en 1587 habían sufrido el intento de asalto del pirata Thomas Cavendish de la misma nacionalidad (Avilés Pino, s.f.) no fueron prontamente atendidos por la corona forzando a los habitantes de la ciudad a más de un siglo de acoso que los obligó a la autodefensa en algunos casos de forma heroica y temeraria.

En la protección de la ciudad destacó Toribio de Castro. Este hombre excepcional que nació en 1579, utilizó su fortuna para proveer a la ciudad de medios de defensa, poniéndose al frente de ella cuando los piratas irrumpieron en la misma en 1608 durante la primera intervención extranjera en la ciudad en el siglo XVII.

Las amenazas de invasión a Guayaquil se transformaron en parte de su cotidianidad. Aunque el comercio florecía incesantemente atrayendo la ambición de las potencias extranjeras, la monarquía constreñía el desarrollo de la ciudad impidiendo la actividad comercial con cualquier cliente distinto de España o México. Pero en 1621, el rey emitió un decreto en el que también prohibía el intercambio con la Nueva España, hasta que ocho años después se restableció la autorización para mercadear con México, principalmente a través del puerto de Acapulco como un privilegio que llevó a Guayaquil a que a finales de ese siglo se transformara en el principal puerto del Pacífico americano, no obstante a que en 1632 y 1636 sufrió devastadores incendios que vieron retroceder la ciudad en cincuenta años, al desaparecer importantes edificios públicos y privados, plazas e incluso parte importante del puerto.

Estos desastres naturales, además de los continuos ataques de piratas y corsarios, condujeron a que la ciudad se trasladara del anterior sitio a uno más protegido —no muy lejos del anterior— en el que por decisión de los propios habitantes y prácticamente sin recibir apoyo alguno de Lima o Quito se

comenzaron a construir edificios de mayor solidez (Gómez Iturralde, 7/02/2020). En 1671 se creó un nuevo astillero que dio mayor fulgor a la economía, sobre todo a partir de 1690 cuando una Real Cédula le concedió a Guayaquil ser el único lugar en el que se podía construir y carenar barcos de todas dimensiones para comerciar a través de los puertos del océano Pacífico, lo que le daba a la ciudad particular relevancia dentro de la Real Audiencia de Quito que se había creado en 1663.

De esta manera, se puede aseverar que a comienzos del siglo XVIII, Guayaquil ya era una ciudad importante en el entramado colonial de España en América. A partir de 1705, la corona española le dio el título de Gobierno de Guayaquil y a su máxima autoridad el de gobernador. La nueva centuria no trajo respiro en cuanto a desastres naturales y ataques de piratas, lo que llevó una vez más a al cabildo y a los habitantes a solicitar al rey la construcción de un fuerte que los guareciera de las incursiones extranjeras.

En 1718 al fundarse el virreinato de Nueva Granada, Guayaquil deja de pertenecer a Perú y se incorpora a esta instancia administrativa solo hasta 1722, cuando extinguido el nuevo virreinato, la ciudad pasa nuevamente a subordinarse a la jerarquía del Perú. Mientras tanto, el comercio crecía y se expandía a partir de la exportación de cacao, café, arroz, coco, tabaco, cuero, frutas, sombreros y madera.

La llegada en 1729 del gobernador Miguel Vera trajo consigo la autorización largamente esperada para la construcción de dos fuertes que incrementaron ostensiblemente las capacidades defensivas de la ciudad, ello contrajo la necesidad de reorganizar el ejército al mismo tiempo que se dispuso un remozamiento general de la urbe construyendo nuevas vías y ofreciendo mejores servicios públicos a la población. Así mismo, el crecimiento de la ciudad obligó a las autoridades en 1733 a dividirla en tres barrios.

Para 1754, Guayaquil tenía dieciséis mil habitantes. A pesar de todos los contratiempos, en especial los incendios, la ciudad avanzaba indetenible en su proceso de crecimiento y mejoramiento urbano, sobre todo a partir de la férrea voluntad de sus habitantes que no escatimaban esfuerzos ni recursos para lograrlo. La extensión de la provincia era de unos cincuenta mil kilómetros cuadrados, lo cual daba cuenta de una muy baja densidad poblacional que establecía grandes posibilidades para continuar su expansión. Durante todo el siglo XVIII hubo menos de un habitante por kilómetro cuadrado (Gómez Iturralde, 26/01/2020).

En la segunda mitad de la centuria, se produjo un notable incremento poblacional motivado en el incesante arribo de inmigrantes proveniente del interior del país atraídos por mejores ingresos, sobre todo para los que lograron insertarse en la dinámica de la producción cacaotera. Como era habitual, ello iba acompañado de un indecible maltrato y condiciones inhumanas de vida y trabajo. Esta situación condujo a que a finales de siglo la población llegara a ser de cincuenta mil habitantes.

Según refiere Gómez Iturralde (2020), desde el punto de vista étnico la población estaba compuesta por «más de seis mil españoles, cinco mil indios y de doce a catorce mil mulatos, zambos y negros». Entre los españoles se incluían blancos y mestizos, aunque estos eran considerados de menor categoría social.

Vale decir que la mezcla de los grupos étnicos en Guayaquil no generaba particular complicación, pero sí establecía con precisión el carácter privilegiado de los españoles respecto a las personas provenientes de los diferentes cruces raciales, así como la superioridad de estos en relación con los indígenas que estaban en el lugar inferior de la escala social, incluso por debajo de los esclavos. Los indígenas, además,

eran los únicos que debían pagar tributos. Es importante considerar esta circunstancia porque la misma fue motivo de malestar entre los mestizos cuando las nuevas leyes los conminaron a pagar impuestos a diferencia de los blancos españoles que estaban exentos, por lo que se fueron transformando en los detentores de un poder que excluía a quienes no se consideraban puros.

Por otra parte, uno de los mayores incendios ocurridos durante esta época el 17 de noviembre de 1764 motivó a los ciudadanos a dirigirse al rey para solicitar mayores exenciones tributarias, prohibiciones a actividades propensas a desatar el fuego y un crédito que favoreciera la solución de los problemas generados por este violento cataclismo. La respuesta positiva del gobierno español permitió transitoriamente volcarse a la reconstrucción de la ciudad, pero la alegría duró pocos años, porque en 1772, la monarquía restableció las obligaciones financieras de los ciudadanos con el Estado generando molestias de la población y de ciudadanos notables (en particular entre mestizos y españoles nacidos en territorio americano) que comenzaron a cuestionar el beneficio que significaba su atadura a la monarquía borbónica.

En comparación, la dinámica economía guayaquileña basada en la exportación y la preponderancia numérica de las castas o mezclas raciales configuraron una sociedad abierta, menos jerarquizada y dotada de un mayor grado de movilidad social que la existente en lugares que se circunscribían casi exclusivamente a una economía que residía en la explotación de los indígenas, como la sierra de Quito, que fue configurando una sociedad y una economía más cerrada.

Los años finales del siglo XVIII y primeros del XIX fueron testigos de una creciente inquietud entre los guayaquileños motivada en las dificultades que imponían las restricciones de la Corona, sobre todo en materia comercial.

En 1780 nació en la ciudad José Joaquín de Olmedo y en 1783 Vicente Rocafuerte, quienes con el transcurrir de los años serían portadores de ideas liberales y se transformarían en pilares de la lucha por la independencia de Guayaquil.

Al finalizar la centuria, Guayaquil había crecido en población y superficie, había mejorado sus edificaciones para hacerlas resistentes a las inclemencias de la naturaleza y había logrado crear un sistema defensa que hizo desistir de intenciones invasoras a quienes lo hubieran podido elucubrar. Su economía se ha perfeccionado y ampliado, sin embargo, el espíritu de la independencia comenzó a rondar entre los sectores más avanzados de la sociedad. El influjo de la Revolución Francesa y el movimiento independentista en el norte de América atraían a todos aquellos que tenían acceso al conocimiento tanto en la región como entre los que estando en Europa pudieron percibir los nuevos aires que transmitía el sistema republicano.

La llegada a la ciudad del barón Alejandro de Humboldt, quien realizaba sus investigaciones por toda la región y el arribo de las primeras vacunas que permitían combatir epidemias y pestes, fueron signos de los nuevos tiempos que la modernidad trajo a la ciudad con el devenir del nuevo siglo (Campos, 1894).

El movimiento independentista del 10 de agosto de 1809 en Quito que estremeció las estructuras de dominación de la provincia y de todo el Imperio español, tuvo en Guayaquil parte importante de su gestación sobre todo por los ánimos conspirativos de Rocafuerte y el doctor neogranadino Juan de Dios Morales que había sido confinado en la ciudad por ser portador de avanzadas ideas libertarias. La revolución emancipadora había comenzado en Ecuador.

Los procesos similares que se desarrollaban en todo el continente servían como estímulo para el movimiento

desatado en la mitad americana del mundo. En Guayaquil se supo que en 1815 el rey de España había enviado un gran contingente militar a Venezuela a fin de evitar el impulso independentista que en ese país y en Nueva Granada dirigía Simón Bolívar.

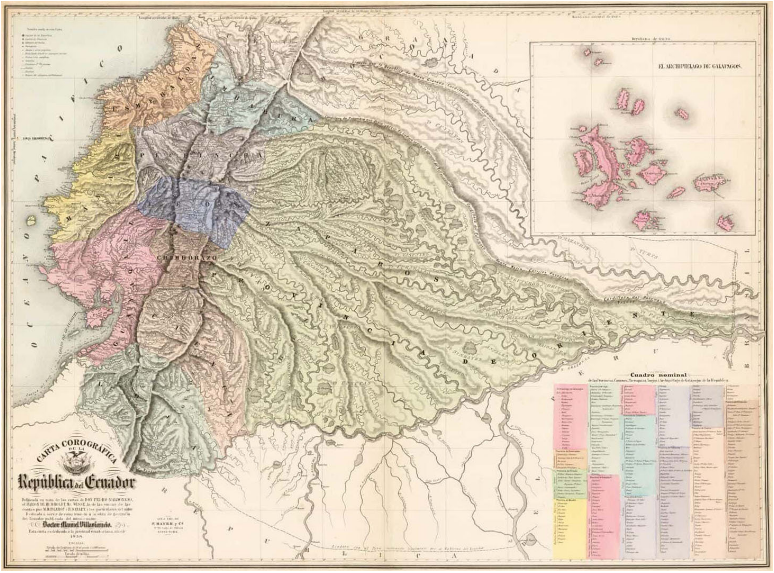
En 1816, un contingente naval enviado desde Buenos Aires al mando del almirante irlandés Guillermo Brown, quien servía al gobierno del Río de la Plata, arribó a Guayaquil con el propósito de prestar ayuda en caso de que hubiera una declaratoria de independencia de la ciudad. La intentona fracasó pero sembró en los guayaquileños la convicción de que su lucha no estaba ajena a la que se libraba en otras latitudes del continente. El hecho también despertó la preocupación de las autoridades españolas que incrementaron la represión a cualquier intento subversivo que tuviera efecto en el territorio.

Mientras tanto, Bolívar había triunfado en Boyacá el 7 de agosto de 1819 liberando a Nueva Granada del yugo español, lo cual ejerció influencia decisiva en las acciones que fueron conformando las condiciones para la independencia de Guayaquil. Los ánimos insurreccionales también se manifestaban al interior del ejército español, donde la idea de la independencia empezó a calar hondo entre cada vez mayor cantidad de oficiales.

En 1820 llegaron de paso a la ciudad el mayor Miguel de Letamendi y los capitanes Luis de Urdaneta y León de Febres Cordero, oficiales degradados del batallón Numancia[4] por su pensamiento contrario a la monarquía. Estos oficiales

4 Como se dijo antes, el batallón Numancia formado íntegramente por venezolanos al servicio de España en 1813, había combatido en su país y fue enviado como refuerzo al Perú, donde comenzó a ser permeado por las ideas independentistas hasta que a finales de ese año desertó en su totalidad para pasarse al ejército patriota.

entran en contacto con otros personajes porteños afines a sus ideas como Antonio Elizalde, Francisco de Marcos, Francisco de Paula Lavayen, Gregorio Escobedo, José de Antepara, José de Villamil, José Joaquín de Olmedo, Rafael Ximena, Vicente Ramón Roca y el peruano Gregorio Escobedo, quien era el segundo jefe de un batallón de la reserva compuesto principalmente por indios de la zona de Cusco (Guerra Vilaboy, 2007).



Mapa 5. Carta corográfica del Ecuador de Manuel Villavicencio, 1858.
Fuente: https://www.geografiainfinita.com/2021/01/historia-del-mapa-de-ecuador/

En la madrugada del 9 de octubre, el capitán Febres Cordero tomó sin violencia el cuartel de Granaderos, mientras de forma simultánea se realizaban acciones similares en otros campamentos militares coloniales. Solo en el batallón Daule hubo enfrentamientos por lo que la instalación debió ser tomada por la fuerza. Una vez cumplidos los objetivos bélicos, se organizó una Junta de Guerra presidida por Luis

Urdaneta, quien nombró a José Joaquín de Olmedo como jefe político y a Gregorio Escobedo como comandante de las fuerzas militares. Un mes después, el 8 de noviembre, el Congreso formado por cincuenta y cinco diputados conformó una definitiva Junta de Gobierno presidida por José Joaquín de Olmedo y compuesta por Rafael Jimena y Francisco Roca como vocales y Francisco Marcos como secretario.

La primera medida tomada por el gobierno de Guayaquil fue la presentación ante los diputados de un proyecto de Constitución que se conoció como Reglamento Provisional y que fue aceptado y aprobado el 11 de noviembre de 1820. A continuación informaron de la nueva situación política a Bolívar y San Martín, corroborando de esta forma la independencia de la Provincia de Guayaquil (Ministerio de Educación del Ecuador, 2018). Este documento establecía que la provincia era libre de unirse a cualquier república de América.

El movimiento fue apoyado por los comerciantes y productores de cacao de la provincia, cansados de la inoperancia de las políticas de la Corona que dificultaban las actividades económicas afectando a los comerciantes a través de abusivos impuestos. La independencia de Guayaquil se expandió muy rápidamente y de forma espontánea por otras ciudades y territorios de la presidencia de Quito como Cuenca, Latacunga, Riobamba, Ambato y otros, pero no tuvo impacto inmediato en la capital (Guerra Vilaboy, 2007).

La ubicación privilegiada de Guayaquil despertó aún más el interés que ya habían manifestado tanto Bolívar como San Martín, quienes aspiraban a que el nuevo territorio libre se incorporara a Colombia y Perú, respectivamente. En la lógica de la estrategia independentista, la ciudad y sobre todo el puerto, servirían para introducir armamento tropas y avituallamientos logísticos que permitieran la independencia

total de la provincia en la ruta a la derrota total de España en la América septentrional.

Pero los guayaquileños todavía en 1822 permanecían dubitativos en torno a la definición de su estatus político. Estaban divididos en tres bandos: los que aspiraban a incorporarse a Colombia, los que optaban por el Perú y los que querían que la provincia mantuviera la independencia y se transformara en república. Esta última opción había sido previamente desestimada por Bolívar en carta a Olmedo de 2 de enero de ese año (ver *supra*). Desde su perspectiva, quedaba entonces por dirimir si Guayaquil se incorporaba al Perú o a Colombia. Le preocupaba además que la fragmentación corroyera por dentro a la república. Los que aspiraban a incorporarse al Perú aducían razones de índole histórica jurisdiccional de la provincia en sus vínculos espaciales regionales y en su economía comercial. Por el contrario, los que promovían la agregación a Colombia argumentaban el principio del *uti possidetis iuris*[5].

Francisco María Roca, nacido en Guayaquil en 1782, era uno de los más fervientes sostenedores de la tesis de que

5 El principio del *uti possidetis iuris* «tiende a asegurar el respeto de los límites territoriales existentes en el momento en que las repúblicas iberoamericanas accedieron a la independencia, emancipándose de un único poder colonial, la Corona española. Dos son las precondiciones en que se asienta la aplicación del principio: 1) un único Estado antecesor, en este caso la Corona española, y 2) sucedido por Estados cuya constitución no tiene lugar en atención a una única categoría colonial (virreinatos, capitanías y audiencias).
En efecto, el *uti possidetis* no llama a la emancipación de los virreinatos o de las capitanías o de las audiencias, sino que es invocado *a posteriori* por la entidad estatal emancipada, exigiendo el respeto de sus límites coloniales tal y como se encontraban perfilados en el momento de la emancipación». (Remiro Brotóns, Riquelme Cortado, Diez-Hochleitner, Orihuela Calatayud, y Pérez-Prat Durbán, 1997, pp. 535-539).

Guayaquil debía formar parte del Perú. Exponía que subordinar al *uti possidetis* la decisión definitiva del estatus político de la provincia era incorrecta toda vez que «…históricamente Guayaquil había formado parte del Virreinato del Perú por 227 años, en comparación con los 63 que duró como parte del Virreinato del Nuevo Reino de Granada» (Afanador-Llach, 2018).

La pugna estaba latente, no solo para los guayaquileños, también era causa de inquietud para los dos grandes Libertadores. Bolívar consideraba que Colombia tenía derechos indiscutibles sobre la provincia. San Martín pensaba que había que apelar al voto de los ciudadanos. Pero la situación se prolongaba, y en el ánimo de acelerar el día de la llegada de la derrota definitiva de España en América, Bolívar pensó que debía solucionar el «problema» de Guayaquil de inmediato y a cualquier costo, lo cual comunicó oportunamente a San Martín. Pero decidió consultar a las autoridades de la ciudad, quienes concluyeron que debía agotarse la negociación y la persuasión, antes de recurrir a la fuerza.

Esta situación, cuya solución era motivo de interés importante para ambos Libertadores, gatillaron la voluntad de encontrarse y solucionar un dilema que no era de reciente data. En julio de 1822, cuando la entrevista entre los dos más grandes líderes iberoamericanos era inminente, Guayaquil los recibía en medio de una indecisión que debía ser definitivamente resuelta en el corto plazo, antes que la anarquía, los intereses particulares de las élites comerciales de la provincia y los ánimos localistas pusieran freno al espíritu de lucha por la total independencia que cada día se acercaba más rápidamente a pesar de todas las dificultades y obstáculos.

VIII. El encuentro de los libertadores

Como se ha dicho, Bolívar y San Martín llegaban al encuentro en condiciones totalmente distintas y hasta opuestas. Esta circunstancia —de alguna manera— influyó en el ánimo con que los Libertadores acudieron a la entrevista y modeló los resultados de la misma.

El 13 de julio, San Martín le había escrito a Bolívar para informarle que recibiría gustoso el auxilio que le había ofrecido y le informa que viajaría a Guayaquil para encontrarse con él en Quito. No sabía que el caraqueño se hallaba en el puerto desde hacía dos días atrás, tampoco conocía los movimientos que se habían producido en la ciudad durante las últimas jornadas. La llegada de San Martín a Guayaquil fue sorpresiva para Bolívar. Solo lo supo cuando la Macedonia, que había entrado por la boca del río Guayas navegando contra la corriente, echó anclas en la isla de Puná.

En la cubierta de la nave, San Martín se desplazaba inquieto de babor a estribor. En la medida que se acercaba a tierra firme, la incertidumbre y la preocupación iban en aumento sin aún tener una explicación cierta del sentimiento que lo acompañaba, tal vez fuera por la presión que le significaba regresar a Lima con las manos vacías sin cumplir el objetivo propuesto, pero también estaba conmovido por la proximidad de su encuentro con el Libertador colombiano de

quien había escuchado tantas diatribas, cuya certeza o falsedad podría comprobar ahora.

El entorno circundante lo abrumaba. El cerrado follaje formado por árboles gigantescos y arbustos de hojas inmensas impactaban la vista del Protector. Aves de coloridos plumajes trinaban y gorjeaban alborotando la paz del ambiente. La corriente del río fluía impetuosa en dirección contraria, en su búsqueda del mar. El clima era caluroso y pegajoso. Todo ello creaba un ambiente que nunca había visto ni percibido, ni siquiera en su natal Corrientes.

No podía saber que estaba a solo unas horas de que se desataran acontecimientos que, a pesar de que se desarrollarían en un plazo no mayor a veinte horas, habrían de originar disimiles opiniones e interpretaciones que oscilarían en un amplio espectro que van desde el mito y la leyenda hasta la más pura elucubración. Mijares (1987) incluso llega a afirmar que la reunión careció de importancia, tesis que también suscribe Acosta Saignes (1983), quien lo cita a fin de sustentar similar hipótesis.

Para San Martín también fue sorpresivo conocer que Bolívar estaba en Guayaquil desde hacía casi dos semanas. Narra Frank (1974) que cuando San Martín remontaba el río Guayas durante las últimas horas de su travesía marítima desde El Callao, observó en dirección contraria una nave militar del Perú que a toda vela se dirigía al mar. Al ponerse en contacto con ella, pudo saber que eran patriotas ecuatorianos contrarios a Colombia, entre los cuales destacaba José Joaquín de Olmedo, así como los miembros del triunvirato de gobierno, el general ecuatoriano al servicio del Perú José Domingo La Mar y otras autoridades quienes se alejaban de la ciudad en búsqueda de refugio en el Perú.

En ese momento, el general rioplatense comprendió que había perdido la partida en torno a la decisión que habría

de tomarse en Guayaquil. Para tratar de evitarlo, semanas antes había enviado al almirante Blanco Encalada con el encargo de recibir una brigada de infantería peruana al mando del general Santa Cruz que había participado en la campaña de Ecuador y que reforzaría las fuerzas patriotas en el Perú. Así mismo, intuyó que su presencia en Guayaquil influiría en el espíritu de la Junta de Gobierno y el pueblo para que la junta electoral decidiera a favor de incorporar la provincia al Perú, pero Bolívar se le adelantó al prever el escenario que podría crearse. De ahí, su decisión de trasladarse a la ciudad junto a su ejército, generando una situación de hecho que pretendía se transformara en derecho tras el fallo que las autoridades de la provincia concluyeran el próximo 28 de julio.

Incluso, las tropas al mando del general Santa Cruz no estaban en Guayaquil como lo había previsto San Martín, sino en el puerto de Naranjal, por órdenes de Bolívar. La equivocación en la conjetura hecha por el Protector en el sentido de contar con una fuerza militar en la ciudad, que en términos de correlación de fuerzas para la toma de la decisión sobre el estatus, tendría relevancia superlativa, significó un nuevo revés para su ánimo al constatar que el ejército desplegado en Guayaquil era el colombiano (Fuentes Figueroa Rodríguez, 1975).

El propio Olmedo le refirió a San Martín que el pueblo en su mayoría se había puesto a favor de Bolívar y reconocía la soberanía de Colombia sobre la provincia. En medio del aturdimiento que le causó la noticia y ventilando consigo mismo la decisión a tomar, una de las cuales podía ser el regreso inmediato a Lima, la llegada de mensajeros del Libertador lo estremecieron en su ensoñación y le confirmaron lo que ya era una evidencia a todas luces: «Bienvenido a Colombia, general San Martín», fue el saludo con que el coronel Ignacio Torres, edecán del Libertador, lo recibió en Guayaquil.

Los mensajeros eran portadores de una carta del Libertador colombiano al rioplatense:

> En este momento he tenido la muy satisfactoria sorpresa de saber que V.E. ha llegado a las aguas de Guayaquil. Mi satisfacción está turbada, sin embargo, porque no tendremos tiempo para preparar a V.E. una mínima parte de lo que se debe al Héroe del Sur, al Protector del Perú. Yo ignoro además si esta noticia es cierta. No habiendo recibido ninguna comunicación digna de darle fe.
>
> Me tomo la libertad de dirigir cerca de V.E. a mi edecán, el señor coronel Torres, para que tenga la honra de felicitar a V.E. de mi parte y de suplicar a V.E. se sirva devolver a uno de mis edecanes, participándome cuándo se servirá V.E. honrarnos en esta ciudad.
>
> Yo me siento extraordinariamente agitado del deseo de ver realizar una entrevista que puede contribuir en gran parte al bien de la América meridional, y que pondrá el colmo a mis vivas ansias de estrechar con los vínculos de una amistad íntima al Padre de Chile y el Perú.
>
> Tengo el honor de ser con la mayor consideración de V.E. su atento servidor. Bolívar. (Bolívar, 1947, p. 654)

Este primer mensaje intensificó en San Martín un sentimiento de profunda reflexión. Ensimismado en su camarote se debatía en torno a la respuesta que debía dar y la decisión que tendría que tomar. Era evidente que Bolívar había escogido cuidadosamente las palabras de su corta nota que, en primera instancia, hacía mención a uno de los dos objetivos que el Protector se había planteado: el de dar continuidad en conjunto a la lucha por la libertad de América. Pero no reparaba en el otro: la situación y el estatus político de Guayaquil. Al contrario, al ser recibido como un extranjero, aunque con todos los honores, quedaba zanjada esta diatriba.

Reconfirmó que Bolívar se le había adelantado. No obstante, agradeció a sus enviados por la invitación y les hizo saber que al día siguiente descendería a tierra para encontrarse con el Libertador y tener el honor de conocerlo.

De forma simultánea, los cuatro edecanes enviados por Bolívar pactaron con el coronel Rufino Guido que cumplía similiares funciones junto a San Martín los detalles del alojamiento en la ciudad en la que el Protector sería recibido como huésped distinguido. Guido bajó a tierra para hacer las coordinaciones necesarias, almorzó con Bolívar y regresó a la Macedonia, donde encontró a dos de los edecanes que habían subido a bordo y a los que el Libertador ordenó permanecer cerca de San Martín para dar respuesta a sus requerimientos y cubrir sus necesidades.

Bolívar por su parte, había sido informado de la entrevista de San Martín con Olmedo y el resto de dirigentes de la provincia. Temiendo lo peor, sobre todo porque corrió el rumor de que el Protector había tomado la decisión de regresar a Lima, se apresuró a redactar un segundo mensaje.

San Martín que cavilaba absorto en su intríngulis, se desconcertó una vez más al recibir esa misma noche la segunda carta de Bolívar:

> Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy a Vd. por primera vez el título que mucho tiempo mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a usted, y este nombre será el que debe guardarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresas y de opinión; así yo me doy la enhorabuena, porque Vd. me ha honrado con la expresión de su afecto.
>
> Tan sensible me será que Vd. no venga hasta esta ciudad como si fuéremos [sic] vencidos en muchas batallas; pero no, Vd. no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi

> patria […] Pocas horas, como Vd. dice, son bastantes entre militares, pero no serán bastantes esas mismas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por opinión, sólo por fama. (Bolívar, 1947, pp. 654-655)

Aunque en esta segunda misiva del día, Bolívar sí es explícito en el asunto de Guayaquil, al decirle que tiene ansias de estrechar «en suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria» y de exhortarlo a no irse sin dejar a Colombia con la «posesión positiva» de Guayaquil (*Ibidem*), la calidez de sus palabras produjeron un mejoramiento en el ánimo del Protector, reconfortándolo tras su grandeza, al confirmar (sin haberse encontrado aún con Bolívar) que el sueño por el que se había sacrificado y por el que arriesgado todo durante los últimos años no quedaría trunco, sería continuado y completado. Pudo más su mirada del todo, su visión de futuro y su pensamiento estratégico ante las minucias devastadoras que podrían haberse generado por las desavenencias en torno a una provincia.

Ya en los preparativos del abortado viaje de comienzos de año, San Martín había esbozado los objetivos del mismo:

> Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa. (Citado por Rojas, 1940, p. 234)

He aquí que los historiadores de la derrota y el conflicto ponen como esencia del encuentro las desaveniencias propias de hombres distintos, con origen diferente, pasado disparejo y que —como se ha dicho antes— acuden al

encuentro en desigualdad de condiciones. Es verdad que Bolívar dio por «solucionado» el asunto de Guayaquil con la ocupación de la ciudad por parte del ejército de Colombia, pero eso no oscurece ante la historia el encuentro y la conversación fraterna entre los dos hombres más grandes nacidos en toda la historia de esta región del mundo.

Vale decir que tal decisión fue tomada por Bolívar por la preocupación que le generaba la debilidad política de San Martín, quien podía estar influido por los intereses de la aristocracia limeña muy proclive a España y que se había acercado a la independencia por interés, no por pensamiento. Ello era premonitorio de conflictos e inestabilidad, rasgo característico del Perú, desde entonces y hasta ahora, doscientos años después cuando una vez más la oligarquía que otea la pérdida de sus intereses, apuesta al desequilibrio, la inseguridad y el caos.

A este respecto, Jorge Abelardo Ramos (2012) establece que en el contexto, tal decisión se ubicó en el marco de definiciones políticas, sociales y económicas que constituían el trasfondo, poniendo en el tapete las contradicciones de clase que emergían de la lucha de independencia. Según él, el punto de vista de Bolívar implantaba un «exacto concepto de la Nación Latinoamericana y el juicio que le merecían las pequeñas soberanías separatistas disfrazadas de "autonomías" o seudonacionalidades en que será luego tan prodiga la América balcanizada» (p. 175).

Este notable historiador, escritor y político argentino argumenta que Guayaquil era el centro de un círculo de comerciantes que se valían del trabajo esclavo para lucrar. En esa medida, asocia la provincia a negocios con el Perú y con el mundo, pero bajo intereses que priorizaban su dependencia al extranjero más que el favorecimiento de la economía nacional. Ramos es categórico y concluyente:

> Estos rasgos de la ciudad puerto [de Guayaquil] no se han modificado en el siglo XX. Bastará decir que esa ciudad ni siquiera ha conservado intacta la casa de la célebre entrevista entre San Martín y Bolívar. En ese mismo lugar se erige la mole de un banco extranjero; como irónico recuerdo, luce en su frente una placa de bronce. (p. 175)

Lo cierto es que el debate sobre el estatus político de Guayaquil había quedado resuelto. Así, habían sido desplazados tanto el sector «peruanófilo» formado por comerciantes y españoles y también el minoritario grupo de los que aspiraban a la independencia de la ciudad para constituirse en república. Este sector estaba constituido por «una decena de bochincheros» según Bolívar, que no podían hacer nada porque de acuerdo con su opinión: «…aquí la democracia hace poco papel, porque los indios son vasallos de los blancos, y la igualdad destruye la fortuna de los grandes» (Citado por Ramos, 2012, p. 175).

Las preocupaciones de Bolívar iban mucho más allá de los avatares que pudieran generarse a partir de las contradicciones internas que aquejaban a la provincia de Guayaquil. Al igual que San Martín, aunque desde una ubicación diferente, el Libertador miraba estos acontecimientos en una perspectiva regional totalizante de cara a la independencia de América. Este enfoque viene claramente expresado en la larga carta que el 22 de julio le dirige a Santander. En ese momento no sabía que era inminente la llegada de San Martín por lo que estaba abocado a esperar la reunión que el próximo 28 debía reunir a la junta electoral para decidir en relación al estatus de la provincia. De alguna manera, tal sentencia iba a definir el curso posterior de la guerra y la actuación del ejército colombiano en apoyo a la libertad del Perú.

En esa misiva dirigida al vicepresidente de Colombia le refiere de manera sucinta lo ocurrido en Guayaquil desde

su llegada y le informa que la ambigüedad política existente quedará solventada el próximo 28 de julio haciéndole saber que era optimista respecto a la decisión que habría de tomar la junta electoral. No obstante, le trasmite su certeza de que bajo ningún concepto permitirá que la frontera sur de Colombia quede sin resguardo, así como que tampoco consentirá que la situación de la provincia derive en una guerra civil.

El verdadero tenor de la carta es transmitir sus impresiones respecto de la realidad regional, en particular en lo que atañe al Perú, así como una mirada amplia de las relaciones internacionales, la necesidad de la integración, los peligros que entrañan las divisiones intestinas en las nacientes repúblicas y la forma de encarar las tratativas con España que —como se dijo antes— había enviado negociadores para discutir acerca de la posibilidad del fin de la guerra por vía de un acuerdo y el logro de la paz a partir de la independencia. Considera que es vital que estas conversaciones se produzcan sobre la base de una voz americana única que debía pretender solo dos objetivos: por un lado, la independencia y respeto a la integridad de las nacientes repúblicas, también ventajas recíprocas de cualquier tipo para ambas partes (Bolívar, 1947).

Entendiendo Bolívar la dinámica de la guerra, le informa a Santander que considera necesario mantenerse durante todo lo que resta de año en el sur por la amenaza que significa para la república la permanencia del poder español en el Perú, pero también por la presencia de lo que llama «los intrigantes de Guayaquil», así como contra los que pretenden establecer límites no convenientes para Colombia. Caracteriza al Ecuador como un país «bueno y agradable [en el que] gran parte de sus habitantes es colombiana». [sic] (*Ibidem*, p. 653)

En este ambiente quedaba todo preparado para el encuentro entre los más grandes líderes de América. Aunque no había una agenda previa acordada, una vez dilucidado el

asunto de Guayaquil, el tema más importante que los convocaba era debatir acerca de la conclusión de la guerra de independencia que debía finalizar con la derrota realista en Perú. Así mismo, tenían que definir el rumbo de las nuevas repúblicas y puntualizar los aspectos más relevantes acerca de la organización política que habrían de adoptar.

En este punto, cobraba gran importancia no solo el ideario de cada uno, sino también sus rasgos de personalidad. En estos dos aspectos, ambos Libertadores distaban mucho de coincidir y tener similitudes. Entraba a jugar entonces la grandeza y la mirada estratégica que permitiera superar estos escollos.

Según Liévano Aguirre, San Martín era frío, sin que ello significara una mentalidad calculadora en términos personales respecto de Bolívar. Su fuerte formación europea le aportaba la práctica de una diplomacia conservadora y formal. Bolívar, por el contrario, era producto del Caribe, lo que le tributaba un sentido propio de la informalidad en la comunicación y un acercamiento basado en la calidez de la condición humana (Liévano Aguirre, 1988). Da la impresión de que la contradicción los compenetraba. Ambos buscaban —por encima de todas las cosas— la independencia y la libertad de América. Sin embargo, diferían en la forma que debía adquirir el sistema político del porvenir.

San Martín era partidario de no inquietar las estructuras sociales que se heredaban de la colonia. Bolívar, al contrario, estaba convencido de que no bastaba desalojar a la monarquía ibérica del poder, sino que se debían generar las condiciones para una real participación de las clases humildes en el proceso, de manera que una vez roto el equilibrio político que sostenía el sistema, se produjera una transformación profunda de la sociedad para que la independencia adquiriera nuevas bases políticas y sociales.

En lo más profundo de su sentir, pululaba el deseo de que la guerra de independencia se transformara en conflicto social. Tal convicción se había hecho eco en él desde tempranos años de la guerra. Aunque la muerte de Boves pareció terminar el conflicto social que estremeció a la Venezuela de la época, desde antes, a comienzos de 1812 se podía vislumbrar esta caracterización del conflicto. La Primera República fue obra de los mantuanos y hacia ellos iban encaminados los logros que se pudieran obtener, pero su fracaso vino de la mano de la no aceptación del pueblo que se iba a rebelar contra lo que se le proponía. Nadie como Boves supo encarnar ese sentimiento, pero cometió el error de suponer que las masas lo seguirían sin una visión del todo que se suponía oculta por la ignorancia y la marginación.

En 1814 Bolívar comprendió como ningún otro líder de la región esta contradicción no resuelta de la que él mismo no escapaba en los albores de la lucha independentista. En sus reflexiones buscaba encontrar la fórmula para que la fiereza que ocasionaba el robo, el asesinato y el crimen indiscriminado que se acentuó después del Decreto de Guerra Muerte, se transformara en ímpetu independentista. Por otra parte, le preocupaba que en ese momento la contienda se convirtiera también en una guerra civil, habida cuenta de la confrontación entre criollos partidarios de la república y criollos partidarios de la monarquía.

La llegada en 1815 del ejército español capitaneado por Pablo Morillo resolvió este dilema y le dio a la lucha carácter nacional. Los venezolanos, independientemente de su origen, se prepararon para combatir a los extranjeros. En esa medida, la guerra adquirió el carácter patriótico y republicano que tuvo hasta su fin. Este fue el tamiz por el que se fue colando también la mutación de la guerra social en guerra de independencia. Pero ahora Bolívar había descubierto que

sin la participación del pueblo no habría victoria. El ejército y la guerra permitieron el ascenso social de negros, zambos y mulatos y hasta de esclavos libertos. Desde el inicio en 1816 de la segunda etapa de la guerra después del regreso de Bolívar y los patriotas que le acompañaban desde Haití y, al retomar la senda de la lucha, el Libertador dio por finalizada la guerra a muerte el 8 de mayo y dio la libertad a los esclavos el 2 de junio, ordenando su incorporación al ejército. De esta manera pensó que en Venezuela la guerra social definitivamente había dado paso a la guerra de independencia a partir de una estructuración social que no podía ni debía tener retrocesos (Bosch, 1966).

Mientras se preparaba para entrevistarse con San Martín y conociendo su pensamiento político debió haber cavilado respecto de la experiencia vivida para manejarse de la mejor manera con el Libertador del sur. San Martín, por su parte, profesó ideas avanzadas de la mano de quienes en marzo de 1812 en España aprobaron la primera Constitución liberal de ese país. A la sazón, era teniente coronel de caballería del ejército y estaba precisamente destinado a Cádiz donde tuvo su origen el movimiento antimonárquico.

En agosto de 1811 solicitó su baja del ejército, la que le fue concedida un mes después. El vínculo establecido con la masonería fortaleció su pensamiento liberal y su acercamiento a las ideas de la Revolución Francesa. La construcción de su ideario tomaría mayor vigor en Londres, a donde se traslada para tomar contacto con varios independentistas iberoamericanos, algunos de ellos provenientes del Río de la Plata. Es ahí donde comenzó a fraguar su partida hacia Buenos Aires para incorporarse a los fragores de la lucha independentista que había comenzado en mayo de 1810. A su llegada a Buenos Aires fundó la Logia Lautaro, a la que se integran los hombres de ideas más avanzadas de la sociedad rioplatense.

Según Vicuña Mackenna (citado por Parra, 2014), San Martín trajo a Buenos Aires y a la revolución americana dos elementos poderosos que desarrolló con gran inteligencia a fin de aportar al triunfo independentista: las sociedades secretas y la estrategia. A partir de entonces comenzó a enfrentar vicisitudes de todo tipo asumiendo retos inalcanzables para muchos, pero fue forjando con astucia, paciencia, tesón y perseverancia el objetivo supremo por el cual había abandonado la comodidad de un futuro promisorio en la península.

Diez años después de su regreso a América, había desbrozado un camino de obstáculos que lo tenían ahora en Guayaquil dando cara a la posibilidad de perder todo lo conquistado por mezquinas apreciaciones sobre su gloria personal o, por el contrario, hacer prueba suprema de entrega a la Patria Grande y a la libertad, aceptando que el gran hombre con quien estaba pronto a reunirse llegaba a este momento en mejores condiciones que él para comandar los ejércitos que condujeran a la victoria definitiva de las huestes independentistas iberoamericanas.

Solo mediaron algunas horas de zozobra por lo sucedido en relación al estatus de Guayaquil, pero una vez más su temple y su vocación libertaria se pusieron por delante para entender que del encuentro con Bolívar emergería una ruta cierta para la emancipación. Así, se preparó con la mayor solemnidad para el encuentro con el colombiano, que esperaba por él en la tierra firme de la ciudad de Guayaquil, el 26 de julio de 1822.

La ciudad fue ataviada con los estandartes amarillos, azules y rojos de Colombia, los blancos y rojos del Perú y los celestes y blancos de Argentina. El destacamento de la Guardia del Libertador formó el pasillo de honor a ambos lados de la calle desde el muelle donde desembarcaría el Protector hasta la casa destinada por las autoridades para que sirviera

de alojamiento al general San Martín. A las 10 de la mañana de un ardiente día que ya a esa hora adelantaba los vapores del calor y la humedad de la ciudad, sonaron las trompetas y los clarines pregonaron para dar a conocer que el presidente de Colombia, Simón Bolívar, en uniforme de gala había llegado al muelle para recibir al visitante desde el mismo momento que pusiera un pie en tierra después de descender desde la Macedonia a una lancha que se había destinado para traerlo a suelo del Ecuador.

La muchedumbre se agolpó en el muelle y a lo largo del recorrido que habrían de hacer caminando ambos Libertadores. Se sentía en el ambiente que los guayaquileños percibían la dimensión del acontecimiento que pronto habrían de presenciar. Bolívar miraba expectante junto a sus oficiales el movimiento de la lancha que traía a San Martín erguido en la proa, oteando con expectación las galas del recibimiento que se le había preparado.

Una vez que la embarcación atracó en el muelle y San Martín descendió a tierra junto a su comitiva formada por los edecanes Rufino Guido y Salvador Soyer, el teniente Luis Pérez, una escolta de veinticinco húsares y otros invitados especiales, sonaron los redobles de la orquesta y retumbaron las salvas de artillería en homenaje al Libertador del sur, Protector y Jefe Supremo del Perú. La concurrencia estalló en una ovación continuada que no cesó cuando Bolívar avanzó raudo a saludar y abrazar a su insigne invitado.

A continuación, en amena charla se desplazaron a la mansión Luzárraga que se había preparado para que sirviera de residencia de San Martín durante su estadía en la ciudad. El primer evento de la agenda consistió en el saludo protocolar de las autoridades de la provincia y el alto mando del ejército colombiano. Al mismo tiempo, los Libertadores departieron en ambiente festivo conversando sin

exteriorizar los temas que a uno y otro le interesaba debatir en privado.

Una vez finalizados los ritos propios del ceremonial, tras algo más de una hora y media de intercambio, Bolívar junto a su alto mando y el resto de autoridades se retiraron de la residencia del huésped, no sin antes convenir dar continuidad al encuentro durante la tarde, esta vez con el objetivo de tratar aquellos asuntos que eran de la preocupación de cada uno y del interés general de la lucha independentista que habían labrado durante años y que a todas luces se hallaba en su etapa decisiva.

A media tarde, tal como estaba previsto, San Martín se dirigió a la Casa de Gobierno, donde Bolívar ya lo esperaba en compañía de sus generales y edecanes, los que a una orden suya abandonaron el recinto para permitir que el cónclave se desarrollara con total privacidad.

Al finalizar esta segunda y breve reunión, San Martín se retiró a su lugar de hospedaje donde cenó junto a su comitiva. Más tarde recibió a personalidades de la ciudad con quienes departió antes de retirarse a sus aposentos.

San Martín había decidido marcharse de Guayaquil a últimas horas del día siguiente para aprovechar la mejor corriente del Guayas que lo llevaría al mar. A la 1 de la tarde del día 27 se dirigió nuevamente a la vivienda donde moraba el Libertador. Una vez más se retiraron a solas para conversar en el más absoluto secreto. Esta vez parlamentaron por casi cuatro horas.

Al finalizar este nuevo encuentro reservado, Bolívar ofreció un banquete en homenaje a su huésped. El Libertador junto a su colega rioplatense presidió la mesa que se desarrolló en un ambiente de regocijo, felicidad y júbilo. Luego de los brindis, a las siete de la noche se dio por concluido el convite. San Martín se retiró a su casa para regresar dos

horas después al baile de gala que en su honor habían organizado las autoridades de Guayaquil. Bolívar participó activamente en el baile, pero San Martín permaneció circunspecto, evidentemente ajeno a esa práctica propia de americanos de otras latitudes. A la una de la madrugada abandonó el recinto en medio de la algarabía de los participantes y el ruido de la música que evidentemente no eran de su agrado.

Se dirigió directamente al muelle siendo acompañado por Bolívar, quien le regaló un retrato como expresión de amistad[1]. A las dos de la mañana se embarcó, dirigiéndose a la Macedonia que de inmediato levó anclas para iniciar la navegación que se detuvo por unas horas en la isla de Puná en la desembocadura del Guayas, llegando al océano Pacífico al día siguiente, poniendo rumbo sur de regreso a El Callao. Había estado cuarenta horas en Guayaquil, «tiempo suficiente para el objeto que llevaba» según manifestó el propio San Martín en carta al general Miller escrita en Bruselas el 19 de abril de 1827 (San Martín, 1827).

1 Este retrato fue uno de los tres de Bolívar que San Martín conservó en las residencias donde vivió durante su exilio en Bélgica y Francia hasta su muerte en 1850.

IX. Repercusiones y consecuencias

A PARTIR DEL MOMENTO FINAL DEL ENCUENTRO CUMBRE entre los dos grandes Libertadores de América, lo que la historia ha recogido entra en el terreno de las interpretaciones y también de las elucubraciones. Ambas pueden haber sido hechas a partir de la mala voluntad o de la buena elucidación en torno a la observación de los acontecimientos que solo pueden provenir de los escritos y comentarios posteriores de los protagonistas. Y en esta materia, al recurrir a los historiadores, se encuentra una amplia gama de opiniones que apuntan a un espacio tan grande que va desde la absoluta contradicción y el fuerte enfrentamiento retórico entre San Martín y Bolívar hasta el de un sano intercambio productivo en el que se pusieron de lado las conocidas y aceptadas diferencias para centrar el debate en lo que los unía, que era la necesidad de completar la independencia.

Ríos de tinta se han vertido para argumentar en una y otra dirección. En ambos casos, sustantivos fundamentos dan pie para sostener cada posición. En esta instancia, lo beneficioso es extraer lo positivo del encuentro a fin de entregarlo como sustento para que las nuevas generaciones reciban el influjo que estos dos grandes hombres nos legaron.

En el prólogo del libro del diplomático argentino Eduardo L. Colombres Mármol[1] (1979), el historiador Rómulo D. Carbia[2], señala que:

> … lo tratado por ambos Libertadores en la Entrevista de Guayaquil, en julio de 1822, fue considerado siempre como cosa de sigilo y como tema propicio para ejercitar las inferencias más aventuradas, por la vía de la interpretación de las consecuencias que tuvo el episodio (p. 31).

Pero después de eso, ambos autores asumieron posiciones impugnadas por historiadores venezolanos. Así, la diatriba en torno a la búsqueda de la verdad sobre un hecho del cual no hay testigos es larga y carente de resultados definitivos, quedando finalmente a la interpretación de cada quien. No obstante a ello, vale conocer lo que informó la Academia de la Historia de Argentina (Martí, 2017), tras su investigación sobre el asunto en 1941:

---

1 El contenido de este libro fue refutado como fuente confiable incluso por historiadores argentinos. Ver Norberto Galasso, *Seamos libres y lo demás no importa nada*, 2000. Este autor (citando a Lecuna, 1952) rechaza expresamente la obra de Colombres y sus fuentes, así como la presumida carta que San Martín le habría dirigido al marino francés Gabriel Lafond. Galasso da una serie de argumentos para refutar a Colombres. Así mismo, objeta supuestas cartas de San Martín a Bolívar recordando que incluso la Academia Nacional de Historia de Argentina, que en un primer momento le había concedido veracidad, «corrigió su fallo, sobre la base de una nueva y más profunda investigación para acordar finalmente con sus colegas venezolanos» recomendando en 1941 al gobierno argentino que no adquiriese dichos materiales (pp. 411-412). En particular, en referencia al «testimonio» de Lafond, recomienda estudiar el libro *La carta de Lafond* del prestigioso historiador argentino Antonio J. Pérez Amuchástegui, quien «desnuda» la falsedad de las supuestas evidencias esgrimidas por el marino francés.

2 Profesor titular de Introducción de los Estudios Históricos en las universidades de Buenos Aires y La Plata.

> Como el caso ameritaba una investigación muy seria, los mencionados documentos fueron analizados con suma meticulosidad por una Comisión Nacional Argentina, la cual concluyó por pronunciarse en el mismo sentido que la de su par, la venezolana. Debemos señalar que durante la investigación realizada en Argentina, don Ricardo Levene, prestigioso historiador, presidente de la Academia de la Historia de Argentina y asimismo presidente de la comisión especial para el estudio de los documentos cuestionados, recibió una carta del Sr. José M. González Alfonso, suscrita en Buenos Aires el 15 de octubre de 1941, en la cual, el mencionado personaje se reconocía como el verdadero autor de la obra que E. L. Colombres Mármol había publicado sobre la entrevista de Guayaquil, con los documentos ahora probadamente apócrifos, de conformidad con las conclusiones de las Academias Nacionales de la Historia de Venezuela y Argentina.

El eximio historiador peruano Rubén Vargas Ugarte, comentando sobre el problema del verdadero autor de la cuestionada obra y, así mismo, sobre la procedencia de los documentos que ella pretendía aportar como nuevos y definitivos para solucionar los «enigmas» de la entrevista de Guayaquil, nos dice:

> Tuvimos ocasión de conocer al primero, (se refiere a Colombres Mármol) cuando estaba en Lima de embajador de su país y por lo poco que le tratamos nos persuadimos que sus conocimientos en historia no pasaban de lo vulgar. Por desdicha, el señor Colombres, víctima de un traficante inescrupuloso, se prestó a darle la mano para que saliese del país la valiosa documentación, propiedad del Estado (se refiere al Estado peruano), que custodiaba Emilio Gutiérrez de Quintanilla, director del Museo Nacional, a quien se había encomendado la tarea de reunir los materiales para la obra *La acción peruana en la Independencia*. Esos documentos reunidos en más de treinta tomos en folio salieron del país

> [Perú] subrepticiamente y fueron luego puestos a la venta en Buenos Aires (Vargas Ugarte en *Historia general del Perú*, citado por Jorge Paredes M., 2017).

Tras la lectura de algunos trabajos sobre el tema, inspirados en una vocación exclusivamente sanmartiniana desde Argentina, y otra bolivariana desde Venezuela, ambas dotadas de una fuerte mirada purista sobre la actuación de los dos Libertadores, considero que unas y otras entregan visiones poco útiles para valorar en justa dimensión el encuentro. Desde ambos lados se adivinan intereses de corte nacionalista que pretenden buscar verdades absolutas en la actuación de uno y otro Libertador. La verdad es que en ellos, a todas luces, primó un espíritu de Patria Grande que estaba por encima de las evidentes diferencias existentes. Concluir con la diferencia, y no con la convergencia, es propio de mentes pequeñas que no alcanzan a comprender el servicio que hicieron y la obra que entregaron Bolívar y San Martín a todos los iberoamericanos.

No existen posibilidades reales de hacer un estudio pormenorizado de este hecho: las fuentes de información son múltiples y disímiles las conclusiones obtenidas. Tratar de obtener con exactitud el lindero entre lo verdadero y objetivo en relación con lo falso y ficticio, es decir, con aquello imaginado a partir de la subjetividad humana, es tarea de lo sumo difícil.

Por otro lado, sacar los hechos de contexto y de las circunstancias en que les tocó vivir y actuar a los Libertadores no aporta mucho a la dilucidación del acontecimiento. Desde este punto de vista, vale hacerse cargo de los documentos originales, es decir, de las fuentes directas para que cada quien saque sus propias conclusiones.

En este sentido, es imperativo analizar el informe que el teniente coronel José Gabriel Pérez, secretario de Bolívar,

por instrucciones de este, envió al secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, Pedro Gual, el 29 de julio de 1822, dos días después de la segunda reunión entre los Libertadores. Solo este documento y las cartas de Bolívar a Sucre y a Santander del mismo día pueden aportar una idea real acerca de la opinión del Libertador sobre el encuentro.

Desde la perspectiva de San Martín, únicamente parecen tener validez las misivas de puño y letra que el Protector remitió al general Miller el 19 de abril de 1827 y la que dirigiera al mariscal peruano Ramón Castilla el 11 de septiembre de 1849.

Desde mi punto de vista, todo lo demás son elucubraciones y juicios emanados incluso de documentos y cartas apócrifas que asumiendo posiciones antagónicas, quisieron poner el acento en la diferencia. Así, utilizaremos estos cinco documentos, emitidos por los propios protagonistas o por instrucciones directas de Bolívar en su caso, para analizar los resultados y las consecuencias del encuentro.

De las dos comunicaciones de San Martín se extrae que:

1. Su viaje a Guayaquil perseguía el objetivo de solicitarle a Bolívar apoyo para la independencia del Perú como retribución a la que este país había dado para la liberación de Colombia. El Protector aclara que la concreción o no de esta ayuda está al margen de los intereses generales de América, que no pone en cuestión.

2. Tal requerimiento estaba basado en que manejaba la información de que tras la batalla de Pichincha, el ejército de Colombia había adquirido nueve mil seiscientas armas.

3. Tras conversar con el Libertador, este le había dicho que Colombia podría aportar mil setecientos hombres para la liberación del Perú, lo cual le pareció insuficiente para concluir la guerra toda vez que estaba convencido de que el éxito

total y la independencia del Perú no se podría obtener sin «la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia» (San Martín, 1827).

4. Ofreció ponerse él y todas las fuerzas que comandaba a las órdenes de Bolívar para culminar la guerra en el Perú, lo cual fue rechazado por el Libertador (San Martín, 1848).

En el informe de José Gabriel Pérez al secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, que es muy coincidente con el contenido de la carta de Bolívar a Sucre, se descubren algunos elementos esenciales:

1. El respeto, los sentimientos de amistad y la admiración mutua de los dos Libertadores.

2. San Martín habría hecho «preguntas vagas e inconexas sobre materias militares y políticas» pasando de exponer temas importantes a los más fútiles, sin explicación. Bolívar quedó extrañado de esta parte de la conversación sin haber podido dilucidar la causa de ella, aunque rechaza de plano que se haya debido a un acto de frivolidad, ni que el Protector estuviera premeditadamente escudriñando cuál habría de ser la respuesta del Libertador.

3. San Martín se refirió de forma displicente a la situación de Guayaquil. Así mismo, dijo que el estatus de la provincia no era su problema y que debían ser los ciudadanos los que deberían tomar una decisión al respecto. Bolívar le respondió que considerando la voluntad del Protector así se había hecho, recordándole que el próximo día 28 ese asunto quedaría definido por la Asamblea.

4. San Martín se quejó de altos jefes de su ejército y de sus compañeros que lo habían abandonado en Lima, por lo que había decidido renunciar tras su regreso al Perú para retirarse a Mendoza sin ver el término de la guerra. Sin embargo,

afirmó que antes de marcharse, dejaría bases fuertes de un gobierno establecido. Dijo que no creía en la democracia y que pensaba que debía ser un príncipe europeo el que debía conducir el Estado, aunque no de inmediato. Ante esta aseveración, Bolívar le explicó que él pensaba que no era conveniente para América traer dichos príncipes de Europa y que él se opondría a esa forma de gobierno ahora y siempre.

5. La idea del Protector contemplaba que Guayaquil sería una buena sede para la federación de repúblicas que habría de fundarse, que él consideraba «base esencial» de su existencia. Consideró que Chile no se opondría a formar parte de dicha federación, pero dudaba que Buenos Aires lo deseara por la desunión existente en su interior. Así mismo, dijo que aún si todos se negaran a formar parte de la federación, él era proclive a que ella se constituyera solo con Colombia y Perú. En este sentido, resaltó con vehemencia y en varias ocasiones durante la conversación la necesidad de configurar un ejército colombo-peruano que concluyera la guerra.

6. San Martín pensaba que no habría problemas en el trazado de límites entre las dos repúblicas, pero Bolívar no le prestó mayor atención al asunto porque esa era materia legislativa y porque San Martín no estaba dotado de autoridad para tratar ese tema.

7. Bolívar le mencionó la necesidad de que ante eventuales negociaciones con España, los representantes de Colombia, Perú y Chile debían actuar como un todo. San Martín acogió tal propuesta con beneplácito.

8. Conversaron sobre México, asunto en que el Protector no pareció estar bien informado además que no observaba con mucho interés lo que ocurría en ese país. Manifestó su plena confianza en el general Bernardo O'Higgins y su capacidad para conducir a Chile. Sobre el Río de la Plata,

dijo que a pesar de las desavenencias, sus habitantes eran republicanos y que ese país era «inconquistable» por los españoles.

9. San Martín expuso su idea de las acciones en el Perú. Pensaba que el enemigo era débil y que se debía lanzar un ataque en dos direcciones, una terrestre y otra desde el mar.

10. Finalmente, el Protector le aseguró a Bolívar que podía contar plenamente con el Perú y que esperaba que ello fuera recíproco por parte de Colombia. Así mismo, reiteró su ilimitado sentimiento amistoso hacia Colombia exhibiendo «satisfacción y franqueza» que Bolívar consideró sinceros sentimientos (Bolívar, 1947, pp. 655-659).

A estos aspectos habría que agregar otros que se extraen de la misiva enviada por el Libertador a Santander la cual tiene un contenido distinto. Aunque le informa de la visita del general San Martín, aborda otros temas que aportan a una mejor comprensión de lo tratado en el encuentro. De este mensaje se puede agenciar que:

1. Hay una reiteración de la amistad entre los dos Libertadores, lo cual es un buen augurio para la cooperación en la lucha por lograr la independencia definitiva.

2. Además de repetir los términos de la carta a Sucre, también le da a conocer que él y San Martín concuerdan en la mayoría de los aspectos tratados, resaltando que el Protector quiere «que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella» (Bolívar, 1947, p. 662).

3. San Martín no expuso proyecto alguno, ni pidió nada de Colombia, pues se le estaban regresando las tropas que el Perú había enviado para la campaña del Ecuador. Este punto podría considerarse contradictorio con la solicitud de tropas que hiciera el Protector, no obstante, puede entenderse

que San Martín le expuso a Bolívar su plan y el contingente militar que necesitaba para dar conclusión a la guerra, sin especificar su origen, es decir, sin importar que fueran colombianos o peruanos.

4. Bolívar exalta el carácter y las ideas de San Martín. Dice que le ha parecido, «muy militar [...] activo, pronto y no lerdo». Comenta que tiene ideas correctas, sin embargo, opina que no le parece «bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y las empresas».

5. Bolívar cree que el viaje de San Martín también contribuiría a la definición del estatus de Guayaquil, sobre todo porque desairó a los autonomistas.

Queriendo hacer un resumen de la entrevista se puede concluir que las diferencias entre Bolívar y San Martín estuvieron circunscritas a dos aspectos:

1. Desde el punto de vista político, Bolívar era un republicano convencido, mientras que San Martín pensaba que un sistema de monarquía constitucional podía garantizar estabilidad y unidad en el contexto de las nuevas naciones que estaban emergiendo. En este aspecto, Bolívar coincidía con él en que América no estaba preparada para instaurar sistemas republicanos democráticos a la usanza de Europa o Estados Unidos por el desconocimiento y los bajos niveles culturales de la generalidad de los ciudadanos como herencia de trescientos años de colonialismo (Fuentes Figueroa Rodríguez, 1975).

2. Desde el punto de vista militar, Bolívar no coincidió con San Martín en el plan de operaciones para el Perú. El Protector opinaba que había que dividir el ejército para atacar en dos direcciones, una desde Lima hacia el este en la sierra de Junín, otra desde la costa sur entre Arequipa y

Tarapacá hacia el norte y noreste. El Libertador era de la idea de que se debían concentrar las fuerzas patriotas y atacar en una sola dirección al ejército español.

Así mismo, coincidieron en la mayoría de los aspectos tratados. Entre ellos vale resaltar:

1. La amistad mutua entre los dos Libertadores y las repúblicas que dirigían.
2. La voluntad de trazar una delimitación fronteriza ventajosa para ambas partes.
3. La aceptación del estatus de Guayaquil bajo soberanía colombiana.
4. El acuerdo para avanzar hacia una federación absoluta y completa, aunque fuera solo entre Perú y Colombia, con sede en Guayaquil.
5. Una negociación mancomunada con España.
6. Instar a Chile y Buenos Aires a incorporarse a la federación.
7. Intercambiar guarniciones de los ejércitos para que hubiera unidades militares de una república en el territorio de la otra y viceversa.

Al revisar estas fuentes directas, se puede concluir que fueron muchos más los puntos de acuerdo que las desavenencias entre los Libertadores. Aún más, ninguna de las diferencias tuvo importancia en el curso futuro de la guerra ni de los acontecimientos políticos que habrían de signar el porvenir de la América hispana. En elementos más sustanciales —que no fueron sujeto de debate en Guayaquil— pero que habrían de tener fundamental importancia para el devenir de las nacientes repúblicas, los dos Libertadores eran exponentes de un pensamiento muy avanzado para su época.

San Martín abogó por los derechos de los campesinos, el desarrollo de la industria nacional, la soberanía con visión regional que contrastaba con el pensamiento localista subordinado a potencias extranjeras y el liberalismo económico propio de la época.

Así mismo, el Protector defendió el mercado interno frente a la apertura liberal ante los poderes financieros y mercantiles imperantes de la misma manera que era un convencido de la necesidad de instaurar un sistema federal que fortaleciera las economías regionales. En este aspecto, San Martín no se quedó en la propuesta. En 1814, siendo gobernador de Cuyo, puso en funcionamiento una serie de medidas orientadas al desarrollo de la provincia, para lo cual estableció distancia de las políticas de libre mercado que en su país se fomentaban desde el centralismo de Buenos Aires. En este contexto, de su puño y letra emergió el primer proyecto de protección de la industria nacional de la historia argentina para proteger la producción de vino que, por supuesto fue rechazado por las élites de la capital. De igual forma estableció gravámenes a «las exportaciones de vinos y aguardientes, ordenó la construcción de infraestructura, impulsó la industria metalúrgica y defendió los derechos del peón rural dictando la primera ley protectora de los mismos» (Seijo, 2020).

Este autor afirma que si se proyectaran estas ideas a la actualidad, probablemente San Martín estaría en contra de la flexibilidad laboral como instrumento de atracción de inversiones y endeudamiento para financiar la fuga de capitales. Así mismo, señala que:

> Se anticipó a Keynes y a varias experiencias internacionales exitosas entendiendo el valor estratégico de contar con un Estado comprometido con las diferentes fases del desarrollo económico, antes que exponer el destino de la Nación

> a «la mano invisible» de un mercado administrado por los intereses de los sectores sociales más poderosos. (*Ibidem*)

Bolívar, por su parte, era portador de adelantadas ideas en materia económica que emanaron de su profundo conocimiento de la Europa de la Revolución Industrial y de los teóricos más importantes de la época. Sin embargo, supo entender que no podía hacer copia mecánica de dicha práctica, por lo que se abocó a elaborar una adaptación americana de la misma, aplicando de forma original los preceptos, las ideas y los paradigmas estudiados.

A partir de una idea holística de la función del Estado, ya en la *Carta de Jamaica*, hace un acertado diagnóstico de la situación de la América hispana, sintetizando las causas económicas que motivaban la lucha independentista toda vez que la economía de la colonia se restringía a la producción primaria exportadora al servicio de España y la imposibilidad de desarrollar una industria nacional. Rechazaba así mismo la institución monárquica que impedía el comercio entre las colonias. En este preclaro documento, el Libertador establece que la pesada carga que tienen que pagar esclavos, indígenas y campesinos eran la base del poder español. (Bolívar, 1947)[3]

A través de la amplia obra del Libertador se puede descubrir su insistencia en la necesidad de construir un modelo propio. En la misma *Carta de Jamaica* expone que el colonialismo obligó a nuestros pueblos a crear una economía basada en la crianza de ganado, la explotación del oro y la producción agrícola primaria para exportar. En su discurso en el Congreso de Angostura, insistió en que se debían considerar las circunstancias propias del país, su

3 Le debemos al profesor Luis Vitale una extraordinaria recopilación de la obra del Libertador en materia económica (Ver Luis Vitale, *La contribución de Bolívar a la economía política de América Latina*, 2000).

idiosincrasia, clima y tipo de tierra. A este respecto, dijo: «He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington» (Bolívar, 1947b, p. 1138).[4]

Para hacer prácticos sus puntos de vista en materia económica, en mayo de 1820 desde Villa del Rosario emitió un decreto en el que ordena la creación de una Junta en cada provincia para fomentar el comercio y la agricultura que propugnara el desarrollo industrial de la nación, concediendo estímulos y recompensas a los inventores que crearan o perfeccionaran una «industria útil» especialmente las relacionadas a la producción de papel, paño, telas y artes y a las que proporcionaran instrumentos para la navegación de los ríos. Para la agricultura y la ganadería promovía el desarrollo y la modernización en todas sus áreas, estableciendo como prioritario el incremento del conocimiento «de los principios científicos de estas artes y facilitando la adquisición de libros y manuscritos que ilustren al pueblo en esta parte» (Bolívar, 1983, pp. 381-383).

Posterior al Encuentro de Guayaquil, ya en la gestión de gobierno, se multiplicaron los aportes de Bolívar a la construcción de un ideario económico liberador para las nacientes repúblicas. San Martín no tuvo esta oportunidad dados los mezquinos intereses que lo persiguieron, agobiaron y limitaron en la posibildiad de ofrecernos su talento en este ámbito. Su temprana marcha al exilio coartó la posibilidad de contar con la acción revolucionaria de su pensamiento en materia económica.

Nadie puede dudar que ambos Libertadores eran poseedores de un pensamiento que apuntaba no solo a la independencia política, también fueron capaces de descubrir con claridad meridiana los retos que afrontarían las repúblicas

4 En las *Obras Completas* de Bolívar (1947) existe una nota que señala que estas últimas cinco palabras fueron suprimidas.

americanas en su devenir económico ante una Europa y un Estados Unidos que ya mostraban su voracidad y apetencia por las grandes riquezas y el enorme potencial productivo de América.

Siendo la economía «la sustancia» de la gestión gubernamental en cuanto a la búsqueda de la felicidad y la solución de los problemas más acuciantes de los pueblos, es imperativo de esta obra resaltar el pensamiento de ambos Libertadores como elemento esencial de una cercanía conceptual y práctica que de habérsele permitido, también la hubieran puesto al servicio de los pueblos de la América meridional, de la misma manera que lo hicieron con sus espadas en los campos de batalla.

San Martín denominó como «baja y sucia chismografía que por desgracia abunda en nuestra América» a los infundios que circulaban afirmando que Bolívar estaba persiguiendo a los generales cercanos al Protector. En una carta de respuesta a otra que le había enviado Tomás Guido donde da cuenta de esa situación, San Martín expone una respuesta que una vez más lo enaltece: «Le dice a su ex edecán que nunca había dado crédito a cartas anónimas con noticias similares porque no concebía que el Libertador recurriera a ese tipo de conducta». Va más allá al afirmar que las victorias que él obtuvo en la guerra de independencia eran «subalternas» si se comparaban con las conseguidas por Bolívar y le asegura a Guido que las misivas remitidas por el Libertador hasta el momento de su viaje a Europa (y que conservaba en su poder) son expresión de una amistad sincera (San Martín citado por García Hamilton, 2005).

Para los que gustan de poner el énfasis en las diferencias que pudieran haber tenido los Libertadores, vale decir que San Martín —como se dijo antes— atesoraba tres retratos del Libertador en su casa, uno de ellos en el dormitorio

frente al lecho. Otro, fue un óleo de gran dimensión pintado por la hija de San Martín. Según el historiador y sociólogo argentino Enrique de Gandía (citado por Galasso, 2000): «No se encarga a una hija pintar el retrato de un hombre al que se detesta» (p. 437). Así, quedan definitivamente sepultadas las supuestas opiniones de animadversión o discrepancia antagónica entre los dos más grandes Libertadores de Nuestra América.

Su encuentro en Guayaquil se inscribe como uno de los más grandes acontecimientos en la historia de las relaciones internacionales del continente. Han pasado doscientos años y ni el tiempo ni la distancia pueden obnubilar la grandeza de tal evento. Debieron superar grandes obstáculos para llegar hasta ahí, ambos hicieron gala de una perseverancia a toda prueba, de una inaudita fuerza de voluntad y convicción para enfrentar y vencer cualquier tipo de inconvenientes que se les presentaron en su extraordinario esfuerzo para lograr la libertad y la independencia obtenida dos años después en los campos de Ayacucho en un hecho que los llenó de gloria a pesar de que ninguno de los dos participó directamente en esta batalla que consagraría definitivamente la victoria patriota por la que dieron lo mejor de sus admirables vidas sembrando con ello, la identidad de una América que inexorablemente debe avanzar hacia su integración.

Referencias bibliográficas

Acosta Saignes, Miguel (1983). *Bolívar. Acción y utopía del hombre de las dificultades*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.

Acosta, Vladimir (2015). *Independencia, soberanía y justicia social en el pensamiento del Libertador Simón Bolívar*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Afanador-Llach, María José (2018). «Una república colosal: la unión de Colombia, el acceso al Pacífico y la utopía del comercio global, 1819-1830», [artículo en línea], *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, *2*(45), pp. 35-63. Disponible: https://www.redalyc.org/journal/1271/127157707002/html/

Alcaldía de Caloto (s.f.). *Pasado, presente y futuro* [página web en línea]. Disponible: https://www.caloto-cauca.gov.co/MiMunicipio/Paginas/Pasado-Presente-y-Futuro.aspx

Amunátegui Solar, Domingo (1946). «Dos franciscanos revolucionarios», *Revista chilena de historia y geografía*, pp. 5-10.

Avilés Pino, Efrén (s.f.). «Piratas en Guayaquil», en Enciclopedia del Ecuador, [página web en línea]. Disponible: http://www.enciclopediadelecuador.com/historia-del-ecuador/piratas-en-guayaquil/

Avilés Pino, Efrén y Hoyos Galarza, Melvin (2008). «Combate de segundo Huachi», en Historia de Guayaquil [página web en línea]. Disponible: http://web.archive.org/web/20101111031456/http://www.batallasdeindependencia.ec/index.php?option=com_content&view=article&id=50

Baran, Paúl (1963). *Marxismo y psicoanálisis*, Buenos Aires, Monthly Review.

Benavente, Diego José (2010). «El fin de Manuel Rodríguez», en E. Guajardo, *Manuel Rodríguez, historia y leyenda*, pp. 169-172, Santiago de Chile, Ril Editores.

Böersner, Demetrio (1996). *Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia* (5.ª ed.), Caracas, Nueva Sociedad.

Bolívar, Simón (1947). *Obras Completas, vol. I*, La Habana, Lex.

——————— (1947b). *Obras Completas, vol. II*, La Habana, Lex.

——————— (1983). *Documentario de la libertad N.° 17*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.

——————— (1983b). *Documentario de la libertad N.° 18*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.

Bosch, Juan (1966). *Bolívar y la guerra social,* Buenos Aires, Jorge Álvarez.

Bremer, Juan José (2010). *Tiempos de guerra y paz. Los pilares de la diplomacia: de Westfalia a San Francisco,* México, D.F., Taurus.

Briones Quiroz, Félix; Leal Pino, Cristian; Rojas Gómez, Mauricio y Medel Toro, Juan Carlos (2005). «Las revoluciones burguesas del siglo XIX: 1815-1848», en *Theoria* [revista en línea], *2*(14), pp. 17-23. Disponible: https://www.redalyc.org/pdf/299/29914203.pdf

Campos, Francisco (1894). *Compendio histórico de Guayaquil. Desde su fundación hasta el año de 1820*,

Guayaquil, Ecuador, Escuela de Artes y Oficios de la Sociedad Filantrópica.

Chelén Rojas, Alejandro (1964). *El guerrillero. Manuel Rodríguez y su hermano Carlos, precursores de la democracia y la libertad*, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana S. A.

Clausewitz, Karl von (2012). *De la guerra*. [libro en PDF], Disponible: https://lahaine.org/amauta/b2-img/Clausewitz%20Karl%20von%20-%20De%20la%20guerra.pdf

Colombres Mármol, Eduardo (1979). *San Martín y Bolívar. En la entrevista de Guayaquil a la luz de documentos definitivos,* Buenos Aires, Plus Ultra.

Crespo MacLennan, Julio (2012). *Imperios. Auge y declive de Europa en el mundo, 1492-2012*. Barcelona, España, Galaxia Gutenberg, S.L.

Cuevas, Juan Carlos (2016). «La historia del liderazgo». [artículo en línea], en Psicología y empresa, Disponible: https://psicologiayempresa.com/la-historia-del-liderazgo.html

Doeblin, Alfred (1983). *El pensamiento vivo de Confucio,* Buenos Aires, Editorial Losada, S. A.

Droz, Jacques (2020). *Europa: restauración y revolución 1815-1848*, Madrid, España, Siglo XXI.

Engels, Federico (1973). «Carta a W. Borgius, 25 de enero de 1894», en F. Engels, *Obras Escogidas,* vol. 3, p. 508, Moscú, Progreso.

Eyzaguirre, Jaime (1995). *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile* (14.ª ed.), Santiago de Chile, Universitaria.

Fuentes-Figueroa Rodríguez, Julián (1975). «La entrevista de Guayaquil: el Libertador y San Martín en Guayaquil» en *Historia General de Venezuela,* tomo IV, Caracas, Formateca C. A.

GALASSO, Norberto (2000). *Seamos libres y lo demás no importa nada,* Buenos Aires, Ediciones Colihue S.R.L.

GARCÍA HAMILTON, José Ignacio (2005). *Don José: La vida de San Martín*, Buenos Aires, Sudamericana. S.A. .

GARCÍA, Ubaldo (11 de junio de 2021). «Una incesante red de postas y espías mantenía informado a Bolívar», en *Correo del Orinoco*, (4054), pp. 12-13.

GÓMEZ ITURRALDE, José Antonio (2006). «Guayaquil: ciudad vieja y ciudad nueva», en ¿Hacia dónde va Guayaquil? [blog en línea]. Disponible: https://web.archive.org/web/20090729015707/http://www.archivohistoricoguayas.org/webpages/blogGuayaquil.php

——————— (15 de noviembre de 2019). «Múltiples mudanzas y asentamientos de la Guayaquil trashumante», en Guayaquil por siempre [blog en línea]. Disponible: https://joseantoniogomezi.blogspot.com/2019/11/

——————— (4 de noviembre de 2019). «*Nuestra ciudad puerto*», en Guayaquil por siempre [blog en línea]. Disponible: https://joseantoniogomezi.blogspot.com/2019/11/

———————. (26 de enero de 2020). «Guayaquil diverso, siglo XVIII - XIX», en Guayaquil por siempre [blog en línea]. Disponible: https://joseantoniogomezi.blogspot.com/2020/01/

———————(17 de enero de 2020). «La base agraria y el desarrollo económico», en Guayaquil por siempre [blog en línea]. Disponible: https://joseantoniogomezi.blogspot.com/2020/01/la-base-agraria-y-el-desarrollo.html

——————— (7 de febrero de 2020). «La defensa de Guayaquil: siglos XVI y XVII», en Guayaquil por siempre [blog en línea]. Disponible: https://

joseantoniogomezi.blogspot.com/2020/02/la-defensa-de-guayaquil-siglos-xvi-xvii_7.html

GUAJARDO, Ernesto (2010). *Manuel Rodríguez, historia y leyenda,* Santiago de Chile, Ril Editores.

——————— (20 de noviembre de 2015). *Asalto y toma de Melipilla* (*4 de enero de 1817*) [PDF en línea]. Disponible: https://es.scribd.com/document/291747619/Asalto-y-toma-de-Melipilla-4-de-enero-de-1817

GUERRA, Ramiro (1973). *La expansión territorial de los Estados Unidos*, La Habana, Ciencias Sociales.

GUERRA VILABOY, Sergio (2007). *El dilema de la independencia,* La Habana, Ciencias Sociales.

——————— (2020). *Jugar con fuego. Guerra social y utopía en la indepdencia de América Latina,* Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.

——————— (16 de junio de 2021). *La guerra gaucha de Güemes,* en Adhilac [página web en línea]. Disponible: http://adhilac.com.ar/?p=17816

GUEVARA, ERNESTO. (1965) "El socialismo y el hombre en Cuba" en Universidad Bolivariana de Venezuela (2007) (pp.200-214). Caracas. Ediciones de la Universidad Bolivariana de Venezuela.

HAMNETT, Brian (2011). *La política española en una época revolucionaria,1790-1820* (2.ª ed.), México, D.F., Fondo de Cultura Económica.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1979). *Historia de la cultura en la América hispánica*, La Habana, Gente Nueva.

HILTON, Sylvia Lyn (2001). «América en el sistema internacional, 1783-1895», en J. C. Pereira, *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas* (pp. 85-106), Barcelona, España, Ariel.

KENNEDY, Paul (1994). *Auge y caída de las grandes potencias* (1.ª ed.). (J. F. Aleu, trad.) Barcelona, España, Plaza y Janés Editores.

LARA FERNÁNDEZ, Rosa María (2010). «Liberalismo y nacionalismo en la Europa del siglo XIX», en Proyecto Clío, 36. [revista en línea]. Disponible: http://clio.rediris.es/n36/oposicones/tema55.pdf

LARRAZÁBAL, Felipe (2007). *Simón Bolívar. Vida y escritos del Libertador,* tomo II, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.

LATCHAM, Ricardo (1932). *Vida de Manuel Rodríguez, El Guerrillero,* Santiago, Chile, Nascimento.

LATORRE, Mariano (febrero de 1937). «Manuel Rodríguez, símbolo de Chile», en *Viaje,* (40), 19-21; 23-25; 27-29; 31-32.

LAVIANA CUETOS, María Luisa (2006-2007). «De pueblo a ciudad: evolución del Guayaquil colonial», *Revista del Archivo Histórico del Guayas*, 47-56.

LECUNA, Vicente (1952). *La entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica,* Caracas, Ministerio de Educación.

LENIN, V. I. (1978). *¿Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas*? (1.ª ed.), Pekín, Ediciones en Lenguas Extanjeras.

LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio (1988). *Bolívar*, Caracas, Presidencia de la República / Academia Nacional de la Historia.

LÓPEZ PORTILLO, Felícitas (coord.) (2004). *Bajo el manto del Libertador. Colombia, Panamá y Venezuela. 1821-2000.* México, D.F., Secretaría de Relaciones Exteriores de México, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático.

LOUIS, Julio (2010). «Las independencias y la integración de "Nuestra América" con motivo del bicentenario», *Colonias, Independencia e Integración*, tomo II, Montevideo, Editorial Arca.

Marcó del Pont, Francisco Casimiro (22 de enero de 1817). «Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, *Ángel* Díaz y Méndez, Caballero de la Orden de Santiago» [Carta], en Memoria chilena - Biblioteca Nacional de Chile [página web en línea]. Disponible: http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-70968.html. [Consulta: 2018, abril, 25]

Paredes m. Jorge G. (30 de abril de 2017). «Pericias caligráficas», en J. S. Marti (ed.) Falsificaciones históricas en Hispanoamérica [blog en línea]. Disponible: http://periciascaligraficas.com/v3/directorio/falsificaciones-historicas-en-hispanoamerica/

Marx, C. (1952). «Tesis sobre Feuerbach», en C. Marx, y F. Engels, *Obras escogidas* (edición en español), vol. II, p. 376, Moscú, Lenguas Extranjeras.

——— (1981). «El 18 brumario de Luis Bonaparte», en C. Marx, & F. Engels, *Obras escogidas* (edición en español), vol. I, p. 408, Moscú, Progreso.

Meza, Robinzon (2010). *Las políticas del trienio liberal español y la independencia de Venezuela 1820-1823*, Caracas, Academia Nacional de la Historia.

Mijares, Augusto (1987). *El Libertador*, Caracas, Academia Nacional de la Historia.

Ministerio de Educación del Ecuador (8 de octubre de 2018). «Independencia de Guayaquil. 9 de octubre de 1820», en Educación en Ecuador [blog en línea]. Disponible: https://educacionecuadorministerio.blogspot.com/2018/10/independencia-de-guayaquil-9-de-octubre-resumen.html

Ocampo, Emilio (2009). *De la doctrina Monroe al destino manifiesto. Alvear en Estados Unidos*, Buenos Aires, Claridad.

O'Donell, Pancho (2013). *Monteagudo, pionero y mártir de la unión americana,* Buenos Aires, Aguilar.

Orrego Vicuña, Eugenia (1946). *O'Higgins. Vida y tiempo*, Buenos Aires, Losada.

Ortuño Martínez, Manuel (2016). *Vida de Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*, Madrid, Trama.

Parra, José Luis (diciembre de 2014). *San Martín: debates en torno a su origen e ideología.* [PDF en línea], en *Margen* (75) [revista digital]. Disponible: https://www.margen.org/suscri/margen75/parra75.pdf

Pérez Rosales, Vicente (1983). *Recuerdos del pasado* (*1814-1860*), Santiago de Chile, Ercilla.

Polanco Alcántara, Tomás (2000). *Simón Bolívar* (5.ª ed.), Caracas, Ediciones GE.

Porras Molina, Hernán (8 de abril de 2018). «A 196 años de la Batalla de Bomboná: donde Bolívar mostró su temple», en Entorno inteligente [página web en línea], Disponible: https://www.entornointeligente.com/a-196-anos-de-la-batalla-de-bombona-donde-bolivar-mostro-su-temple/

Ramos, Jorge Aberlardo (2012). *Historia de la nación latinoamericana* (1.ª ed., 3.ª reimpresión), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Peña Lillo/Ediciones Continente.

Redacción Los Andes (17 de agosto de 2017). «Mendoza, tierra de héroes» [artículo en línea], en Los Andes [página web en línea]. Disponible: http://www.losandes.com.ar/article/mendoza-tierra-de-heroes

Remiro Brotóns, Antonio; Riquelme Cortado, Rosa; Diez-Hochleitner, Javier; Orihuela Calatayud, Esperanza y Pérez-Prat Durbán, Luis (1997). *Derecho Internacional*, Madrid, McGraw-Hill.

Rivas Moreno, Gerardo (ed). (18 de julio de 1818). *Correo del Orinoco,* N.° 4, 13-16.

Rodríguez Gelfenstein, Sergio (2018). *La controversia entre Bolívar e Irvine. El nacimiento de Venezuela como actor internacional,* Caracas, Vadell Hermanos Editores.

——————— (2020). *Un monumento entre las naciones más cultas. Los tratados de Trujillo y el encuentro entre Bolívar y Morillo en Santa Ana*, Caracas, Monte Ávila editores Latinoamericana.

——————— (2021). «Centroamérica a través de los escritos del Libertador Simón Bolívar», en R. Cuevas Molina, A. Mora Ramírez y A. Barrera Rivera, *Visiones sobre Centroamérica. En el 200 aniversario de su independencia* (pp. 43-67), Heredia, Costa Rica, Editorial Universidad Nacional EUNA.

——————— (2021b). «Manuel Rodríguez, genuino representante del pueblo chileno», en S. Rodríguez Gelfenstein (comp), *Manuel Rodríguez en tres tiempos* (pp. 21-56), Valparaíso, América en Movimiento.

——————— (24 de junio de 2021). «Los sueños del Libertador Simón Bolívar después de Carabobo» [artículo en línea], en Misión Verdad [página web en línea]. Disponible: https://misionverdad.com/memoria/los-suenos-del-libertador-simon-bolivar-despues-de-carabobo

Rojas, Ricardo (1940). *El Santo de la Espada. Vida de San Martín,* Buenos Aires, Losada, S. A.

Romero Díaz, David (2019). «Breve historia del bicameralismo-unicameralismo en España», en *La razón histórica* (42), 261-270.

Rosa, José María (1974). *Historia argentina*, vol. 3, La Independencia: 1812-1826, Buenos Aires, Oriente, S. A.

Salazar, Gabriel (2003). *Historia de la acumulación capitalista en Chile* (*Apuntes de clase*), Santiago de Chile, LOM.

Salduna, Horacio (2004). *Bolívar y los argentinos*, Caracas, Embajada de la República Argentina en Venezuela / Siderúrgica del Orinoco / Academia Nacional de la Historia.

San Martín, José de (19 de abril de 1827). *Carta del Libertador don José de San Martín al general don Guillermo Miller.* [PDF en línea]. Disponible: http://servicios2.abc.gov.ar/docentes/efemerides/17deagosto/htmls/adulto/pdfs/carta_miller.pdf

——————— (11 de septiembre de 1848). «La conmovedora carta de San Martín a Castilla», en Historia y genealogía hispanoamericana [blog en línea]. Disponible: https://geneasud.blogspot.com/2015/09/la-conmovedora-carta-de-san-martin.html

«San Martín y el plan continental americano» (s.f.), en Farber, Mario; Farber, Matías y Raizboim Farber, Irene, El Sur del Sur [página web en línea]. Disponible: https://surdelsur.com/es/san-martin-plan-continental/#:~:text=El%20Plan%20Continental%20de,la%20cordillera%20y%20liberar%20Chile.

Seijo, Rubén Ernesto (23 de agosto de 2020). «Las ideas económicas de San Martín», en *Página 12* [página web en línea]. Disponible: https://www.pagina12.com.ar/286243-las-ideas-economicas-de-san-martin

Solar, David y Villalba, Javier (dirs). (2001). «Historia del mundo moderno», vol. 2, *Entre la Revolución Industrial y el colonialismo*, Barcelona, España, Grupo Editorial Océano.

Vidal, Virginia (2000). *Javiera Carrera. Madre de la Patria*, Santiago de Chile, Sudamericana.

Vitale, Luis (1971). *Interpretación marxista de la historia de Chile*, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana S. A.

————— (2000). *La contribución de Bolívar a la economía política de América Latina*, Bucaramanga, Fundación para la Investigación y la Cultura (FICA).

Índice

Índice de mapas

La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar
y San Martín en Guayaquil
Se imprimió en el mes de julio de 2022
en La Galaxia de Gutenberg
Caracas, Venezuela
1000 ejemplares

ESTUDIOS SERIE HISTORIA

«Este libro está insuflado del espíritu de unidad e integración que resurgió con el nuevo siglo y que tiene en la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) y en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac) sus principales realizaciones institucionales. El encuentro de Guayaquil y el pensamiento de José de San Martín y Simón Bolívar alumbran en esta obra a las nuevas generaciones».

JULIO FERNÁNDEZ BARAIBAR

SERGIO RODRÍGUEZ GELFENSTEIN

Consultor y analista internacional, graduado en Relaciones Internacionales de la UCV, magíster en Relaciones Internacionales de la misma casa de estudios y doctor en Estudios Políticos por la Universidad de Los Andes. Es autor de los libros: *China en el siglo XXI. El despertar de un gigante; Un monumento entre las naciones más cultas. Los tratados de Trujillo y el encuentro entre Bolívar y Morillo en Santa Ana*; y *La controversia entre Bolívar e Irvine, entre otros*.

9 789800 123140

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

[2022 - 2030]

SERGIO RODRÍGUEZ GELFENSTEIN

La marcha majestuosa